La ciudad de los césares

Manuel Rojas

“ Uso exclusivo VITANET, Biblioteca Virtual 2002”

MANUEL ROJAS

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES

PRIMERA PARTE

1
El indio y su perro

Una tarde de noviembre, cerca de la desembocadura del río Sin Nombre en el Pacífico, un hombre y un perro, de pie uno, echado el otro, parecían vigilar sobre una roca las entradas de los estrechos que forman allí las islas del archipiélago.

La soledad y el silencio cercaban al hombre y al perro: al frente, el mar y las islas; a sus espaldas, los altos picachos nevados y las tierras inexploradas aún. Parados sobre la roca, agitados por el viento y salpicados por el rocío de alguna ola que reventaba con fuerza, vigilantes, inmóviles, eran lo único humano que alentaba, por allí.

—Indio —dijo el hombre—, ¿no viene el amo?

El perro levantó la cabeza y miró al hombre; se miraron un instante los dos, y el animal, volviéndose hacia el mar, ladró furiosamente, echándose luego a los pies del que lo interrogaba.

El hombre era alto, muy bien formado; su rostro tenía un suave color aceituna pálido y sus facciones, aunque no

bien proporcionadas, no eran desagradables. Pelo negro, laxo y recio, ojos negros también, algo sesgados, nariz ancha, pómulos un tanto salientes y boca de labios gruesos.
Su cara, a pesar de aquellos duros rasgos que acusaban un origen indio, daba una impresión de bondad. Era un hermoso ejemplar, uno de los últimos de la raza que pobló antiguamente la Tierra del Fuego: la ona.

Calzaba altas botas; pantalón y chaqueta de pena amarilla obscura cubrían su cuerpo, y en la cabeza, a falta de sombrero, llevaba un pañuelo que sujetaba su cabellera. Colgada, al hombro llevaba una carabina y de su cinturón pendía un machete de monte.
El perro, cuyas tiesas orejas estaban en continua escucha y que ladraba animosamente cuando algún pato a vapor golpeaba con las alas las tranquilas aguas del río, era un animal extraño, parecido al mismo tiempo a un lobo y a un zorro, delgado, pero musculoso y ágil, de hocico puntiagudo y ojos vivaces. Como su amo, pertenecía a una raza ya casi extinguida: la de los perros fueguinos.

2

La infancia de Onaisín

ONAISIN NACIÓ en Onayusha, costa de los anas, Tierra del Fuego, en las márgenes del canal Beagle, una mañana de enero.

Su padre era Tlescaia, un ona que alcanzaba casi los dos metros de altura, poderoso de músculos, agilísimo y de muy mal carácter. Su madre, una mujer obscura, Llaca, que vivía al lado de Tlescaia como uno de los tantos perros que éste poseía. El día que Onaisín nació, su padre andaba de caza por el interior de la isla acompañado de varios indios. Cuando, con un guanaco al hombro y seguido de su traílla, llegó al miserable chozo en que vivía, la noticia de que la familia había aumentado durante su ausencia no le hizo gracia alguna.

Tenía ya tres hijos, cuatro perros y una mujer, es decir, ocho bocas que comían, sin contar la de él, más hambrienta que todas las demás juntas; la caza era más difícil de día en día; los hombres blancos aumentaban en la isla en número y en rapacidad; el oro de los lavaderos de Sloggett y de Bahía Valentín no les satisfacía; tampoco se conformaban con la caza del lobo, y empezaban a apoderarse de las tierras y de los animales; robaban al indio sus perros y a veces sus niños y sus mujeres, y lo empujaban hacia el mar, más allá del canal Beagle, hacia las islas inclementes cercanas al Cabo de Hornos o a las

desoladas de la salida occidental del Estrecho de Magallanes. ¡ Y todavía, como si todo eso no fuera bastante, le nacía un hijo más!.

Quince días después Tlescaia cogió a su hijo en brazos, lo llevó
a la orilla del mar y sacándolo de la bolsa lo sumergió desnudo en el agua. Se lo entregó después a la madre, llamó a los perros y se marchó 'hacia el interior de la isla. Con esta ceremonia purificadora, que no logró matarlo, Onaisín quedó incorporado a la vida social de la isla.

Su infancia se deslizó de manera espléndida. A los dos años ya tenía nombre. Se le pusieron al cuello lindos-collares de conchas y se le pintó el rostro de rojo y blanco. Crecía mimado por la ternura materna, sin cuidarse del gran Tlescaia, que tampoco se cuidaba de él.

Cuando empezó a dar pasitos y a balbucear algunas de esas largas palabras de la lengua ona, comenzó la primera educación, consistente en el aprendizaje de su idioma, tarea en la que tomaron parte la madre y todas las amigas. Al cumplir los cinco años era. ya todo un hombre y fue necesario pensar en cosas más serias que corretear y comer. Tenía toda clase de preeminencias:
según el concepto familiar ona, un niño de cinco años, por el solo hecho de ser varón y de tener cinco años, era muy superior a la propia madre. Fue entonces cuando empezó a preparársele para la alta misión que le estaba deparada a todo indio.

El abuelo fue el encargado de iniciarlo en el aprendizaje de la dura vida indígena. Puso en sus manos el primer arco y la primera flecha y enseñó al chico. su manejo. Onaisín.

demostró poseer excelentes cualidades de inteligencia y de retentiva. En cuanto hubo muerto, de certero flechazo, su primera avutarda, la educación pasó a la segunda época y empezó a acompañar a los hombres, lleno ya de orgullo y de ardor, en las excursiones por las veredas del bosque y por lo. sendero. de la costa, para avezarse a las largas marchas que el indio debía hacer para buscar su sustento.

Cuando el gran Tlescaia advirtió que su hijo más pequeño podía valerme por sí solo para alimentarme y que no necesitaba de mucha ayuda para prosperar, fijó en él su atención. Y lo inició en la tercera época del Aprendizaje. Empezaron entonces para Onaisín las grandes correrías, las jornadas de aliento a la caza del guanaco, en las cuales el joven ona dio principio al adiestramiento de sus instintos y de sus sentidos.

Al poco tiempo se deslizaba como reptil por entre la maraña del bosque, saltaba zanjas y precipicios, corría sin fatiga horas enteras, burlaba a los recelosos vigilantes de los guanacos, veía a varias millas de distancia el animal o la persona que buscaba, reconocía las huellas de los que habían pasado semanas antes por donde pasaba él, husmeaba el mis ligero olorcillo de los alrededores y volvía al wigwam familiar, desde muy lejos, con pesadas piezas de caza al hombro.

En medio de la vida heroica de su raza, en un clima riguroso, el joven indio me desarrollaba. A los siete años su cuerpo era como un alerce joven, elástico y esbelto, pleno de vigor y de fuerza, y mus pequeños ojos, llenos de malicia y de precocidad, chispeaban de orgullo cuando su padre alababa con parquedad alguna de sus labores.

3

Llegan los blancos

UN DIA, en una bahía cercana al lugar de su residencia, fondeó un barco. Onaisín, que se encontraba ahí, observó los movimientos del barco y de los hombres y vio cómo varios de ellos se dirigían a tierra en un bote. Cuando hubieron desembarcado, Onaisín se acercó. Había visto ya muchos hombres blancos. Saliendo del bosque se dirigió al encuentro de los marineros, y éstos, que le vieron venir, se detuvieron. Llegó el indiecito y, aproximándose a uno, le dijo golpeándole repetidas veces el pecho, según la costumbre ona:

-¿yeyogua? (¿Amigo?)

Rompió a reír el hombre ante el desplante y la tranquilidad del indio, y, más para divertirse que para asustarlo u ocasionarle mal alguno, le disparó el fusil junto al oído. Onaisín miró asombrado al hombre y a su arma y se frotó la cabeza La detonación de un ruido o de un golpe. La hilaridad del marinero creció.

—¡Bravo el indiecito! No tiene miedo.

—Llevémoslo a borda.

Se hicieron indicar por él una vertiente de agua donde llenar unos barriles que traían, y, una vez terminada la aguada, lo invitaron a subir al barco. Creían que el joven

indio se resistiría y que para llevarlo tendrían que recurrir a la fuerza, pero, con asombro de todos, Onaisín aceptó entusiasmado.

Llegados a bordo, lo llevaron ante el capitán, que le hizo algunas preguntas que Onaisín no entendió. La única frase que sabía en, idioma extranjero, aprendida de su padre, era una, compuesta de español y de inglés:

—Cristiano no good.

Y de ahí no salía. Lo llevaron a la cocina y el cocinero le sirvió de comer hasta hartarse. Le regalaron una cuchara que había llamado mucho su atención, y cuando el bote hizo un nuevo viaje a tierra, se lo llevaron, dejándolo allí. Onaisín estuvo con ellos un momento y de pronto salió corriendo, llevando apretada en su mano la cuchara, a la que echaba, mientras corría, largas y cariñosas miradas. Llegó al campamento y atropelladamente contó a su padre y hermanos lo que había visto. En la toldería se alzó un griterío terrible. Corrían los indios de un lado para otro gritando, frenéticos; se celebró un consejo que adoptó el acuerdo de esconder a las mujeres y a los niños en el bosque y prepararse para rechazar algún ataque. Reunieron los arcos y aguzaron las puntas de las flechas. A la mañana siguiente se encontraron con que el buque estaba anclado en la bahía en que habitaban. Se refugiaron los indios en la selva y observaron al barco y sus tripulantes. Ya muy entrada la mañana, dos botes se separaron del navío y se dirigieron a tierra. Bajaron los hombres e inspeccionaron los alrededores. El barco era un explorador de la región fueguina y la misión que traían sus hombres era la de levantar un mapa de las laberínticas costas de esa zona.

Por este motivo la actitud de los marineros y de los oficiales era pacífica y contemplativa. Los indios se tranquilizaron. Iban ya a enviar un emisario, cuando Onaisín, que estaba nervioso a la vista de sus amigos del día anterior, se adelantó al encuentro de los blancos.

Una aclamación general saludó la aparición del indiecito. Los marinos le golpearon el pecho a su gusto, uno le regaló un botón dorado de su chaqueta, otro le dio un trozo de carne y el mas malicioso le obsequió una caja de fósforos después de enseñarle cómo se prendían.

Todos estos actos demostraron a los indios que aquellos hombres blancos eran inofensivos; fueron entonces apareciendo de uno en uno. El primero en salir fue el gran Tlescaia, quien se dirigió apresuradamente hacia su hijo, y, sin el menor rubor, con todo descaro, le quitó lo que los marineros le habían dado, y, no contento con esto, empezó a pedir a vos en cuello cuanto veía en manos de los hombres. El indio ona empezaba pidiendo un pedazo de carne y concluía por pedir el barco.

Tres días después el barco partió; pero, antes de partir, el capitán y el cocinero trataron con Tlescaia, con gran solemnidad, la compra de su hijo pequeño. Dieron a Tlescaia un cuchillo, un paquete de tabaco, dos botellas de aguardiente y una cinta roja, que el indio se amarró inmediatamente a la cabeza, y con esto Onaisín pasó a ser propiedad del navío. Su padre no padeció pena ni sufrimiento alguno. Tenía otros tres hijos, grandes ya, y el menor no le hacía mucha falta. La única que sufrió fue la madre, y ése fue también el único sufrimiento de Onaisín. Sentada en la playa, sin llorar, la india vio alejarse, poco a

poco, el bote que se llevaba a su hijo. Y Onaisín, en la pope del bote, vio cómo, lentamente, se empequeñecía en la distancia la figura de su madre, único ser de su tribu que recordaría siempre.

4

Las primeras aventuras de Onaisín

EN EL barco empezó la civilización de Onaisín. Lo primero que hicieron fue cortarle el pelo y bañarlo, luego vestirlo. Se le dieron ropas nuevas y se le enseñó a ponérselas y usarlas. Todo lo admitió y todo lo adoptó entusiasmado. Lo único que rechazó fueron los zapatos. Lo inmovilizaban: sentirlos en los pies y quedarse invalido era todo uno. No había quién le hiciera dar un paso y en vano los marineros bailaban y zapateaban ante él para demostrarle la utilidad y la inofensividad del calzado. Onaisín lo rechazó rotundamente y sólo con el tiempo sus pies se habituaron a ellos.

Vino después el aprendizaje del idioma, aprendizaje que estuvo a cargo de la tripulación, la cual le repetía una palabra, sistemáticamente, hasta que llegaba a pronunciarla bien. Prosperó en todo, con gran alegría de los marineros, que lo apreciaban mucho. Su trabajo, a causa de sus escasos conocimientos, era reducido y casi se

limitaba a servir al capitán y al cocinero en pequeños menesteres. Estos dos hombres eran para Onaisín la flor de todos los demás hombres, sus dioses. El uno era la autoridad; el otro, la alimentación.

En Punta Arenas fue bautizado con gran pompa. Le sirvieron de padrinos el capitán y el cocinero y después de mucho discutir le pusieron un nombre que satisfizo a todos: Onaisín Errázuriz.

*

* *

Poco tiempo después el cocinero murió casi repentinamente, y el capitán, terminados sus trabajos geográficos, fue, llamado por el gobierno. Onaisín perdió sus dioses. Por otra parte, la tripulación fue renovada casi por completo. Caras nuevas y caracteres distintos aparecieron en aquel barco que hasta entonces había constituido para Onaisín su horizonte, su mundo, su vida Los que llegaron, ignorantes de la vida familiar que el indio había llevado en el barco, desconocedores de su historia o indiferentes a ella, sin importarles su condición, lo trataron de diversa manera y se condujeron con él de muy distinto modo. El nuevo cocinero, con quien Onaisín trató de congraciarse, resultó un hombre cruel que lo hacía sufrir sin motivo alguno, negándole comida o impidiéndole entrar en la cocina. Al principio Onaisín no comprendió esta diferencia de carácter y de trato entre los

cristianos; creía, basándose en los que conocía, que todos serían iguales; fue necesario el sufrimiento moral y 'hasta el físico para que llegara a comprender.

Se entregó resignadamente a la nueva vida que tan ruda se le presentaba y procuró hacer buenas migas con los nuevos tripulantes. Estos empezaron a malearle, y él, ingenuo, con una inteligencia virgen que podía aprender tanto el mal como el bien, siguió sus malos ejemplos. El cocinero, que era un consumado truhán, empezó por enseñarle a beber y terminó por hacerlo robar. Y él lo hacía todo, con la misma voluntad y el entusiasmo con que en otro tiempo seguía los consejos y las indicaciones de aquel dios suyo, de delantal y gorro blancos, que había sido su primer maestro y protector. Hasta que un nuevo dios vino a reemplazar a los que había perdido.

Una noche, en Punta Arenas, en compañía del cocinero y de tres hombres de la tripulación, se entregaban a un deporte que aquellos desalmadas habían ideado y que consistía en esperar a la salida de las cantinas a los borrachos, seguirlos, caer sobre ellos en alguna callejuela obscura y desvalijarlos. Onaisín era el encargado de sujetar a los, borrachos. Siendo el más fuerte de todos, y el más tonto, se le designó ese papel. Se acercaba cautelosamente al hombre y, formando un gancho con su poderoso brazo, lo tomaba del cuello, por detrás, levantándolo en el aire. Ya podía el sorprendido transeúnte patalear y gemir. Onaisín no lo soltaba. Y cuando sus compañeros le decían que todo estaba consumado, dándole dos o tres vueltas para desorientado, lo arrojaba lejos y huía. Muchas veces lo robado llegaba a sumas elevadas.

Mineros, cazadores de lobos, marinos, con los bolsillos llenos de oro y monedas extranjeras, caían entre sus manos,

5

Onaisín tiene otro amo

AQUELLA noche la fortuna les había sido adversa. Ningún ebrio se veía en las calles. Iban ya de vuelta al barco, cuando, al pasar frente a una taberna, vieron que un hombre salía hacia la calle. Tropezó al salir y eso les hizo creer que estaba borracho. No lo siguieron mucho tiempo. La impaciencia los acicateaba. Al doblar la esquina, Onaisín se acercó al hombre y cogiéndolo por el cuello quiso inmovilizarlo. Pero el atacado, con gran sorpresa de Onaisín, se dio vuelta con rapidez asombrosa y antes de que el indio pudiera escapar o ponerse en guardia recibió un formidable puñetazo que lo estrelló contra la pared. Sus compañeros, asustados, huyeron y él se quedó inmóvil, arrimado a la muralla. El hombre se le acercó y, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo con voz en que se notaba el acento inglés:

—¿ Qué buscas, amiguito Onaisín no contestó.
—¿Estás asustado, no? Ven, quiero ver tu cara.
Lo arrastró hacia la cantina y lo hizo entrar de un empujón. A la luz del farol colgado en el techo se miraron los dos.
—¡Un indio! Bien, muy bien. ¿Te han enseñado á asaltar a la gente? Y eres joven, casi un niño. ¿Cómo te llamas' Contesta.
—Errázuriz.
El hombre rompió a reír.
— ¡ Errázuriz! No esperaba encontrarme aquí con un pariente del Presidente de Chile.
Se rió de nuevo y Onaisín comprendió que se burlaba. .— Llámame Onaisín.
—¡Ah, Onaisín! Tienes el nombre de tu tierra... ¿Te has que. dado sorprendido? Sí, amiguito, se necesita un brazo más fuerte
que el tuyo para atrincar a Sam Cocktail. Tú no conoces a Sam Cocktail y estás disculpado. ¿Quieres beber algo?
—No.
—¿Qué quieres, entonces? ¿Que te entregue a la policía?
—Llévame contigo.
Onaisín adivinaba que en aquel 'hombre alto, rubio, de gran barba y bigote, que hablaba tan recia y francamente, se encarnaban las virtudes de sus dioses desaparecidos: la autoridad y la alimentación, tal vez la bondad.
—¿Que te lleve conmigo? No está mal. Pretendes asaltarme y en seguida, como recompensa, me pides que te

lleve conmigo. ¿Y dónde quieres ir? Yo soy marino. ¿ Sabes algo de eso tú?
—Sí, marinero. Mucha fuerza, trabajo y amistad.
—¡Ah! Fuerza, trabajo, amistad, lindas palabras. ¿ Eres tú capaz de ellas?
—Si. Andrés, cocinero, y Alberto, capitán, me enseñaron. Onaisín es fuerte y fiel. Llévame contigo.
-¡hum! El indio es muy ladrón y, aunque me hablas de amistad, desconfío. Hay una palabra que seguramente no conoces y que la que yo necesito: confianza.
¿Confianza?
Si fe; es algo más que la amistad
—Enséñamela, dámela.
—Muy bien, tienes razón. Es necesario darla antes de recibirla. Ven conmigo.
Sam Cocktail, o Ricardo Stewart, que tal era su nombre, se llevó a Onaisín a su casa, donde quedó, en. breve tiempo, incorporado a la vida y a las actividades del inglés, del cual ya no se separaría hasta su muerte
Ricardo Stewart era nacido en las islas Malvinas, hijo de un ballenero inglés y de una joven francesa de Burdeos establecida en la isla con su padre. Tenía en esa fecha alrededor de cuarenta años y vivía en Punta Arenas. No poseía más familia que un hijo de la misma edad de Onaisín y un perro fueguino.
Onaisín se convirtió en su hombre de confianza, su compañero, su sirviente, su todo. Tenia ya quince años y había entrado a la madurez de su adolescencia, próximo a llegar a la adultez precoz del indígena. Intimó con el hijo de su amo y le enseñó todo lo que sabía: fue su maestro de

ejercicios, de fuerza, de destreza, de habilidad. Era al mismo tiempo que un profesor, un compañero de juegos. Stewart estaba encantado. Nunca creyó que al llevar a su casa un indio que había intentado asaltarlo en la calle, hiciera un buen negocio, y lo había hecho. Era un hombre muy franco, muy recto en sus procederes afectivos, noble en cierto modo y leal. Estas cualidades neutralizaban el gran defecto que poseía: su mal humor. Su lema era: confianza.

.—¿Qué importa que yo tenga mal humor y que a veces te caliente las costillas? —le decía a Onaisín—. A pesar de ello, tú tienes confianza en mí y yo la tengo en ti. Eso es bastante.

Stewart se dedicaba a la caza de lobos y los cazaba a pesar de la prohibición del Gobierno. Tenía un barco pequeño. un cutter muy marino, velocísimo, con el cual desafiaba las tempestades del Cabo de Hornos y las violentas mareas de la península Brecknock. Pero su especialidad, su secreto, eran los naufragios. Era raqueador. Raqueador es una palabra derivada de wreck, naufragio, en inglés,. y que significa el que provoca naufragios o el que se aprovecha de ellos. Escondido en alguna caleta con su cutter, al abrigo de los vientos y de las tempestades, acechaba los navíos que daban vuelta por el Cabo de Hornos en lugar de hacerlo por el Estrecho. Sus lugares predilectos eran las pequeñas islas cercanas al Cabo o las rocosas Wollaston. Llegada la noche, encendía un gran fuego y, tapándolo y destapándolo, hacía señales a los navegantes. Desorientados los marinos por aquella luz que se encendía

y se apagaba como un faro, torcían su rumbo y embicaban en alguna playa o se ensartaban en los acerados arrecifes de las islas. Abandonado el navío por los tripulantes, o salvados éstos por Stewart, éste y sus hombres caían sobre él y lo saqueaban, abarrotando el cutter con todo lo que de valor se encontrara a bordo.

Era una profesión poco honorable; pero los 'hombres como él no tenían jamás ocasión de escoger. Por otra parte, no era un trabajo sencillo ni cómodo, sino al contrario, difícil y peligroso. Tan peligroso, que algunos años después de entrar Onaisín al servicio de Stewart, al regresar de un naufragio, fueron sorprendidos por un guardacostas que les hizo seña de que se detuvieran y que al no obtener obediencia los bombardeó, hundiéndolos frente a Tierra del Fuego, a la entrada de la bahía Sloggett.

Stewart murió en el naufragio y Onaisín se salvó cogido al perro. Atravesó a pie toda la costa oriental de Tierra del Fuego y llegó frente a Punta Arenas casi muerto de hambre y de frío. Atravesó el Estrecho en el bote de un amigo y se presentó ante el hijo de su amo, que lo recibió llorando.

6

El cutter "Sam Cocktail"

DE PRONTO, hacia el norte, con la vela hinchada por la brisa, apareció un airoso cutter. Llegó frente a la desembocadura del río y dando una graciosa bordada puso proa hacia la orilla.

—¡Indio! —gritó Onaisín—. ¡ Ahí vienen!

Al oir el grito del indio, el perro bajó rápidamente de la roca y corrió hacia la playa ladrando. El cutter se acercó y pronto se divisaron sobre cubierta 'las siluetas de los tripulantes: Enrique, Smith, Queltehue... y otro hombre.

Cuando la embarcación estuvo bastante cerca, un hombre, haciendo bocina con las manos, gritó:

— ¡ Ah, Onaisín! Corre a la orilla del río. Vamos a amarrar adentro.

Dejó Onaisín su sitio y bajó a prisa. Un momento después el cutter embocó la entrada y se deslizó, arrimado a la ribera, rozando con su palo el tupido ramaje de los árboles. Fuera de la zona del viento la vela se deshinchó y cayó, y Onaisín vio cómo Queltehue soltaba la vela y sacando los remos los ponía en las chumaceras. Remaron dos hombres. Al llegar a un remanso del río, Stewart tiró hacia la orilla una cuerda. Se apoderó de ella Onaisín y aprovechando el impulso que traía el "Sam Cocktail" lo hizo virar de un tirón. Indio, que corría de un lado para otro y llenaba con sus ladridos el silencio de. la selva, se abalanzó sobre la

cuerda y cogiéndola con los colmillos empezó a tirar de ella,

—¡Eh, Onaisín! Echa al perro si no quieres que corte la cuerda como Queltehue corta los tallarines...

Espantó Onaisín al perro y amarró la cuerda al tronco de un árbol. El cutter avanzó hasta tocar la orilla y dando una suave cabeceada quedó inmóvil. Entonces un hombre, afirmándose en la borda, saltó a tierra. Sacudió con fuerza los pies contra el suelo, palmoteó y el perro fue hacia él, se afirmó en las patas traseras y levantándose le puso las delanteras sobre los hombros. El hombre lo abrazó, mientras el perro, enternecido, le lamía las manos y la cara.

—¡Bueno, bueno, ya está! —dijo el hombre, y apartando al perro abrazó a Onaisín.

—¡ Onaisín!

—¡Enrique!

El hijo de Sam Cocktail y el indio estuvieron un momento abrazados. Sus vidas corrían tan parejamente y tan unidas, que una ausencia un poco larga les afectaba. Alrededor de los hombres, Indio daba vueltas.

—¡Eh! —gritó 'la poderosa voz del viejo Smith—. ¡Indio! ¿No hay cariños para mi?

Habían ya desembarcado todos. Indio corrió hacia el que lo llamaba y repitió sus manifestaciones de cariño. Luego se echó sobre el otro tripulante y poniéndole las patas en los hombros lo derribó lamentablemente. Se rió el zarandeado Queltehue, y defendiéndose de las manotadas y de los asaltos del perro, gritaba con voz atiplada:

—¡Déjate, bandido! ¡Ja, ja, ja! ¡No me muerdas, asesino!

Era el modo de jugar que tenían. Cuando Indio dejó tranquilo a Queltehue, miró al hombre desconocido, gruñó y, agachando la cabeza, lo husmeó; dio una vuelta alrededor de él, lo miró de nuevo, ladró y fue a buscar la compañía de Onaisín. Se reunieron los hombres, y después de saludar Smith y Queltehue a Onaisín, presentaron al desconocido. Onaisín tendió la mano a Ricardo Hernández, el nuevo compañero, y éste se la estrechó, fijando la mirada en el rostro amplio del indio, que observaba a su vez aquella cara pálida y enérgica.

7

Los tripulantes del "Sam Cocktad"

LLEGO LA noche y con ella la soledad y el silencio. Sólo se oía el rumor del río que se deslizaba rozando las inclinadas ramas de los árboles. Con la obscuridad, 'la selva parecía más apretada e inextricable. La noche era resplandeciente.

—¡Qué noche! —dijo Smith, que pelaba papas sentado en la cubierta—. Parece que estuviéramos en uno de los canales fueguinos. ¡ Eh, Queltehue! ¿Cómo anda ese puchero?

—Bien, patrón —contestó el aludido, desde la cocina—. Los patos se están cociendo calladitos.

Cerca de Smith estaban sentados Onaisín, Enrique y Hernández. Un farol los iluminaba con su luz rojiza, de arriba abajo, dándoles el aspecto de figuras de aguafuerte. Se destacaba la cabeza de Enrique Stewart, rubio, tostado el rostro, de bigote y barba corta. Sus ojos verdes miraban plácidamente. Era alto, casi delgado. Como su padre, el viejo Sam Cocktail, su lema era: confianza. Estaba bien educado. De su educación física se ocupó en su tiempo Onaisín. Luchando con el indio cuando aún eran muchachos y esforzándose por vencerlo, cosa que no logró nunca, pues el indio era tan ágil como un perro fueguino y

tan fuerte como los hombres de su raza, Enrique adquirió la destreza para las luchas cuerpo a cuerpo, los movimientos hábiles de la defensa y los sorpresivos golpes del ataque. Además, la vida errante que después de la adolescencia había llevado en compañía del inseparable indio y de Smith, por las islas y canales de Tierra del Fuego, ya a caza de los últimos lobos de dos pelos en las roquerías azotadas por el viento sudueste, ya buscando oro o cazando nutrias y guanacos, había desarrollado poderosamente su cuerpo. Su educación moral se había reducido al cultivo de los sentimientos que, según su padre, formaban la base del carácter del hombre: la bondad, la energía, la confianza. Al morir Sam Cocktail dejó a Enrique una casa en Punta Arenas, un buen montón de pepitas de oro,- algo de dinero y el prestigio de su nombre. Vivió un tiempo tranquilo, en compañía de Onaisín, hasta que, llegado a los dieciocho años, pensó en trabajar. Smith, que había sido socio del viejo Stewart, le propuso asociarse para negociar en cueros, oro, maderas y pieles. Tenía un cutter, "El Petrel",_ comprado con el producto de las ganancias que las expediciones hechas con el padre de Enrique le habían rendido. Al asociarse los tres, pues también Onaisín entró en la combinación, cambió el nombre del cutter por el de "Sam Cocktail" y durante varios años recorrieron la región austral, ganándose la vida del mejor modo posible.

—¡Eh, Queltehue! —gritó al rato Smith—. Desde aquí veo que te estás comiendo las mejores presas de los patos.

—¡Chis, patrón, qué buena vista tiene! Ni siquiera he probado los volátiles.

—Ahí van las .....

Se levantó Smith y echó a andar hacia la cocina. Sus gruesas botas resonaban en la cubierta. Entregó las papas al cocinero y se desperezó gozoso.

Era un hombronazo el viejo Smith. Vigoroso, roja la faz, con la gran barba dorada, las anchas espaldas y las firmes piernas, Parecía, a pesar de los años, la encarnación de algún viejo dios de la fuerza y de la aventura. ¿ Quién podría contar la historia de su vida? Sería como pretender contar la historia del mar, tan amplia, tan variada era. ¿En cuántos veleros navegó? ¿Cuántos naufragios tuvo? ¿Cuántas fortunas ganó y cuántas derrochó? El mismo no lo recordaba ya. Era inglés de origen; su nacionalidad era indefinida.

—Yo nací en las Malvinas bajo la dominación argentina. Mi padre era inglés y mi madre española. Ahora la isla es inglesa. ¿Puede usted decirme, caballero, cuál es mi nacionalidad?

Su amistad con el pad e de Enrique databa desde los años de infancia. Ambos nacieron en Puerto Stanley y juntos empezaron a trabajar y correrla. Esta amistad, a pesar de las dilatadas separaciones, fue siempre inalterable. Sólo una vez en su juventud riñeron, y duramente, por los bellos ojos de la que había de ser madre de Enrique. Smith, que era el más fuerte, zurró de lo lindo a Sam Cocktail, no sin recibir también su buena parte, pero, a pesar de ser el vencedor, la muchacha se decidió por el otro.

Cuando Smith, después de vagar por todo el mundo, volvió a su tierra natal, se encontró con Sam, y ambos

decidieron trabajar juntos, cosa que hicieron hasta la muerte del segundo.

—Bueno, caballeros, a la mesa —gritó en ese momento Queltehue. Se levantaron y pasaron a la cámara de proa, donde Queltehue, ayudado de Onaisín, había dispuesto la mesa.

Queltehue servía la comida. Onaisín atendía la mesa.

Queltehue era famoso por sus virtudes culinarias, tan famoso como por su hambre insaciable. Era flaquísimo, muy alto, la cara huesuda y coronada por una revuelta cabellera roja que daba a toda su persona una desgalichez realmente cómica. La ropa le quedaba siempre corta, el pantalón estaba como a veinte centímetros de sus tobillos y el ruedo de las chaquetas llegaba nada más que a la cintura, mientras las mangas le subían hasta el codo. Ningún apodo le cuadraba tan bien como el de queltehue: sus pasos largos y ciertas agachadas de los 'hombros al caminar de prisa o al correr, le daban apariencias de tal ave. Desde hacía tiempo era compañero - de Smith, que lo apreciaba y quería mucho porque hallaba en él todas las virtudes y un solo defecto: su apetito extraordinario; porque Queltehue, a pesar de su constitución física endeble y su aspecto esmirriado, era un glotón feroz.

Sentado a la cabecera de la mesa, Ricardo Hernández comía pausadamente. La luz le daba de arriba abajo, iluminando la parte superior de su cabeza alargada, cubierta de pelo castaño, liso y muy corto, que se detenía en la línea larga y precisa de la alta frente. Era más pequeño que cualquiera de los que allí estaban y tan

delgado como Queltehue, aunque elástico y decidido. en los movimientos.
Nadie lo conocía. Enrique y Smith trabaron amistad con él en el desmantelado muelle de Ancud, y hablando, hablando, le contaron el objeto de su estadía allí y los planes qué pensaban desarrollar. Se ofreció como socio, y ellos, que tenían intención de buscar uno, lo aceptaron. Aportó su dinero y, llegado el día de partir, llegó al muelle con sus bártulos y se embarcó.
Ni una palabra sobre su vida anterior, ni un detalle, nada. Únicamente sabían, que era español y que se llamaba Ricardo Hernández. Tal era, por lo menos, el nombre que había dado.

8

El DERROTERO

DESPUÉS de la comida, los cinco hombres subieron a cubierta. La selva estaba quieta, sin un ruido, un movimiento. Sólo el mar tronaba a lo lejos.
—¡ Que soledad y qué silencio! —refunfuñó el viejo Smith mientras preparaba la pipa—. Es como para desanimar a cualquiera. Esto tiene mas encanto que las

noches de las penínsulas fueguinas. ¿No es verdad, Enrique?

Cada uno buscó su comodidad en la cubierta. Onaisín se fue a proa y se tendió al lado del perro, que dormitaba y movía de vez en cuando las alertas orejas. Enrique y Smith se sentaron en los rollos de cuerdas; Queltehue, en el suelo, afirmado en el palo mayor del cutter, pestañeaba mirando hacia la noche. Hernández ocupó la única silla disponible.

Una gran estrella corrió por el cielo. Hazte un nudo en el pañuelo, Onaisín —gritó Queltehue—. Trae suerte.

El indio no contestó. Un pesado silencio envolvió a los hombres. Sólo se oía el ruido que hacia la pipa de Smith, ya casi concluida, al ser aspirada.

—Está roncando la pipa. Vamos a dormir.

Y Queltehue desapareció en la obscuridad, en busca de su nidal. Sólo quedaron en cubierta Smith, Enrique y Hernández. Onaisín, alejado de ellos, tendido al lado de Indio, no se movía, durmiendo acaso o acaso pensando o recordando. El indio era taciturno de por sí y lo era más aún en presencia de personas extrañas.

—¿Cuándo nos pondremos en marcha? —interrogó Hernández.

—Pasado mañana —contestó Enrique—. Llevaremos provisiones para dos meses, aunque creo que con llevar para un mes seria bastante; ropas, herramientas, armas. En los caballos que traemos se puede trasladar todo perfectamente. Haremos marchar adelante a Onaisín con las instrucciones necesarias.

—¿Es fiel el indio? ¿Tienen confianza en él?

—Más que en nosotros mismos —respondió Smith—. Por lo demás, no corremos ningún peligro. El país está deshabitado, más que deshabitado, inexplorado en gran parte. Hay caza en abundancia; agua, buen tiempo. Lo que es peligroso es el camino en la selva; no peligroso, fatigoso. No hay huellas ni caminos; tendremos que marchar guiados por nosotros mismos, y si, como me parece, estos bosques son como los de Tierra del Fuego, nos divertiremos bastante. Yo he andado por bosques, cerca del canal Beagle, horas y horas, sin tocar el suelo con los pies, deslizándome por encima de los árboles caídos y desmenuzados por el tiempo y la humedad. Un resbalón es peligroso. O se rompe uno la cabeza o queda enterrado en una especie de barro vegetal. Quiera Dios —concluyó— que no nos toque atravesar muchos bosquecitos de esa clase. Los caballos, las mulas, las carretas, son inútiles allí. Hay que transportarlo todo al hombro...

—Pero ¿cómo es posible que en una zona casi virgen, inexplorada si se quiere, peligrosa por lo desconocida, alguien haya señalado la existencia de una riqueza mineral y, lo que es más extraño, dejado un derrotero escrito?

—No se extrañe de ello, amigo Hernández. Chile es el país de los derroteros, y allí, en la parte más sola, más abandonada del país, más inclemente, si uno se dedica a buscar, encontrará una leyenda, una historia, a veces verídica y a veces falsa, de fantásticas fortunas. Tanto en el sur como en el norte, más en el norte, la imaginación popular ha llenado las montañas, los valles, los desiertos y hasta el mar de fabulosos derroteros. Y lo peor es que en

el fondo de muchas de esas fantasías suele haber algo de verdad; más todavía, son verdad. ¿Quién hubiera creído que la leyenda sobre los yacimientos auríferos de Tierra del Fuego fuera un hecho cierto? Nadie. Al principio nos encogimos de hombros, riéndonos de los pobres diablos que hablaban de eso. Sin embargo, había oro. Y ahí están la bahía de Sloggett, El Páramo y tantos otros lavaderos, que en pocos años rindieron más de un millón de gramos de oro.

—¿Y en qué forma se encontraba el oro?

—En forma de pepas, entre la arena del mar.

—Bueno, hablemos de nuestro derrotero —dijo Hernández sonriendo.

9

Candelario Campillay

—HACE AÑOS, cuando en Tierra del Fuego estaban en plena explotación los lavaderos de oro, llegó allí, venido del norte, un minero llamado Candelario Campillay, medio indio y medio mestizo. Fue mi amigo y después mi compadre. Poseía en Copiapó unas treinta minas de

distintos minerales, pero todas ellas pequeñas y retiradas unas de otras, lo cual le impedía trabajarlas, aunque eran de ley alta. Además, no tenía dinero para iniciar siquiera una mediana explotación. Creyó que en Tierra del Fuego encontraría el dinero que necesitaba, y se vino. Hicimos varios viajes en busca de grandes yacimientos; pero en ese tiempo se habla recorrido ya metro por metro toda la región y no era fácil que encontraríamos lo que otros tan listos como nosotros no encontraron. cientos de hombres recorrían las costas, hurgando, buscando. Sin embargo, algo encontramos, pero no fue bastante. Pero como mi compadre Candelario era porfiado y cómo, por otra parte, era hombre que en oyendo hablar de minas perdía la cabeza, y era paz de andar leguas y leguas sólo con la esperanza de encontrar una yeta .o un filón, volvió a la carga. Le habían hablado de un río y fue en busca del río. Descartado el Palena, quedaba el Aysén; explorado el Aysén hasta donde pudo, restaba el Sin Nombre. Hacia aquí vino acompañado de un chilote que conocía la región. Sufrieron lo indecible, pero encontraron oro; no en gran cantidad, pero casi lo bastante para compensar el viaje. Se. enfermó y tuvo que descender el río. Hubiera vuelto a subirlo, pero se agravó y se fue a sus tierras del norte. Murió poco después. Antes de morir me escribió, aconsejándome que hiciera un viaje por estos lados y dándome, más o menos, una dirección fija del camino seguido por él, añadiendo que mientras más al sur se buscara, .más probabilidades había de encontrar oro o platino... Eso es todo.

—¿Y cuál es el plan de ustedes?

—Pensamos remontar el río hasta donde se pueda y después desviarnos y caminar hacia el sur. Hay en esta región innumerables lagos, algunos muy grandes, que dan nacimiento a pequeños o grandes ríos, arroyos y torrentes. ¿Quién sabe si en alguno...?
—Verdaderamente —sugirió Hernández—, no es un negocio a ojos vistas.
—No; es aventurado, y para intentarlo se requieren gran paciencia y tiempo. Sin embargo, usted está a tiempo de retirarse.
—No, me es lo mismo encontrar algo o no encontrar nada.
—Muy bien; vamos a dormir. Mañana hablaremos más, aunque lo importante no es hablar, sino ponernos en camino.
—Marcharemos —dijo Enrique—. Me siento ya algo enmohecido. Buenas noches.
Se levantó y fue a sentarse al lado de Onaisín.
Onaisín...
—¿Qué hay, Enrique?
—¿Qué haces?
—Miro el cielo y el bosque. Mira, allá está Sasiulp, luz de los ojos en mi lengua nativa, más brillante y más lejana que nunca; es la estrella de la medianoche. Y Onaisín señalaba a Sirio que avanzaba hacia el amanecer. Al otro día, temprano, mientras Queltehue preparaba el desayuno, empezaron a empaquetar y cargar en los caballos y en el bote pande del "Sam Cocktail" lo que necesitarían en la expedición. Todo fue elegido y contado por Smith, jefe del grupo. En honor de su mayor conocimiento y práctica en tales excursiones, le dieron ese cargo. Enrique era el

encargado de la marcha, el director de ruta. Queltehue era el jefe de alimentación, y Onaisín, el guía. Ricardo Hernández recibió el título de consejero. Indio era el guardia y el proveedor de caza fresca.
Todo quedó listo ese día. Ni un detalle se escapó. A la mañana siguiente, muy de madrugada, Enrique y Onaisín amarraron sólidamente el "Sam Cocktail", cerraron bien las puertas y lo cubrieron con gruesas y largas ramas.
A las ocho de la mañana, Smith gritó desde el bote:
—¡Andando!

10

¡Andando!

LA CARAVANA se puso en movimiento. Enrique y Onaisín marcharon por la orilla derecha del río, y Hernández y Queltehue, arreando los pequeños caballos chilotes, por la izquierda. Smith avanzaba por el río en el bote. La corriente no era fuerte .y se podía navegar con facilidad.
Onaisín, con su rápido paso y seguido del perro, dejó pronto atrás a sus compañeros. Indio corría, deslizándose

por entre los árboles o por la orilla del río. Así marchaban cuando, desde lo profundo del bosque, llegó a los oídos del indio y del perro un ladrido claro y fino. Onaisín se detuvo, y el perro, parándose también en actitud de sorpresa, prestó atención. Un ladrido casi significaba la presencia del hombre. Onaisín preparó la carabina y animó al perro. Pero el ladrido dejó de oírse. Indio, desorientado, miraba hacía todas partes, volviendo de vez en cuando la cabeza 'hacia su amo como pidiéndole consejo o tomándole parecer. Pasaron un
rato escuchando, y cuando Onaisín, creyendo haber oído mal, iba a avanzar, se oyó nuevamente el ladrido, pero esta vez en dirección
contraria a la anterior. Se detuvieron. Nada. Ni un ruido de pasos o de voces.

—¡Busca, Indio! —gritó Onaisín.

El perro dio una vuelta sobre sí mismo para orientarse y salió disparado. Apenas desapareció el perro en la espesura, el ladrido cesó, como si el perro que ladraba se hubiera asustado por la presencia de Indio. Pasó un gran rato, durante el cual Onaisín, oculto tras el grueso tronco de 'un árbol, esperó oír los ladridos de su perro indicándole haber descubierto al can que ladraba o a algún hombre. Pero el perro volvió, callado, sin dar señal alguna de agitación, indicio de que su búsqueda había sido infructuosa. Se plantó delante de su amo y le miró como diciéndole: "¿ Qué hacemos?"

Onaisín acarició la cabeza del animal.

—Se están riendo de nosotros, Indio; vamos.

Marcharon de nuevo. Dos o tres veces oyeron aún los ladridos, finos y claros; pero por más que buscaron no pudieron encontrar nada. Cuando llevaban ya unas cuatro horas de marcha, sonó, detrás de ellos, lejos, un disparo.

—Nos avisan que volvamos.

Retrocedieron, encontrando a los compañeros entregados a la tarea de preparar el almuerzo. Queltehue entraba en funciones.

—¿Qué hay? —preguntó Smith.

—Nada de particular —contestó Onaisín—. El camino es más o menos bueno. Lo único que nos ha pasado es que - hemos sentido ladridos y no hemos podido encontrar rastros del perro que ladraba ni rastros de hombres.

—¿Ladridos? ¡Qué raro! ¿No será algún perro salvaje? Me han contado que por este sitio suelen encontrarse perros en ese estado.

—No, porque hubiera dejado por lo menos rastros en la tierra húmeda.

—Pues arriba de los árboles no estará —dijo Queltehue.

—¿Arriba de los árboles? ¡Ja, ja, ja! —rió a grito pelado Enrique y todos le imitaron.

Pero apenas cesó la risa, cerca de ellos, muy cerca, el perro invisible volvió a ladrar. Se quedaron todos inmóviles y silenciosos, mirándose.

—¡Diablo! —dijo Queltehue—. ¿Dónde está el perro? ¿ O será que alguno de ustedes ladra con la barriga, como hacía el gringo del circo en Punta Arenas?

—No —gritó Hernández—. Allí, allí está.

Y señalaba hacia un tronco de árbol caído, a veinte metros de distancia. Miraron todos, y, efectivamente, parado

sobre el carcomido tronco vieron al animal que ladraba. Pero no era ningún can salvaje. Un pajarilla de color obscuro, del tamaño de una tórtola, los miraba irónicamente mientras dejaba escapar de su garganta un redoble de breves ladridos.

La sorpresa de los aventureros se trocó en hilaridad. Reían estruendosamente. El único que continuaba sorprendido era Indio, quien de seguro no comprendía cómo un pajarilla tan insignificante podía emitir ladridos que sólo le estaban permitidos a su especie. Sin embargo, su sorpresa no duró mucho rato; lanzó un furioso ladrido y se abalanzó hacia el atrevido cantor; pero el pájaro dio media vuelta, levantó la cola y abriendo las alas desapareció entre los troncos y el ramaje.

— ¡ Por mi madre! —exclamó Smith—. Ahora me acuerdo que el chilote Barrientos me cantó, hace años, que en su tierra había un pájaro que ladraba y que ellos llaman guid-guid. Los ingleses lo llaman pájaro ladrador. ¡ Qué plancha!

—¡Eh, Indio! —gritó Queltehue al perro, que volvía con aspecto de mal humor—. ¡ Convida a cazar guanacos a ese perrito!

El comentario duró durante todo el almuerzo. Terminado éste, la marcha se renovó y Onaisín y el perro volvieron a tomar sus puestos de avanzada. Enrique, Queltehue y Hernández continuaron arreando los pequeños mampatos y Smith navegaba río arriba. En algunas partes, ya separados, ya formando grupos, se alzaban enormes árboles de cincuenta o mas metros de altura, con troncos que alcanzaban a los cinco metros de diámetro. Algunos

llegaban con—¿Arriba de los árboles? ¡Ja, ja, ja! —rió a grito pelado Enrique y todos le imitaron.
Pero apenas cesó la risa, cerca de ellos, muy cerca, el perro invisible volvió a ladrar. Se quedaron todos inmóviles y silenciosos, mirándose.
—¡Diablo! —dijo Queltehue—. ¿Dónde está el perro? ¿ O será que alguno de ustedes ladra con la barriga, como hacía el gringo del circo en Punta Arenas?
—No —gritó Hernández—. Allí, allí está.
Y señalaba hacia un tronco de árbol caído, a veinte metros de distancia. Miraron todos, y, efectivamente, parado sobre el carcomido tronco vieron al animal que ladraba. Pero no era ningún can salvaje. Un pajarilla de color obscuro, del tamaño de una tórtola, los miraba irónicamente mientras dejaba escapar de su garganta un redoble de breves ladridos.
La sorpresa de los aventureros se trocó en hilaridad. Reían estruendosamente. El único que continuaba sorprendido era Indio, quien de seguro no comprendía cómo un pajarilla tan insignificante podía emitir ladridos que sólo le estaban permitidos a su especie. Sin embargo, su sorpresa no duró mucho rato; lanzó un furioso ladrido y se abalanzó hacia el atrevido cantor; pero el pájaro dio media vuelta, levantó la cola y abriendo las alas desapareció entre los troncos y el ramaje.
— ¡ Por mi madre! —exclamó Smith—. Ahora me acuerdo que el chilote Barrientos me cantó, hace años, que en su tierra había un pájaro que ladraba y que ellos llaman guid-guid. Los ingleses lo llaman pájaro ladrador. ¡ Qué plancha!

—¡Eh, Indio! —gritó Queltehue al perro, que volvía con aspecto de mal humor—. ¡ Convida a cazar guanacos a ese perrito!

El comentario duró durante todo el almuerzo. Terminado éste, la marcha se renovó y Onaisín y el perro volvieron a tomar sus puestos de avanzada. Enrique, Queltehue y Hernández continuaron arreando los pequeños mampatos y Smith navegaba río arriba. En algunas partes, ya separados, ya formando grupos, se alzaban enormes árboles de cincuenta o mas metros de altura, con troncos que alcanzaban a los cinco metros de diámetro. Algunos llegaban con sus follajes hasta la mitad del río. Hacia adentro del bosque la quila se extendía profusamente, formando selvas tan enmarañadas que ni las hachas podían entrar en ellas.

—¡ Qué arbolitos! —comentaba Smith a la hora de la comida—. Nunca los había visto tan magníficos. Es cierto que en Tierra del Fuego los hay, pero no tan soberbios.

—Comparados con éstos, aquellos son pequeños.

La tarde había transcurrido sin novedad alguna, y la noche, inmensa, se abatió sobre los bosques. Alzaron una carpa a la orilla del no y allí pernoctaron. Al otro día, temprano, reanudaron la marcha. El camino era pesado. Pero, poco a poco, se avanzaba. Todo continuaba igual. Ni el menor rastro de vida humana; soledad, silencio, bosques, agua, pájaros, a veces rastros de pumas o de venados... Y así durante varios días.

11

Habilidades de Indio

—HOY HAY que cazar algo —indicó Queltehue una mañana a Onaisín—. Llevamos muchos días comiendo puros vegetales. A ver si traes algún guanaco, o algún cordero, aunque más no sea.
—Te traeré algo, tragón. Vamos a cazar, Indio.
El perro corrió delante de Onaisín.
—¡Busca, busca!
Era el grito de caza.
Pronto, las bandadas de gansos y de cisnes empezaron a pasar sustos. Indio, con el vientre pegado a tierra, se arrastraba hasta llegar cerca y saltaba sin ladrar. Un ganso y un cisne cayeron entres. sus colmillos. Pero Indio, después de tanto tiempo sin cazar, no se conformaba con un resultado tan escaso. Abandonó la orilla del río y se internó en el bosque, en busca de caza mayor. Onaisín se detuvo. Pasó un largo rato sin que el perro diera señales de vida. Los hombres de retaguardia alcanzaron a Onaisín y se de. tuvieron también. El indio se internó en el bosque siguiendo el rastro del perro.
Un momento después se sintió ladrar, y a unos cien metros de donde se encontraban los espectadores, en un sitio claro del bosque, apareció un venado. Se detuvo mirando hacia todas partes, y al ver que por un lado lo atajaba el río y por

el otro lo seguía el perro, dio media vuelta y huyó hacia arriba. Indio apareció en la orilla del claro. Casi en el mismo instante Onaisín hizo fuego, sin dar en el blanco. Indio iba ya muy cerca del venado; lo alcanzó y corrió a parejas con él, hasta que al fin, al intentar el perseguido torcer el camino, el perro, adelantándose, saltó a su pescuezo. El pobre animal corrió un trecho más, con Indio colgando él, hasta que, vencido, cayó de rodillas.

—¡Bravo, Indio!

Un solo grito salió de la garganta de todos. Onaisín se apresuró a separar al perro del venado y cogiendo a éste de las patas lo arrastró hacia donde se habían detenido los camaradas.

—¡Linda caza!

—¿Es un huemul?

—No, un venado; los huemules no crecen tanto.

Era un venado, robusta y elegante bestezuela, de piernas finas y largas, pelaje amarillo obscuro, cabeza pequeña y alargada. Indio ladraba dando vueltas alrededor de su presa, vibrante todavía por el entusiasmo de la caza.

Aquella noche, Queltehue, con todas las provisiones cogidas en el día, presentó un menú extraordinario: cazuela, filetes, tortilla. Un opíparo banquete.

Mientras comían, Smith habló del perro:

—Debemos a Indio esta comida fuera de programa y es justo que le demos una buena ración. Este perro, señores, tiene un árbol genealógico purísimo. Mirémoslo con respeto. No es un mestizo cualquiera. Han de saber ustedes que los indios de Tierra del Fuego no tienen mejor compañero que su perro. Les sirve de todo:

desde proveedor de caza hasta de estufa. Más de una vez Sam Cocktail, que no era ningún inválido, pudo comer gracias a su perro. Lo quería más que a sus camaradas de trabajo. Acostumbrado a la vida marinera, el perro adquirió las habilidades del caso. Andaba como un gato por las bordas del cutter, subía con toda facilidad por las escalas de cuerda y servia de vigilante en los puertos y de vigía en los viajes.

"Cuando yo me junté con Sam Cocktail, andaba Ricardo preocupado por el perro: el animal envejecía y engordaba. Sam temía que muriera sin dejar descendencia. Nos pusimos a buscarle una esposa que le diera digna sucesión.

12

El indio Santiago

—EN LA Bahía Tecenika vivió durante largos años un alacalufe o yagán, no me acuerdo qué era, que se llamaba Santiago y que poseía una excelente crianza de perros fueguinos. Cuando algún barco fondeaba allí, Santiago, acompañado de algunos de sus perros, subía a bordo, en procura de algún regalito o con el afán de cambiar cueros de nutría por aguardiente, ropa o pan. Siempre sacaba algo. La gente de mar era cariñosa con los indios. Un día acompañado de su mejor perro, subió a bordo de un barco y no faltó quien se interesara allí por el animal, ofreciéndole lo que pidiera a cambio de él; pero Santiago se negó a separarse de compañero. Entonces el interesado empezó a acariciar al perro le dio carne y pan; éste comió de buena gana, aunque sin dejar de gruñir y de mirar a su amo; pero, en un momento de descuido, encerraron al can en un camarote; cuando llegó el momento de zarpar, Santiago fue arrojado del barco, sin que sus quejas, lamentaciones y lágrimas ablandaran a los taimados. El indio siguió al barco en su piragua, gritando, y amenazando para que le devolvieran su perro; todo resultó inútil y muy pronto fue dejado atrás.

"Sin embargo, el ladrón no contaba con la fidelidad .y el instinto del perro; algunas millas adelante, al darle libertad, el animal salió corriendo, saltó con toda 'holgura la borda del barco, ganó la costa a nado y corrió por la

orilla hasta encontrar la canoa de su amo. Este suceso sugirió al indio Santiago la idea de valerse de sus. perros para procurarse alimentos y ropas. Los amaestró en ese sentido, y cuando llegaba algún barco a su bahía, subía a bordo con alguno de sus aleccionados animales. Aceptaba inmediatamente propuestas por la compra del perro, y después de echar a su piragua lo recibido, se despedía de él abrazándolo y hasta llorando, aunque riendo por dentro. Partía el vapor y el perro seguía a su nuevo amo, haciéndole fiestas y gracias como si lo conociera de antiguo; pero a los pocos momentos tomaba carrera, saltaba por la borda e iba a reunirse con Santiago, que lo esperaba feliz con la ganancia tan fácil y tan ladinamente adquirida.

"Un día acertamos a pasar por ahí, y apenas el cutter fondeó en la bahía, se hizo presente Santiago acompañado de una hermosa perra fueguina. Nosotros, que conocíamos la treta, tratamos la compra del animal y dimos al indio cuanto nos pidió: tabaco, aguardiente, ropa, pan, cuchillos. Santiago casi llenó la piragua. Subimos la perra a bordo, la amarramos firme y zarpamos. Santiago debe estar esperando todavía... De aquel Indio y de aquella perra, los dos finos, nació el perrito que ustedes ven.

13

Onaisín se divierte

AL OTRO día, al partir, dijo Smith:
—Onaisín, a ver si nos traes otro venadito.
—O encuentras algún pajarito que rebuzne —agregó Queltehue. Como ya eran muchas las bromas que Onaisín había recibido de Queltehue a propósito del pájaro ladrador, contestó de mal humor:
—No te rías de mi, flaco bandido, o te voy a zurrar.
—¿A quién? ¿ A mí? ¡ Pobre alacalufe! —contestó irónicamente el amenazado—. Te agarro de los fundillos y te voy a dejar al medio del río de un solo viaje. A ver, atrévete. ¡Ah, me tienes miedo!
Queltehue, en actitud provocativa, desafiaba a Onaisín. Hacía movimientos de avance y retroceso con sus largas piernas, y sus brazos simulaban una pelea a puñetazos. Sabía que el indio no se dejaba dominar fácilmente por la ira y le gustaba jugar con él, incitándolo, aunque con la mayor seriedad. Onaisín le volvió la cara y se rió. La figura amenazante de Queltehue le producía risa.
—¡ Ah, ona cobarde! —gritó Queltehue, en son de triunfo.
Onaisín hizo un movimiento brusco, como si fuera a lanzarse contra él, y el cocinero apretó a correr a largas zancadas.
—¡A él, Indio! —gritó Onaisín.

—¡ No! —gritó Queltehue, deteniéndose—. ¡ Indio, no!
Pero ya el perro iba en su seguimiento. Queltehue corrió unos ‘pasos y, cuando calculó que el perro iba ya muy cerca de él, se agachó y cayó de rodillas. Llevado por la violencia de la carrera y sin sospechar el movimiento del hombre, indio saltó en el instante en que Queltehue se agachaba y pasó por encima como una bala. El cocinero se levantó y corrió hacia Onaisín gritando socorro, mientras el perro, que no había ‘hecho más que tocar el suelo con sus patas, dando un salto de costado, corría de nuevo tras él.
—¡No, bandido, asesino! ¡Socorro, que me mata! — gritaba el perseguido con voz de falsete, dando vueltas alrededor del ona, que reía a carcajadas, coreado por los demás.
Por fin, el perro, deteniéndose en mitad de uno de los círculos que hacía alrededor de su amo, volvió hacia atrás y cogió a Queltehue desprevenido. Del encontrón, el cocinero cayó de espaldas cuan largo era y el can se fue sobre él ladrando ferozmente. Conocía ya el juego y procuraba gozarlo bien. Gritando y riendo, Queltehue daba manotadas y puñetazos al perro, que a su vez lo cogía de los brazos o de las piernas, mordiéndolo con suavidad.
Poco a poco ambos se calmaron. Queltehue hablaba al perro con tono cariñoso, y llamándole perrito lindo, Indiecito precioso, concluyeron por acariciarse mutuamente.

14

Cambia el paisaje

CONTINUO la marcha muchos días aún, sin alternativa alguna. Onaisín, que había salido un día muy temprano del campamento
acompañado del perro, no regresó a almorzar ni contestó a los disparos que se hicieron. Llegó la tarde y el indio no apareció. Sus camaradas, extrañados, acamparon, y Enrique, inquieto, siguió río arriba, buscándolo. Disparó varias veces su carabina, pero no obtuvo respuesta. Iba a volverse, cuando oyó una detonación y después los ladridos de Indio. Esperó y al poco rato Onaisín y el perro estuvieron a su lado.

—¿Dónde has estado?

—Seguí río arriba y me alejé mucho.

—No. viniste a almorzar...

—No; me llevé algunas galletas y un pedazo de carne para In dio. Además, encontré un fresal y varios nidos de canquén. Almorcé bien.

¿Y qué has descubierto?

—El bosque empieza a aclararse y, si no me engaño, pronto terminará la selva.

Comunicaron a los demás lo visto y pronosticado por Onaisín y las noticias fueron recibidas con satisfacción.

Según lo previsto por Onaisín, poco a poco el bosque empezó a ralear su espesura y pronto salieron de él para entrar en una región casi montañosa. El terreno estaba formado por suaves lomajes que ascendían gradualmente, transformándose después ,en abruptos cerros. Hacia el sur, enormes montañas cubiertas de nieve reverberaban al sol. De vez en cuando se veían, entre algunos vallecitos o al pie de los cerros, obscuras manchas de bosques, cintas de pequeños ríos y arroyos o lagos.

El río hacia una gran curva y se ensanchaba bruscamente.

Se detuvieron ahí un día entero. Era necesario estudiar el terreno y tomar una ruta que ofreciese rápida marcha.

—Según lo que me decía Campillay en su carta, lo mejor es tomar hacia el sur.

—¿Y no haremos aquí ningún trabajo? —preguntó Enrique—. Si no me equivoco, candelario encontró oro en las orillas de este río.

Haremos algo.

Al otro día recorrieron el río minuciosamente, lavaron las arenas en las partes que creyeron propicias, y, en efecto, algo sacaron, pero tan poco que no valía la pena continuar.

—Más arriba debe estar la perdiz.

—Onaisín ha subido; esperemos que vuelva.

El indio regresó tarde.

—Más adelante —dijo— hay rastros de un lavadero de canaleta. Parece que se ha trabajado hace mucho tiempo. Hay, además, rastros de una casucha, hecha con ramas y troncos. Dentro, latas de conservas, botellas vacías, ropas, huellas de un fogón. Seguramente allí ha sido donde trabajó Candelario. Traigo esta botella. Dentro hay un

papel. Rompieron la botella. En el papel había escritas las siguientes palabras:

Rendimiento escaso. Hay que lavar mucho para conseguir poco. Según veo por la tierra y por la constitución del terreno, el oro debe encontrarse hacia el sur, pegado a la cordillera. Marchen hacia allá. Por lo que he visto aquí, en esta dirección hay indios. ¡Cuidado! CANDELARIO CAMPILLAY 8 de enero de 18...

—Es lo que yo decía —exclamó Smith.
—Sí, pero indios por aquí...
—¿Serán tehuelches de la Patagonia argentina? Pero por aquí... Es raro. ¿ Qué piensa usted, Smith?
—¿Qué quieres que piense, Enrique? Me extraña también. Nunca había oído hablar de tales indios. Tenía entendido que toda esta región estaba deshabitada. Desde la isla Laitec, el fin de la cristiandad, como se la llama, hasta la entrada del Estrecho, por el mar, no hay habitantes. Creí que por tierra, siguiendo la misma línea, pasaba lo mismo. Pero parece que no es así...
—¿Pero qué clase de gente será? ¿Y si son indios bravos?
—¿Bravos? Puede ser; pero ¿pero qué podemos temer? Si no les hacemos mal, nos dejarán tranquilos. Además, nosotros no somos conquistadores: somos mineros.
..-.¡Hum! El indio no distingue.
— ¡ Bah, bah, bah! Dejémonos de cosas... Celebraremos un consejo.
—Me parece bien

15
El consejo

—EL CASO es el siguiente: según las indicaciones halladas en el papel que contenía la botella, el rendimiento del oro en las arenas de este río es muy escaso. Hay que lavar mucha arena para conseguir poco oro, dice. Y aconseja bajar derecho hacia el sur. Candelario Campillay no puede equivocarse, no podía equivocarse. este viaje obedece nada más que a sus consejos y a sus instrucciones; en realidad, él es guía, y consejero de esta expedición y debemos ceñirnos a sus insinuaciones. Ahora bien, dice también en el -papel que, según lo que 'ha observado, en la dirección sur hay indios. Y agrega: ¡cuidado!... ¿Qué significa ese "cuidado"? · ¿Qué fue lo que le indujo a aconsejar prudencia? ¿Qué es lo que vio? Nada dice. Tal vez sería algún tehuelche semidesnudo, tapado con su quillango de guanaco y armado de flecha, pintado quizás. Le ha creído un peligro. Si 'hubieran sido indios bravos, lo habrían atacado, muerto seguramente, aprovechándose de que eran dos o tres los mineros. No lo hicieron; luego, no eran bravos. Atengámonos a los hechos y no a las probabilidades; ¿Qué piensan ustedes?

—Presentadas las cosas así —contestó Enrique—, no hay duda de que lo mejor es seguir adelante, y yo soy de ese parecer. Pero hay que tener en cuenta la opinión de los demás.

—El problema —dijo Hernández— se reduce a esto: hay o había indios. No se sabe si son bravos o mansos; si son muchos o si son pocos; si todavía existen o desaparecieron; si eran de aquí o de otro lado. La solución es decidirse: ¿vamos o no? Tenemos más motivos para avanzar, que para desistir. Yo opino que debemos hacer lo primero. Vamos bien armados, somos gente de paz, inteligentes, acostumbrados a todo, ustedes más que yo, puesto que tienen más práctica, y, por último, mirándolo comercialmente, nos conviene. Avancemos, pues. Vamos a conocer a esa gente, si es verdad que existe.
—Yo —dijo Queltehue— soy de la misma opinión. Avancemos. Mientras no falte qué comer, todo andará bien.
—¿Y tú qué dices, Onaisín?
—Preferiría no decir nada; pero no sé por qué, me parece que no deberíamos seguir adelante.
—¿Por qué?
—No sé.
—No, no se trata de dudar. Si tú te opones, no avanzaremos. Contesta: ¿vamos o no?
El indio dudó un poco antes de contestar.
—Vamos —dijo por fin.
—Bueno, ya tenemos la solución. Ocupémonos del sistema da avance.
—Seguiremos el mismo: Onaisín con el perro, como guías, llevando un caballo cargado con provisiones y ropas, irán a una jornada delante de nosotros.
—¿Pero él solo?

—Sí, es demasiado listo para dejarse sorprender. Tanto él como indio duermen con un ojo abierto, que es como si uno velara mientras el otro descansa. Pero si tiene reparo en ir solo, que lo diga y uno de nosotros, el que él elija, lo acompañará.

—No —dijo Onaisín—, quiero ir solo. Díganme qué es lo que debo hacer.

—Seguir pegado a la cordillera, derecho, examinando los arroyos o nos que encuentres. Todas las noches nos harás señales con una fogata encendida en algún sitio alto, para que sepamos en que dirección vas. No te olvides. Nosotros te contestaremos en igual forma, y cuando no veamos tu señal, avanzaremos rápidamente, caminando de. noche si es preciso, porque ello nos indicará peligro o novedad. No avances demasiado aprisa. Procura no alejarte más de dos leguas, esto es, tres o cuatro horas de camino. Ahora a dormir. Buenas noches señores.

16
En busca de lo desconocido

CUANDO Smith, Hernández y Queltehue despertaron, ya Enrique estaba en pie. Se había levantado temprano para ayudar a Onaisín en sus preparativos y acompañarlo un trecho. El indio y su perro partieron poco después de amanecer. Enrique y Onaisín se aconsejaron mutuamente y se abrazaron al separarse. Una hora más tarde, el indio no era sino un punto movible en la lejanía.

—Bueno, ahora organicémonos nosotros. Dejaremos el bote aquí y cargaremos los caballos con lo indispensable. Nada de carpas ni otras voluptuosidades. Entramos en la vida dura. Dormiremos al raso y comeremos lo que haya. Se acabaron los delicados guisos y las suntuosas tortillas. No es posible que nos demos vida de señores mientras Onaisín vive como pobre. Vamos, Queltehue, levántate.

—Ya voy, patrón, ya voy. No vamos a perder el vapor por un atraso de cinco minutos. ¿ Hago fuego? —¡Qué fuego! Galleta y charqui. Aprisa, aprisa...

Cargaron rápidamente y se pusieron en marcha. Enrique iba adelante, Hernández y Queltehue en el medio y el viejo Smith a la retaguardia.

—Ojo alerto y arma al brazo. Por aquí tanto podemos encontrar un río de oro como un buen chuzazo en las costillas. Las lanzas tehuelches son puntiagudas y duras.

Pero el viaje se deslizaba tranquilo. Todo el día fue plácido y al anochecer acamparon en la cumbre de una loma bastante alta. Desde allí verían cualquier señal. Esta no se hizo esperar mucho. Como a las diez de la noche, allá lejos, en la obscuridad, apareció una pequeña llama que se agrandó en seguida. Duró un rato y luego se fue apagando lentamente. Contestaron con otra, cenaron y se durmieron.

Los días siguientes fueron idénticos. Nada de particular, igual todo, ni sombras de indios, ni rastros de gente alguna, fuera de los de Onaisín y su perro. Las fogatas aparecían y desaparecían todas las noches.

—Esto va pareciendo una lata. Ni hay indios, ni hay oro, ni hay nada.

—Esperemos, viejo Smith; no hay que impacientarse.

La noche de aquel día trajo una novedad. A la hora de siempre, la fogata se encendió en la lejanía; pero no brillaba como siempre, continua, sino que se apagaba y se encendía, a intervalos, como un faro.

—¿ Qué será eso? Me recuerda mis tiempos de raqueador —dijo Smith.

—Onaisín nos advierte que algo ha visto o encontrado —respondió Enrique—. Quedamos en que si observaba algo extraño o interesante, o si hallaba oro, avisaría así. Eso significa la fogata:

novedad, no peligro. Peligro significará cuando no se encienda. Mañana veremos qué pasa.

Al mediodía siguiente llegaron a las orillas de un riacho. Allí encontraron, clavado en la arena un palo en que estaba amarrado Un trapo blanco. —Esto es lo que ha

encontrado. O mucho me equivoco, o aquí hay oro —reflexionó Enrique.
Era cierto. El oro se advertía, casi a simple vista, brillando entre la arena, en escamas y pepitas.
—Aquí sí que sí —exclamó Queltehue—. ¿ Saco las herramientas?
—No, espérate. Me extraña no ver a Onaisín. ¿Por qué habrá seguido adelante y no nos ha esperado? ¿Habrá avanzado con el afán de hallar algo mejor? ¿O...?
—¿O le habrá sucedido algo? Pero si fuera así no estaría aquí esta señal. ¿Y el perro?
—No, habrá avanzado. Pronto tendremos noticias de él. Esperemos la noche. Si hace la señal, avanzaré a reunirme con él. Si no la hace, avanzaré también.
La noche trajo una señal avisadora de novedades.
—¿Otra vez? ¿Qué será ahora? ¿Más oro o gente a la vista?
—Sabemos que no está en peligro. Responde a la señal, Queltehue, y dejémoslo que siga buscando. No nos inquietemos hasta tener la seguridad de que hay peligro.
Pero a la noche. siguiente la fogata no se encendió.
—Ahora sí que hay peligro.
—Vamos —dijo Hernández—. Yo quiero ser uno de los que avancen primero.
—Yo lo acompaño —dijo Enrique—. Échese la carabina al hombro y lleve un poncho.
—Yo y Queltehue nos quedamos. Vayan ustedes, y si mañana no nos hacen la señal, iremos en su busca. Buenas noches, compañeros.

Enrique y Hernández se envolvieron en los ponchos, se echaron la Winchester al hombro y desaparecieron en la obscuridad.

Queltehue y Smith pasaron todo el día siguiente esperando noticias de sus camaradas; pero éstos no dieron señales de vida. Ni un disparo, ni un humo, nada que les advirtiera su presencia.

Llegó la noche y la incertidumbre se hizo mayor al no percibir la señal convenida.

—Bueno —murmuró Smith— Hemos llegado al final. El asunto debe ser serio cuando ya han desaparecido tres. Ahora nos toca a nosotros, Queltehue. ¿Qué te parece? ¿Qué hacernos?

—¡ Adelante, mister Smith!

Esperaron la mañana, durmiendo uno y velando el otro. Ocultaron en un bosquecillo cercano los animales y las cargas, examinaron y cargaron bien las carabinas, y, distanciados uno de otro, partieron en busca de sus camaradas.

SEGUNDA PARTE

1
Que pretende ser histórico

HACE muchos años, más de trescientos, una armada española compuesta de cuatro naves tripuladas por individuos que
pretendían conquistar lo que había sobrado de continente", es decir, la Patagonia y el Estrecho, embocaba, un día del mes de enero, el Cabo de las Vírgenes. Días después un espantoso temporal hizo varar dos naves en la costa: la capitana y otra. Los esfuerzos hechos por las restantes para salvar a los náufragos resultaron vanos, e impulsadas por los vientos y las corrientes contrarias desaparecieron sin que se sepa hasta hoy la suerte corrida por ellas. Los náufragos, cerca de trescientos: hombres, mujeres y niños, lograron saltar a tierra, y allí, rodeados de indios y con el
en la boca, esperaron durante muchos días el regreso de las naves. Inútil espera. Por fin, juzgándose abandonados a su suerte, y viendo que nada sacarían con estar allí lamentándose, opinaron que lo mejor era procurar alivio a su situación en la forma que los medios y los indios lo permitieran. Sacaron de las naves lo que pudieron, que no era poco, pues venían cargadas de todo lo necesario para colonizar, y se internaron en la tierra. Allá fueron los indios tras ellos.

Poco a poco se estableció entre ellos la amistad, sentimiento que, si en ocasiones fue turbado por algunas

riñas y tal cual asesinato, se hizo más sólido a medida que los españoles deponían su soberbia y los indios su rapacidad... Vivieron así un tiempo, cerca del mar, con la esperanza, los españoles, de que más tarde o más temprano serian buscados y hallados por sus compañeros de expedición o por otros enviados en su auxilio. Pero como esto no había sucedido en mucho tiempo, decidieron marchar tierra adentro en busca de alguna ciudad habitada por españoles. Con ellos se fueron muchos indios... Se organizó así un pueblo errante que por muchos días vagó de acá para allá y de allá para acá, en busca de una ciudad habitada por blancos. Esa ciudad no fue encontrada nunca. Así pasó el tiempo... El diario vivir, la lucha en común por la existencia, la unión que mantenían para defenderse de los ataques de los indios bravos y de los más terribles de una naturaleza que desconocían, desarrolló entre indios y españoles el sentido de la fraternidad, y los españoles no pensaron ya en separarse de los indios. Antes bien, decidieron buscar una región propicia para fundar un pueblo. La hallaron. Y hace, como queda dicho, más de trescientos años, en un valle abrigado de los vientos y con buenas aguas, Fray Francisco de la Rivera, comendador de Burgos y jefe de aquel pueblo errante, fundó, con el nombre de "Ciudad de los Españoles Perdidos", la actual "Ciudad de los Césares".

2
La Ciudad de los Césares

CERCA DE aquel valle vivían unos indios llamados chíchares, tribu reducida y muy mansa, que existía de la caza y que muy rara vez llegaba hasta el mar en sus correrías. Eran muy altos, enormes, tanto que, según la tradición, no pudieron montar nunca los caballos que traían los españoles. Esos indios fueron absorbidos por los patagones. Además de los chíchares moraba, a la entrada de otro valle más alto, otra tribu de indios, mansos también y muy andariegos, que fueron los que comunicaron a los aventureros blancos que vagaban por la costa la primera noticia de la existencia de la ciudad de los chíchares, o césares, como entendieron los noticiados, nombre que al fin ha prevalecido.

En poco tiempo, y ayudados por los indios, los españoles, entre los cuales venían individuos que poseían uno o varios oficios —no olvidemos que venían a conquistar y colonizar—, levantaron las

primeras casas, abrieron los primeros surcos y sembraron y plantaron las primeras semillas y árboles. Traían numerosos animales domésticos y gran cantidad de herramientas. La tierra era buena, y el clima, como no podían elegir, les resultó, si no paradisíaco, bastante soportable. La ciudad creció a ojos vistas y al cabo de unos años de intenso trabajo y de ruda lucha, aquellos

hombres, que un día creyeron sucumbir en las desoladas márgenes del Estrecho de Magallanes, pudieron contemplar con no disimulado orgullo el caserío rodeado de chacras y arboledas frutales, que nacía y se extendía en el centro del valle...

Soldados, frailes, aventureros se lanzaron, sin más datos que los proporcionados por indios mentirosos y soñadores en trances, sobre este territorio inmenso y desconocido, en busca de la misteriosa Ciudad de los Césares, de la cual tantos hablaban, pero que nadie sabia dónde estaba. Como era de esperar, no la hallaban.

Muertos o aburridos esos exploradores, la Ciudad de los Césares quedó abandonada a su suerte. Era lo mejor que podía sucederle. Sólo así pudo desarrollarse y prosperar normalmente.

3
Uóltel

AQUELLA mañana un hombre alto y corpulento, moreno, de anchos pómulos y ojos pequeños, sentado en una roca al sol, miraba. Llevaba desnudo el torso y cubierta la cintura por un tejido de lana que le llegaba a mitad del muslo. A sus pies había un arco y un manojo de flechas adornadas de plumas verdes y rojas. Tenía cierto parecido con Onaisín y habría podido pasar por su hermano, si bien era más alto y más fornido que el fueguino.

Allí, sentado en la roca y tomando el sol, miraba la lejanía. Sus ojos recorrían el paisaje con apacibilidad, deteniéndose de preferencia en las márgenes de un riachuelo que descendía de las montañas y corría por la llanura y hacia el oeste en delgada cinta. Algo le llamaba la atención ahí. Dos días antes, y en circunstancias que se encontraba en ese mismo sitio, vio con gran sorpresa cómo, allá lejos, hacia el noroeste, una débil columna de humo se elevaba en el aire. ¡ Humo! El humo era, en esos lugares, el anuncio seguro del hombre, y el hombre era, para él, el acontecimiento mayor. Todo el día, olvidado hasta de comer, permaneció allí, escrutando la lejanía con sus penetrantes miradas. El humo no volvió a subir ni percibió ser alguno moviéndose sobre la accidentada y pardusca llanura. Pero, ya anochecido, y más cerca, una fogata hinchó de pronto su luz anaranjada; brillaba a

intervalos, encendiéndose y apagándose. ¿Serían señales? ¿Pero señales a quién? Y sólo cuando vio que más abajo, más o menos en el mismo sitio en que por la mañana se elevaba la columna de humo, se encendía otra fogata, comprendió: eran dos o más hombres los que avanzaban. ¿Quiénes serían?

Volvió a la mañana siguiente y de nuevo la columna de humo se elevó en el aire, ahora más cerca, junto al riachuelo. Alguien preparaba su desayuno. Uóltel lo vio: un hombre se movía alrededor del humo, seguido de un bulto pequeño que se desplazaba con rapidez: un perro. Después, al abandonar el hombre las márgenes del riachuelo, observó una mancha blanca que oscilaba con el viento, aunque sin moverse del mismo sitio. Era otra señal. ¿Señal de qué y para qué? Uóltel sonrió: en aquel riachuelo había oro. Se trataba, pues, de buscadores de oro.

Aguzó la mirada. El individuo vagaba con displicencia por las márgenes del riachuelo. Seguramente examinaba las arenas y calculaba su rendimiento. Por fin, con gran alegría de Uóltel, enderezó sus pasos hacia el sur: avanzaba hacia él. Se quedó inmóvil. No quería que el hombre lo sorprendiera. Quena, primero, examinarlo a su gusto.

Pero el extranjero parecía no tener prisa. Caminaba un trecho y se detenía, volvía sobre sus pasos y avanzaba, e iba tan pronto ‘hacia la derecha como hacia la izquierda. Así transcurrió la mañana. Cerca de mediodía el ‘hombre pareció decidirse: tomó rectamente hacia un bosque que estaba al pie de la montaña en que Uóltel vigilaba. Este lo

dejó entrar al bosque, se aseguró de que ninguna otra sombra se movía en la llanura, recogió su arco y sus flechas y partió.

4
¡Extranjero!

AL SEPARARSE de sus compañeros, Onaisín tomó, obedeciendo las instrucciones recibidas, un camino recto hacia el sur. Se desviaba sólo para examinar los riachos o los bosques que encontraba a su paso o que advertía cercanos. Los primeros días no encontró nada de particular. La soledad y el silencio continuaban.

Descubrió después el riachuelo donde dejó la señal. Una mirada le bastó para cerciorarse de que sus arenas contenían oro en buena proporción. Por curiosidad, más que por otra cosa, puesto que había encontrado ya lo que buscaba, decidió explorar un bosque que se veía hacia la cordillera. Le llamaba la atención y le moles. taba aquella

soledad, más aún cuando recordaba las palabras que Candelario Campillay había dejado escritas en el papel encontrado dentro de la botella: "en esta dirección hay indios". ¿ Dónde? Habían avanzado bastante y los indios no aparecían. Por su parte, deseaba encontrarlos o verlos. Subió, pues. Como buen indio, sabía que si en alguna, parte es encontrar rastros, es en un bosque. La tierra húmeda y los árboles son excelentes registros. Anduvo de un lado para otro, con desgano, observando la tierra y los árboles. Por fin, y en los momentos que pensaba abandonar la búsqueda, encontró unas huellas de pasos recientes, de dos o tres días a lo sumo. Las siguió, ascendiendo hacia el limite del bosque por el lado de la montaña. Allí se encontró con que las pisadas regresaban siguiendo una línea casi paralela a las anteriores; era una pisada grande, de pie desnudo, dejada por alguien que conocía muy bien el bosque, pues buscaba con habilidad los claros y evitaba los amontonamientos de troncos y los lugares impenetrables. Volvió sobre sus pasos. El perro, que había advertido también el rastro, iba adelante, animoso. Casi al llegar al límite bajo del bosque se oyó un silbido y el animal, creyendo que Onaisín lo llamaba, se detuvo. El fueguino, que también había oído el silbido, se apresuró y vio que a la altura del pecho de un hombre y en el tronco de un alerce una flecha adornada con una pluma roja vibraba todavía.

La arrancó con cuidado. Era una flecha con punta de metal, idéntica en su forma y construcción a las que él usó en su infancia y a las que hacía su padre, el ona Tíescaja. Pero esto no le sorprendió; todas las flechas eran,

seguramente, más o menos iguales. Su sorpresa tenía otra causa: la flecha había sido lanzada dos o tres minutos antes. El árbol empezaba en ese instante a gotear savia. Comprendió: el silbido que hizo detenerse al perro y que él mismo oyó era el de la flecha.

Con el dedo en el gatillo de la carabina, dio una vuelta alrededor del árbol; pero lo mismo habría sido no darla: no se veían más que troncos, ramas y malezas. Reaccionó: si hubieran querido matarlo lo habrían hecho. Era, sin duda, un aviso; pero a él no le bastaban los avisos.

—Vamos, Indio; sigue la huella. Tenemos que saber de quién son estas pisadas y quién es el que lanza tan bien las flechas. ¡ Cuidado!

El perro se lanzó sobre el rastro, alejándose por la orilla del bosque. Onaisín, casi corriendo, fue tras el animal; e iba agachado mirando las pisadas, cuando un ladrido violento le hizo levanta? la cabeza. El perro ladró sordamente, a intervalos. Se apuró. Al sentirlo cerca, el can lanzó un ladrido que parecía indicar algo extraordinario.

—¿Qué hay, Indio? ¿ Se están riendo de nosotros otra vez?

Miró hacia el bosque, pero inútilmente; era tan tupido que no dejaba penetrar las miradas. Buscó entonces por el suelo y descubrió un caminillo angosto, como de cabras, que se internaba en la espesura. Echó a andar por él, seguido del perro y con la carabina lista para hacer fuego. Se detenía cada cierto trecho y miraba a su alrededor, queriendo penetrar la masa de árboles que lo envolvía. Ni un ruido, ni una voz, ni el eco de una pisada humana o

animal. Mas de pronto sintió, sin saber por qué, la sensación de que alguien lo observaba; casi creyó percibir una respiración cerca de sí. Se detuvo, y en ese instante resonó la voz que lo sobrecogió:

—¡Extranjero!

El perro dio un bote de costado, y Onaisín, tan rápido como Indio, con la carabina a la altura de los ojos, se volvió. A veinte pasos de él había un hombre.

Nunca, ni en los momentos de mayor peligro, ni aun aquella vez que Sam Cocktail lo tumbó de un puñetazo, había experimentado Onaisín una sorpresa tan grande. El que gritó era un hombre alto, moreno, el cuerpo semidesnudo, descalzo. La mano derecha se apoyaba en un gran arco afirmado en tierra y la izquierda sostenía un manojo de flechas con, plumas verdes y rojas. Pero era el rostro el que impresionaba a Onaisín, un rostro que le recordaba al de su padre, aunque mucho más suave de expresión, rostro de indio de su tierra nativa, parecido a muchos de los que recordaba haber visto en su infancia.

Después de unos segundos y viendo que la actitud del hombre era pacífica, Onaisín bajó la carabina. Se miraron un instante. El desconocido manifestaba tanta sorpresa como el ona y tanta como el perro, que presenciaba, la escena con gran curiosidad, torciendo el pescuezo para mirar a uno y a otro. Contra la costumbre, la presencia de aquel hombre no irritaba al animal. Sin duda encontraba en él algo de su amo.

—¿ Quien eres tú? —habló, por fin, Onaisín.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el otro, casi al mismo tiempo.

—Me llamo Onaisín.
—¿Qué haces por aquí?
—Soy el guía de una expedición de buscadores de oro.
—¿No mientes?
—No miento nunca... Dime ahora quién eres tú.
—Soy Uóltel.
—¿Dónde vives y qué haces por aquí?
—Vivo en la Ciudad de los Césares y vigilo sus fronteras. Nunca habrás oído hablar de esa ciudad.
—Nunca. ¿ Quiénes viven en ella?
—Eres demasiado curioso... ¿ Eres tú el que ha estado haciendo señales con fogatas?
—Sí, yo.
—¿Y qué es eso que llevas en las manos y que sostienes con tanto cuidado?
—Una carabina. Me sirve para lo mismo que te sirve a ti ese arco.
—Pero yo podría matarte antes que tú me pegaras con eso.
—Te equivocas. Antes que levantaras el arco y pusieras la flecha, caerías muerto. Y si esto fallara, mi perro te mataría como a un pato.
-Uóltel sonrió:
—¿Eres entonces un hombre formidable?
—No; soy Onaisín, nacido, en Onayusha. Prefiero ser amigo, no enemigo.
—Déjame ver tu carabina. .No eres mi amigo.
—¿Pero lo seré?
—Si lo quieres, sí.
—¿Cuál es, para ti, el signo de amistad?
—La confianza.

—Siéntate y hablemos.
—Very well
—¿También sabes inglés? —Algo —contestó, atónito, Onaisín.
Se sentó, afirmada la espalda en el tronco de un árbol, la carabina descansando sobre las piernas. UóltеI lo imitó e Indio se tendió entre ambos.
—¿ De modo que eres buscador de oro?
—Es mi oficio.
—Dime, ¿por qué buscan tanto el oro los extranjeros?
—Para venderlo.
—¿A quién lo venden?
—A otros hombres.
—Y esos otros hombres, ¿ qué hacen con él? Onaisín vaciló. Luego repuso:
—Lo venderán a otros...
—Y esos otros a otros, seguramente. Pero, al fin de cuentas, ¿qué se hace con el oro?
Onaisín no supo qué contestar. Había sufrido hambres, fríos, angustias, golpes, heridas, allá en la lejana Tierra del Fuego, buscando oro, peleando con otros hombres que también lo buscaban, y ahora, en un bosque y frente a aquel singular desconocido, se daba cuenta de que no sabía para qué servía el oro y si alguien, en realidad, gozaba de él, o si pasaba de unas manos a otras, indefinidamente. Para salir del paso dijo:
—Parece que por aquí hay mucho oro.
—Sí, mucho. ¿No te fijaste en la punta de la flecha que estaba clavada en el árbol? Era de oro.
—¿Tú lanzaste la flecha?

—Yo.
—¿Para qué?
—Quería conocerte. Háblame de tus compañeros. ¿ Son muchos?
—Cuatro.
—¿Valientes?
—Creo que sí.
—¿Blancos?
—Sí, blancos,
—¿Dónde están? —Deben estar sacando oro en el riachuelo que hay más abajo del bosque.
—¿Y tú no sabes sí vienen buscando la Ciudad de los Césares?
—Que yo sepa, nunca han oído hablar de ella.

-Hubo un instante de silencio. Indio, con la cabeza sobre las patas, dormitaba. Onaisín, tranquilo, miraba de hito en hito la ancha faz de aquel hombre que decía palabras tan inesperadas, y éste, a su vez, observaba al extranjero minuciosamente.
Uóltel se irguió.
—¿Y hacia dónde está tu tierra, extranjero?
—Mira, hacia allá, muy lejos. Está rodeada de agua y cubierta de bosques.
—¿Acaso has nacido en el Estrecho de Magallanes? Onaisín se sorprendió.
—No; más allá aún. Pero ¿ conoces tú el Estrecho de Magallanes?

—No; sólo sé que existe y hacia qué lado está. Nada más.. Ahora, separémonos. Ven mañana aquí. a esta misma hora, y hablaremos. ¿ Quieres?
—Vendré.
—Pero no digas a tus compañeros que me has visto.
—No podré callarlo.
—Bien; hasta mañana.
Y diciendo esto, Uóltel desapareció en la espesura.

5
¡Prisioneros!

ONAISIN no intentó seguirlo. Lo juzgó inútil. Aquel hombre conocía muy bien el bosque y volvería a espiarlo mejor de lo que él podía hacerlo. Se quedó un rato inmóvil, desconcertado. Lo ocurrido era tan extraño. El quería ver indios, ¡y qué indio había encontrado! Tenía aspecto y vestiduras de tal, pero sabía inglés y habitaba una ciudad —¡una ciudad!— de la que no había oído hablar nunca, ni siquiera a Smith, que conocía todo el mundo, como decía. ¡Y hacían de oro las puntas de las flechas! ¿No tendrían otro metal? Entonces, con seguridad que harían de oro los vasos y otros objetos. ¡Qué raro! ¿No habría bromeado el hombre? Pero, no; no se hacen esas bromas en un bosque, a muchas millas de distancia del primer puesto de policía y a un hombre que
· lleva una buena carabina. Echó a andar. ¿Y cómo, en una región como ésa, aparentemente desierta, podía existir una tal ciudad? La tarde iba cayendo. ¡Qué sorpresa para el viejo Smith si todo aquello fuera cierto! Y cuando le trajeran un vaso de agua y se diera cuenta de que el vaso era de oro, ¿qué haría? Al salir del bosque se acordó que, preocupado de rastrear, no había comido en todo el día. Dio al perro su ración y él comió un trozo de charqui y una galleta.

Llegada la noche prendió la fogata e hizo las señales que indicaban novedad. ¡ Si sus compañeros supieran qué

clase de novedades tenía!... Luego se acostó. Conversó un rato con Indio, que lo oía con toda atención y que contestaba sus palabras parando las orejas y moviendo la cabeza. Cerró los ojos. La figura de Uóltel apareció y desapareció en su recuerdo y sus palabras daban vueltas, por su cansada cabeza. Se durmió.

No supo cuánto tiempo durmió. Lo despertaron el ladrido del perro y el contacto de unas manos que lo asían de brazos y piernas, inmovilizándolo.

—No te resistas ni temas nada, Onaisín —dijo una voz que le pareció la de Uóltel—. No te haremos ningún daño.

—¡Qué quieren de mí! —protestó el indio.

—Nada más que llevarte con nosotros.

Lo amarraron y alguien le vendó los ojos; luego, tomándolo en peso, lo colocaron en una especie de camilla y echaron a andar hasta llegar a la orilla de un lago que atravesaron en balsa; entraron después a una galería subterránea donde se oía mugir con fuerza un torrente, y al cabo de una hora o poco más salieron al aire libre.

Durante este tiempo nadie habló y los hombres se detenían sólo para turnarse en el transporte del prisionero. Onaisín, inmóvil en aquel inesperado vehículo y tan silencioso como los demás, dejaba correr las cosas.

—Ya hemos llegado.,

Lo bajaron de la parihuela y le quitaron las amarras y la venda Onaisín miró a su alrededor. En la obscuridad atisbó confusamente los rostros y los cuerpos de los hombres que lo trajeron.

—¿Y mi perro?

—Aquí está. Indio fue sacado de una especie de red y corrió a restregarse en las rodillas de Onaisín.
—¿Y la carabina?
—Luego te la daremos.
El perro y la carabina constituían parte esencial del organismo del fueguino.
— ¿ Dónde estamos?
—Mira y verás.
Miró. Estaban en la falda de una montaña a cuyo pie, lejos, brillaban débiles luces en la sombra.
—¿Qué es eso?
—La Ciudad de los Césares. Vamos. No intentes huir ni atacarnos, Onaisín. Ve tranquilo.
La voz de Uóltel era la única que surgía de aquel grupo de hombres. Onaisín lo buscó en la obscuridad y, encontrándolo, le dijo:
—¿Dónde me llevas?
—Hacia esas luces que ves.
—Me ofreciste amistad y me traes preso. ¿ No tienes miedo de que algún día te devuelva yo lo que ahora haces conmigo?
—No tengo miedo de eso. No te traigo prisionero. Lo único que hago es llevarte a la Ciudad de los Césares, sin que tú sepas por dónde vas.
—No te he pedido que me lleves a ninguna parte.
—Pero yo tengo orden de llevar a la ciudad a los extranjeros que encuentre cerca. No temas nada. Cuando quieras irte, te dejaré en el mismo lugar en que estabas esta noche. Cuando conversemos mañana te lo explicaré todo y seremos amigos.

Onaisín calló. Le pareció ridículo promover cualquier acto de fuerza con aquel grupo de hombres, desarmado y sin saber dónde estaba. Continuaron la marcha en la noche, descendiendo la montaña por un sendero. En realidad, el indio no estaba atemorizado. Por la voz y los ademanes de sus secuestradores comprendía que, por el momento, no debía temer nada. Sólo le preocupaba el recuerdo de sus compañeros, que en la siguiente noche sentirían gran inquietud al no ver sus señales. Las luces se acercaron y pronto, descendida la montaña, encontraron algunas casas. La noche aclaraba. Uno de los hombres llamó a la puerta de una casa.

—¿Quién va?

—Yo; Uóltel.

— ¿Uóltel, a estas horas? ¿ Qué traes?

—Un extranjero.

—¡Un extranjero! Tanto tiempo que no veíamos ninguno.

Abierta la puerta, el hombre levantó la luz y miró a Onaisín.

—¿Pero éste es un extranjero? Parece uno de los nuestros murmuró. A la luz de la antorcha que el hombre sostenía, Onaisín observó a los circunstantes. No vio nada extraordinario: todos eran morenos y de aindiado rostro.

—Te lo dejaremos aquí. Procura atenderlo bien.

—No tengas cuidado, Uóltel. Nadie dirá que he atendido mal a Un extranjero.

—Buenas noches.

Hasta mañana Por aquí, pase usted.

Caminaron por un corredor.

—Esta es la habitación. ¿Su perro lo acompañará?

—Sí; déjemelo.
—Muy bien. Aquí tiene usted una cama, una silla, ropa, luz y agua. ¿ Quiere usted comer algo?
—No; quiero descansar.
—Descanse usted. Nadie le molestará. Hasta mañana.
Iba a retirarse el hombre, pero volvió. Era un hombrecillo delgado, canoso, de voz apagada y ojos ardientes. Iba cubierto por una especie de chaqueta de cuero.
—Dígame —dijo—, ¿no trae usted algún libro?
—¿Libro? —preguntó Onaisín, sorprendido.
—Sí; libro.
Onaisín no había leído jamás un libro.
—No, no traigo.
El hombre lo miró con sorpresa.
—¡ qué lástima! —murmuró----. ¡Tantas ganas que tengo de leer un libro nuevo! —¿Pero usted sabe leer?
—¡Claro! Y todas en la ciudad sabemos. ¿Acaso usted no sabe?
—Muy poco.
El hombre monologó largo rato. Por fin, con aire de consternación, quejándose de su mala suerte y expresando cuán grande era su deseo de leer algo nuevo, desapareció.
Al quedar solo, el fueguino dio dos o tres vueltas alrededor del cuarto y tanteó las murallas y. las puertas; todo era firme. Miró el vaso que se veía sobre la mesa; después, el lavatorio y luego una jarra. Tal como lo había imaginado: todo era de oro. Había en aquella habitación - una cantidad de oro superior en dos o tres veces a lo que él y sus camaradas sacaron, a arañazos, de las costas de Tierra del Fuego en muchos años.

—¿Qué te parece, Indio? ¿Dónde hemos venido a parar?
Se desnudó y se acostó. Estaba cansado y tenía sueño. Hubiera querido estar con sus compañeros y contarles todo aquello. ¡ Cómo gozaría mirando la cara de Queltehue y oyendo las exclamaciones del viejo Smith! ¡Todo era de oro! Parecía el sueño de un minero hambriento. Pero sus amigos estaban lejos; tampoco estaba Uóltel. Sólo estaba Indio, que no entendería nada de todo aquello y a quien el oro no quitaría el sueño. Esperaría el día. Y se durmió.
Indio se tendió a sus pies.

6
Onaisin se entera

MUY ENTRADA la mañana, al oír que llamaban a la puerta, Onaisín, que terminaba de vestirse, contestó:
—Adelante.
Abrieron; la alta figura de Uóltel se perfiló en el vano.
—Buenos días, Onaisín.
—Buenos; siéntate.

Uóltel miró a Onaisín, cuya cara no tenía buen aspecto. El sueño, que le permitió descansar físicamente, no le había traído, en cambio, buen ánimo. La aventura en que se hallaba metido empezaba a molestarlo. Lo que en un principio le había parecido interesante, ahora le iba resultando fastidioso.

Así pareció comprenderlo Uóltel, que dijo:

—Anoche me reprochaste el que después de haberte ofrecido amistad, te tomara como prisionero. Te contesté que no eras un prisionero y que si te traía en esa forma, vendado y amarrado. era porque tenía orden de hacerlo así. Te dije, además, que cuando quisieras irte yo mismo, te iría a dejar en el sitio en que te encontré. Sostengo ahora lo que dije anoche.

—¿Y si yo quisiera irme en este momento? —preguntó Onaisín.

—Sería muy pronto. Además, ¿qué prisa tienes?

—¿Pero qué necesidad tengo yo de estar aquí? —respondió bruscamente el indio—. Tengo otras cosas que hacer, más importantes. Tengo que ver a mis amigos; no sé nada de ellos.

—No te preocupes por tus amigos. No les pasará nada malo. Por otra parte, pronto los verás.

—¿Que los veré? ¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¿Ellos también?

—Sí; también ellos.

—¿Pero por qué? ¿Para qué nos traen aquí? ¿Qué tenemos nosotros que hacer aquí?

—Los hombres que habitan la Ciudad de los Césares —respondió Uóltel— necesitan a los extranjeros. Su aislamiento y su ignorancia son tan grandes, que cada hombre que llega aquí es de incalculable valor; nos trae muchas cosas que nosotros no tenemos.
—¿Qué es lo que no tienen ustedes? —preguntó Onaisín..
—Conocimientos, sobre todo.
—¿Conocimientos de qué?
—Del mundo, antes que nada.
—No entiendo.
—¿Qué es lo que no entiendes?
El rostro de Uóltel expresó sorpresa. Sus ojillos de indio miraban a Onaisín con bondad y detención. El vigoroso cuerpo reposaba tranquilo y los ademanes eran suaves.
—¿Y por qué no entiendes?
Onaisín, impaciente, se sentó en la cama y; mientras sus manos acariciaban distraídamente la cabeza del perro, respondió:
—Tú te equivocas. Mírame bien. Yo no soy nada más que un indio fueguino y un hombre fuerte y fiel. Apenas sé leer y escribir. Fuera de cazar, buscar oro. remar y pelear, no sé muchas cosas más; tampoco las echo de menos. De modo que no me hables de esas cosas. Perderás el tiempo. No sacarás mucho de mí.
Uóltel sonrió:
—Bueno, Onaisín; un hombre fuerte y fiel, que sabe cazar, buscar oro, remar y pelear, no es un ser que se pueda despreciar, aunque sea un indio fueguino, como tú dices. Yo también soy indio y no sé muchas cosas más que tú; pero esas cosas que se puedo enseñárselas a otro que no

las sepa. Eso es lo que queremos: que aquellos que sepan cosas que nosotros no sabemos, nos las enseñen.
—¡Nosotros! Me hablas como si yo supiera quiénes son ustedes. Empieza por hablarme de ti y de los demás. ¿ Quiénes son? ¿ Qué pueblo es éste? ¿ Quiénes viven aquí?
—Para contestar a esas preguntas, Onaisín —respondió Uóltel—, necesitaría contarte la historia de la Ciudad de los Césares.
—Cuéntala. Si algo me tiene de mal humor es no saber dónde estoy ni por qué.
—Bueno, procuraré tranquilizarte.
Y Uóltel contó a Onaisín, en pocas palabras, la historia de la Ciudad de los Césares. El fueguino permaneció en silencio un instante. Luego preguntó:
—Pero..., ¿por qué viven tan escondidos?
Uóltel se levantó y acercándose a Onaisín le dijo, poniéndole una mano sobre el hombro:
—Al principio, porque no podíamos hacer otra cosa. Después, por culpa del oro.
—¿Del oro?
—Sí. Dime, ¿qué habrías hecho tú y tus compañeros, busca. dores de oro (y así como tú y tus compañeros todos los hombres del mundo), al tener noticias y conocer el lugar de una ciudad en que el único metal conocido es el oro y donde de oro son casi todos los objetos que en otras partes se hacen de metales menos valiosos? ¿Qué habrían hecho? Armar una expedición de cien o de mil hombres y lanzarla sobre esa ciudad, inundándola de gente que robaría y mataría al que quisiera oponerse al robo. Eso habrían hecho... Y ése es el motivo de nuestro

aislamiento... Hasta hace poco tiempo hemos vivido tranquilos. Los blancos que fundaron esta ciudad y los que después han llegado nos enseñaron a labrar la tierra, a trabajar el oro, a tejer; en una palabra, nos enseñaron a vivir. Pero ahora las cosas están por cambiar. Un hombre blanco- cayó en nuestras manos. ¿Por qué no lo maté cuando lo encontré arrastrándose como un gusano, casi muerto de hambre y de frío? Es un hombre ambicioso que no se ha conformado con vivir aquí como nunca tal vez había soñado vivir. Quiere irse y llevar oro. Eso es la muerte para nosotros. Y como solo no puede marcharse, pues no conoce el camino, empezó a hablar a los césares blancos de la riqueza, de la opulencia y del lujo que da el oro en otros países. Convenció a muchos y hace apenas dos lunas pretendieron marcharse; pero entonces intervinimos los césares negros, apresando al extranjero y amenazando a los blancos.

Estos, atemorizados, al parecer han desistido; pero a escondidas preparan la marcha.

—¿Quién es el jefe de ellos?

—Una mujer, María García de Onares, último descendiente de Fernando García de Onares, fundador de esta ciudad. Esta familia ha sido siempre la suprema autoridad en la Ciudad de los Césares. El último García de Onares, don Francisco, hombre sabio y prudente, no dejó, por desgracia, más descendiente que una hija, mujer en quien, más que en nadie, han hecho efecto las palabras de Diego Rodríguez, el extranjero...

—De modo que...

—De modo que aquí estamos inquietos y sobresaltados todos; unos quieren irse y otros impedir que se vayan.
—Pero algún día serán ustedes conocidos.
—Puede ser, aunque es difícil. Contados extranjeros han llegado aquí por sus propios pies, y de los que han entrado a esta ciudad, ninguno ha vuelto a salir jamás.
—¿Por qué?
—¿Quién sabe? Cazadores, buscadores de oro, exploradores. viajeros, hasta sabios y bandidos han llegado aquí traídos unos por casualidad, apresados los más por nosotros. Cada uno trajo su inteligencia, su consejo, su tenacidad, que nosotros hemos aprovechado del mejor modo posible. —Y nosotros- Uóltel, ¿ qué suerte correremos?
—En este momento, no sé. Seguramente los césares blancos tratarán de atraer a ustedes para su causa, con mayor razón si saben que son buscadores de oro... ¿ Qué crees tú que harán tus compañeros?
—No podría decírtelo... Este es un asunto que está fuera de todo lo que podíamos sospechar.
En ese momento una voz llamó desde afuera:
—¡Uóltel!
—¡Ya voy! —contestó el césar negro—. Hasta luego, Onaisín. Pronto estarán aquí tus compañeros. Y suceda lo que suceda, acuérdate de que somos amigos. Lo mismo haré yo.
Onaisín estrechó con vigor la mano que le tendía el césar de anchas espaldas y gruesos músculos. Se fue Uóltel y el fueguino quedó solo con su perro, entregado a mil reflexiones. Aunque ya veía claro en medio de aquel sueño

de buscador de oro, otras preocupaciones lo embargaban. ¿ Qué dirían y qué 'harían sus camaradas? De Enrique podía responder: se inclinaría de parte de los césares negros. Pero Smith, viejo aventurero, y Queltehue, y Hernández, misterioso hombre este último, ¿qué harían? Tenía el presentimiento de que influirían de algún modo en la Ciudad de los Césares.

—¿Qué harán, Indio? Y nosotros, ¿qué haremos?

Indio, que no comía desde el día anterior, parecía pensar en Otras cosas

7
Todos apresados

APENAS separado de Onaisín, Uóltel se reunió con sus hombres y partió en busca de los otros extranjeros. Desde lo alto del cerro, escondidos tras las rocas e invisibles a los ojos de Enrique y Hernández, él y sus compañeros siguieron paso a paso las idas y venidas de los dos hombres. El español y el hijo de Sam Cocktail, que hallaron al amanecer las huellas de Onaisín, registraron el bosque minuciosamente, encontrando allí los rastros del fueguino y el del perro, además del de Uóltel, que los llenó de confusión. Aquel pie desnudo, que dejaba. una huella tan profunda en la tierra húmeda, no podía ser, según Enrique, sino de un indio, pues ¿ quién sino un indio - podría andar descalzo por un terreno sembrado de piedras y de trozos de ramas con espinas?

—Bien puede ser también un hombre blanco —murmuró Hernández, contemplando el rastro.

—Sí, podría ser también un hombre blanco; pero estoy seguro de que es un indio. He visto muchas huellas y las sé distinguir. El hombre blanco, aunque haya andado mucho tiempo descalzo, pisa de otro modo: el talón se hunde más, y los dedos, menos. Es la costumbre del calzado. En cambio, el indio camina con, los dedos. Vea usted.

—SI, es verdad; pero con esto no avanzamos mucho.
—No mucho, pero ya sabemos algo. Hay indios, y no sé si alegrarme o entristecerme por ello. Se ve que el indio ha estado con Onaisín: aquí están sus huellas, allí las de nuestro compañero, acá las del perro. Han estado los tres juntos. Eso me da confianza. Si el indio hubiera querido matarlo aquí, lo habría hecho; pero no. El indio se marchó solo. ¿Volvió? ¿No volvió? Y si no volvió, ¿dónde está Onaisín? Y si volvió, ¿dónde lo hizo? Dejemos al indio y sigamos el rastro de los que nos interesan.
Salieron del bosque. Uóltel y sus compañeros se miraban y sonreían al verlos rastrear la llanura. Encontraron el campamento de Onaisín. De allí en adelante se perdían las huellas del fueguino y del perro. Enrique y Hernández se miraron.
—Esto es misterioso —comentó el español.
—Es raro. Se pierden las huellas de ellos completamente y no se ven sino pies descalzos. No han muerto a Onaisín ni al perro, por lo menos hasta aquí.
—¿Los habrán llevado en andas?
—Es muy posible.
— ¡ Vaya! Pues son gente muy amable.
—Pero ¿ por qué los han llevado en andas? ¿ Estarían muertos? ¿Irían vendados?
—Tiene usted razón! No puede haber sido sino este último motivo.
—Sigamos las huellas de los pies descalzos.
Siguiéndolas llegaron a las orillas del lago. Ahí se acabaron todos los rastros. Caminaron por las márgenes, pero inútilmente. Vino la noche y los encontró muy lejos.

—Tendremos que hacer la señal —murmuró Hernández.
—No hagamos nada —contestó Enrique—. Dejemos que Smith y Queltehue avancen. Mañana nos reuniremos con ellos. Al amanecer, mientras Enrique dormía y Hernández, dormitando, hacía guardia, Uóltel y sus hombres cayeron silenciosamente sobre ellos. No hubo lucha ni resistencia. Desarmados y rodeados de doce hombres, los aventureros, más sorprendidos que asustados, preguntaron:
—¿Qué pasa y qué es lo que quieren ustedes?
—No pasa gran cosa y lo que queremos es que ustedes vengan con nosotros.
—¿Y si no queremos?
—Los llevaremos a la fuerza.
Enrique, que esperaba un lenguaje muy diverso, un lenguaje de indio, atravesado y confuso, se sorprendió más aún. ¿ Eran blancos, entonces, los que habían asesinado o secuestrado a Onaisín? La obscuridad no le permitía distinguir quiénes eran aquellos hombres. Recurrió a una estratagema: estiró fuertemente los brazos y soltándose de los que le sujetaban, se abrazó a ellos. En un segundo, mientras los hombres intentaban dominarlo, sus manos recorrieron los torsos y los rostros. Eso le bastó.
—No quiera usted resistirse —dijo la voz.
No pienso resistirme. Quería únicamente saber quiénes eran ustedes.
—Pues ya que lo sabe, vamos andando.
Y al otro día, muy temprano, en momentos que Onaisín tomaba su desayuno, Uóltel entró al cuarto y le dijo:
—Buenos días, Onaisín: te traigo a dos de tus amigos.

En medio de una escolta de césares negros se veía a Enrique y a Hernández. El primero, muy extrañado, abrazó a Onaisín:

—¿Tú aquí?

—¡Cómo! ¿No lo sabían ustedes? —preguntó Onaisín, dando una mirada a Uóltel, que sonrió.

—Nadie nos ha dicho nada. Estos hombres nos sorprendieron anoche, mientras descansábamos, sin darnos tiempo para defendernos... Pero ¿ cómo caíste tú en manos de ellos?

Onaisín contó lo sucedido desde que se separó de ellos y lo que sabía sobre aquella ciudad y sus habitantes. No dijo una palabra, sin embargo, sobre el conflicto que preocupaba a los césares.

— ¡ Qué extraordinario es esto! —comentó Hernández—. Nunca me imaginé que existiera por aquí una ciudad de esta clase, fundada por españoles... ¿Y qué harán o qué querrán de nosotros? ¿Lo sabe usted?

— respondió Onaisín—. Mi amigo Uóltel, que es el único que puede informarnos sobre las intenciones que tienen para con nosotros, ha desaparecido.

En ese instante el fueguino observó que el césar de los libros le hacía señales; lo hizo avanzar y lo presentó a sus amigos. El hombre no se demoró en formular su deseo:

—Señores: ¿ alguno de ustedes trae un periódico?

Enrique y Hernández miraron estupefactos a Onaisín.

—¿Periódico? —murmuró Enrique.

—¿Qué periódico? —preguntó Hernández. El hombre se atolondró un poco.

—Periódico, señores; de esos periódicos que ustedes leen cuando están en las ciudades que habitan.
— ¿ Se refiere usted a esos papeles impresos y artículos de política? —inquirió el español.
—Sí, exacto; a esos papeles impresos, señor.
—Hace mucho tiempo que no veo ni leo un periódico —contestó Enrique.
—Creo que traigo alguno en mi equipaje, aunque debe ser muy atrasado —dijo Hernández—. Espere usted a que me traigan mis cosas y se lo daré.
—¿Me lo dará usted?
—Sí, hombre, sí. Se lo daré.
Hernández miraba con curiosidad al hombrecillo.
—¿Y para qué quiere usted periódicos, buen hombre? —le preguntó.
—Para leerlo, señor —contestó el césar negro, con una sonrisa humilde.
—¿Le gusta a usted leer periódicos?
—Mucho
—Pero. también le gustará a usted leer otras cosas.
—Claro que sí. Libros, por ejemplo.
—¿Libros también? Pues yo puedo darle a usted un libro que le gustará mucho.
—¿Y qué libro es? —preguntó el césar, cuyos ojos brillaban.
—La Biblia.
El césar estuvo a punto de caer.
—¡Una Biblia! ¿ Pero es que tiene usted una Biblia?
—No sólo una; tres o cuatro, y le daré una con mucho gusto en cuanto me reúna con mi equipaje.

El césar negro quiso hablar, pero no pudo; tan grande era su impresión. Saludó profundamente y después de tropezar en una silla y de querer abrir la puerta por el lado de los goznes, salió demudado.

—¡Oiga usted! —gritó Hernández. Volvió el hombre.

—Y si cuando la lea no entendiera usted algunas cosas, tendré mucho gusto en explicárselas.

El césar hizo un gesto de agradecimiento y se fue.

—¡Qué hombre tan raro! —exclamó el español—. Querer leer un periódico aquí, donde de seguro llegarán con meses de atraso. Pero, en fin, esto no sucede en todas partes. ¡ Vaya, vaya! Las cosas no empiezan mal.

8
Otra vez juntos

AL ATARDECER y en los momentos en que la tensión nerviosa de los prisioneros llegaba a su grado máximo, una escolta de césares negros, comandada por Uóltel, trajo al viejo Smith y a Queltehue.

—Bueno —exclamó Smith, riendo y golpeando los hombros de sus camaradas—. Ya estamos todos juntos. Buenas noches. Veo que no han sufrido ustedes ningún daño y eso me tranquiliza. Sepamos ahora dónde estamos y qué quieren de nosotros estos alacalufes que tan bien hablan español. Pero antes cuenten cómo han sido ustedes secuestrados.

Iba a contestar Enrique, cuando Uóltel abrió la puerta y dijo:

—Señores: los césares blancos esperan a ustedes.

Smith se quedó con la boca abierta:

— ¡ Los césares blancos! ¿Y quiénes son esos caballeros?

—Los habitantes blancos de la Ciudad de los Césares —respondió Uóltel.. —La Ciudad de los Césares —murmuró Smith, más sorprendido aún—. Esperen, esperen... Yo he oído hablar de la tal ciudad. Claro que sí: el chilote Barrientos contaba que en las montañas de la Patagonia chilena existía una Ciudad de los Césares, habitada por holandeses o españoles, no recuerdo bien, gente que no había podido ser encontrada nunca; me dijo que muchos habían buscado la tal ciudad y que en las noches de

Pascua, cuando corría viento de la cordillera hacia el mar, se oían sonar las campanas de su iglesia, y que esas campanas eran de oro... Pero yo creía siempre que ésas eran pamplinas de los chilotes, que son tan dados a historias... ¿ De modo que nosotros 'hemos descubierto la Ciudad de los Césares? Muy bien; vamos. No hagamos esperar a esos caballeros. Pero, oye, Queltehue: ¿ qué te estás echando al bolsillo?

Mientras hablaba, Smith advirtió que el cocinero hacía esfuerzos por introducirse en el bolsillo algo voluminoso.

—¿Qué es eso? —le preguntó, acercándose.

Queltehue, un poco turbado, le dijo, mostrándole el objeto de sus afanes:

—Es un vasito, patrón.

—¿Un vasito, eh? ¿Y desde 'cuándo...? A ver, dame.

Observó el vaso un instante, abrió la boca en gesto de sorpresa y luego, volviéndose hacia los circunstantes, exclamó:

—¡Pero esto es de oro!

—No se asuste usted, patrón Smith —intervino Onaisín—. Aquí todo es de oro. Mire usted ese jarro y ese cuchillo y ese lavatorio. Smith, que reventaba de asombro, examinó detenidamente lo que Onaisín le señalaba, se mesó la barba un instante y después, dirigiéndose a Queltehue, dijo:

—Pues si todo es de oro, Queltehue, haces mal en querer guardarte un vaso. Busca algo de más bulto.

Rió a grandes risotadas.

—Vamos —continuó—. Deja en paz ese vasito y no sueltes la carabina.

—Veo que no les han quitado a ustedes sus carabinas —observó Hernández.
—¿Y por qué nos las iban a quitar? —preguntó Smith—. Nosotros no hemos venido como prisioneros sino como invitados. Advertirnos a tiempo el golpe y propusimos a ese joven que está ahí ¿ Cómo se llama usted? —preguntó a Uóltel.
—Uóltel, señor —repuso el interpelado.
—Lindo nombre para la bahía de Yandagaia —repuso Smith—. Propusimos a este joven dos cosas: o agarrarnos a tiros y puñaladas hasta que no quedara títere con cabeza o venir buenamente si nos aseguraban que no sufriríamos daño alguno y que tampoco ustedes lo habían sufrido. Aceptaron lo segundo, por suerte para todas; nos vendaron la vista y aquí estamos. Pero, oye, Queltehue, ¿otra vez con el vasito?
Queltehue había vuelto a sus manipuleos.
—Déjelo usted, señor —intervino, sonriendo, Uóltel—. Que se lo lleve, si tanto le gusta. Yo se lo regalo.
—Tiene suerte este flaco bandido —dijo Smith—. ¿Por qué no vería yo primero el vasito?
Todos reían al salir. En la puerta esperaba a los extranjeros una imponente escolta de césares negros, armados de lanzas, flechas, mazos y tal o cual herrumbrosa espada, armas que provocaban la sonrisa desdeñosa de los extranjeros y la particular curiosidad de Queltehue, quien se sentía lleno de un inesperado espíritu de coleccionista.
-Mientras marchaban, Enrique contó a Smith lo que sabía respecto de la ciudad y de sus habitantes. La sorpresa del

viejo era ruidosa: lanzaba exclamaciones y gritos que hacían sonreír a los césares que los miraban pasar.
—Enrique, me estás contando un cuento para niños...

9
Los césares blancos

EL EDIFICIO, bajo y amplio, tiene apariencias de municipio provinciano. Su primera habitación, situada a la izquierda del vestíbulo, es una sala de grandes dimensiones y alta de techo, decorada con tejidos y esteras.
Al fondo de esta sala hay una puerta ancha y maciza, de dos hojas, claveteada, que se abre sobre otra sala, de menores dimensiones que la anterior y donde, en este

momento, hay diez 'hombres sentados alrededor de una mesa rectangular. La sala tiene, también, como la anterior, algunos adornos murales, pieles y tejidos de colores armas, relieves en oro, estatuitas de madera. Además de la mesa, hay numerosas sillas. El aspecto de la sala recuerda también un municipio provinciano: es la sala del Consejo de los césares blancos.

Allí están ellos, magníficos tipos, altos, blancos y rubios unos, morenos otros, de estupendas barbas y vestidos de albas túnicas concejiles, costumbre de la ciudad.

—Uóltel me ha dicho —dice uno de ellos— que los extranjeros que esperamos son hombres vulgares, aunque blancos; buscadores de oro, aventureros... Ignoraban la existencia de nuestra ciudad y sólo la suerte los ha traído hasta nosotros.

—¿Y qué intenciones tenéis respecto a ellos? —pregunta otro. Aunque sean vulgares buscadores de oro, son hombres y, lo que es mejor, o peor, blancos, excepto uno, que parece indígena, según Uóltel. En las actuales circunstancias, cualquier extranjero blanco, no importa su índole, condición o carácter, es un aporte valioso para nosotros. Puede también que no lo sea; pero en el caso presente creo que sí: ningún buscador de oro será lo suficientemente necio para rechazar un obsequio que le representa el doble o el triple de lo que buscaba, y aún más. Estamos en condiciones de comprarlos por su peso en oro, precio que no obtendrían ni aunque fueran a venderse a Satanás.

Una carcajada de satisfacción hizo ondear las estupendas barbas.

—Tendremos ahora una entrevista con ellos y sabremos quiénes son y cómo son. Una vez enterados, procederemos a comprarlos de uno en uno o a encerrarlos de dos en dos.
Una voz vacilante salió de una punta de la mesa:
—Decidme, don Felipe, ¿cómo andan esos preparativos?
Don Felipe dirigió una dura mirada al que lo interrogaba.
—Si no fuerais tan holgazán y tan poltrón, don Francisco contestó—, sabríais que todo está a punto y que la marcha puede ser tanto para mañana como para esta noche. Tenemos todo preparado. Diego Rodríguez está advertido y espera su libertad para ponerse al frente de nuestra gente. Pero vosotros, por lo visto, en lugar de asistir a nuestras reuniones, preferís pasar las noches contando y pesando el oro que llevaréis. Lo tomaremos en cuenta cuando llegue el caso.
La voz de Felipe García era insolente. Era la voz del que se siente seguro de sí mismo, no tanto por lo que vale como por lo que tiene y representa. Era el jefe de aquel Consejo y uno de los hombres que más fortuna en oro poseía en la ciudad, descendiente directo de uno de los fundadores del pueblo, don Blas de García, individuo que se agregó a la expedición con la esperanza de resarcirse en América de los reveses que su fortuna había sufrido en España y que pensaba establecerse, allí donde la expedición se detuviera, con una tienda o una venta.
En ese momento se abrió la puerta y Uóltel entró.
—Aquí están los extranjeros —anunció.
—Diles que pasen.
Los cinco hombres aparecieron.

—Adelante, señores —dijo Felipe García—. Sed bien venidos a la Ciudad de los Césares. Sentaos.

Los cinco aventureros, desconcertados a la vista de aquellos hombres que vestían tan desusada vestimenta y que portaban tan estupendas barbas, tomaron asiento frente a la mesa. Don Felipe prosiguió:

—Han sido ustedes sorprendidos y apresados por los hombres que vigilan nuestras fronteras. Pedimos disculpas por las molestias que esto les haya ocasionado. Por lo que me han dicho, la existencia de nuestra ciudad era desconocida para ustedes. Siento tener que manifestarles que el extranjero que ha puesto los pies en nuestra ciudad, salvo rarísimas excepciones, no ha vuelto a salir de ella. Para la tranquilidad y conservación de este pueblo conviene que así sea. Un solo hombre que salga de aquí llevando la noticia de nuestra existencia y de nuestra riqueza, sería motivo para que infinidad de hombres se arrojaran sobre nosotros y nos dispersaran.

Calió el hombre. Hubo un momento de silencio y durante ese momento los césares blancos y los extranjeros parecieron medirse con la mirada. Las palabras del césar eran una amenaza para la libertad de los aventureros y éstos miraban a- los césares como preguntándose si esos hombres, de barba y túnica, serían capaces de detenerlos en su marcha Los césares, por su parte, esperaban la palabra de los prisioneros y miraban sus caras obscuras y sus ropas rotas. Uóltel, de pie tras los extranjeros, contemplaba la escena. Había diferencia entre los césares blancos, limpios y bien cuidados, y estos extranjeros sucios y vacilantes. Aquellos parecían los amos de éstos, y

por unos minutos Uóltel temió por la causa de los césares negros. Los extranjeros serían absorbidos.

10
Mucho discutir

EL VIEJO Smith se levantó y su voz gruesa llenó la sala. Había entendido que el silencio de los césares indicaba que esperaban la palabra de ellos.

—Perdonen ustedes —dijo—. Yo nunca he podido hablar con alguien cuyo nombre ignoraba.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó don Felipe.

—Que me diga usted su nombre. Los césares blancos se miraron.

—¿Para qué quiere usted saber mi nombre?

—Es mi costumbre. Si no me dice usted su nombre no hablaré. Necesito, por lo que pueda ocurrir después, saber con quién hablo y quién me habla.

—Me llamo Felipe García.

—Muchas gracias. Yo soy William Smith. Pues bien, señor García, oiga usted b que voy a decirle: es la primera vez que alguien, sin tomarme consentimiento, me dice que debo quedarme en el sitio que él quiere. Nosotros no pretendíamos entrar a esta ciudad; ni siquiera conocíamos su existencia. El objeto de nuestro viaje:
otro muy distinto y sin relación con ustedes ni con su pueblo misterioso. Mis compañeros han sido apresados, traídos a la fuerza. ¿Por qué no se nos ha dejado seguir nuestro camino?
—La Ciudad de los Césares necesita de los extranjeros —contestó otro de los césares, y como había visto que Smith lo miraba interrogativamente, agregó—: Me llamo Fernando Villagrán... Sus conocimientos, su sabiduría, sus habilidades son utilizados por nosotros. Cada extranjero trae algo nuevo, palabras, consejos, experiencias, elementos que no conocemos y que pueden servirnos de:
mucho En cambio de ellos les damos comodidades, casi opulencia, tranquilidad, seguridad. ¿ Qué más puede desear un hombre, y sobre todo si es un hombre que busca esos bienes, como en el caso presente?
—Aunque me pesara usted en oro, no consentiría —repuso Smith con brusquedad—. He sido traído aquí casi a la fuerza y haré lo posible por salir.
—¿Eres tú el jefe de esta expedición? —preguntó García..
—Si quieres saberlo, te lo diré —respondió Smith con ironía—. Soy jefe en lo que se relaciona con el objeto de nuestro viaje. Nada más. En otros asuntos cada uno es libre y no puedo imponer a nadie mi autoridad ni mi voluntad.

—Escuchemos entonces la opinión de los demás —propuso otro de los césares.
—Creo que no hay necesidad —contestó Enrique— de consultar a cada uno por separado. Todos tenemos la convicción de que ustedes han obrado mal... Dicen que la Ciudad de los Césares necesita de los extranjeros. Muy bien. Que los traigan, pero no con violencia, sino con su asentimiento. No es que yo encuentre ridículo, triste o estúpido encerrarse aquí toda la vida; no; al fin y al cabo los hombres están más o menos encerrados en todas partes; pero, en principio, rechazo una situación impuesta por la fuerza.
—Habla tú, extranjero —dijo Fernando Villagrán a Hernández. —Yo creo, como mis compañeros de expedición —respondió el español—., que no debemos aceptar esto. Dicen ustedes que necesitan de los extranjeros para progresar. Muy bien. Pero una manera mucho más fácil de progresar sería abrir esta ciudad a todo el mundo y no sólo a los que llegan aquí por casualidad. ¿De qué les sirve a ustedes tanta riqueza? En la forma en que viven actualmente, de nada. Es una riqueza muerta. Esta riqueza muerta sería, en cambio, de inestimable valor si entrara a circular dentro de una mayor cantidad de actividades y de hombres. Por lo dicho, estimo que no salo debe dejársenos en libertad, sino que también debe abrirse esta ciudad al conocimiento del mundo.
—Bien, muy bien —exclamó, sin poder contenerse, don Francisco.

—Callaos, don Francisco —advirtió secamente Felipe García—. Y tú, hombre de color —continuó, dirigiéndose a Onaisín—, ¿tienes también tu opinión?
—Sí —contestó el fueguino, adelantándose.
—Habla, pues —dijo el césar, mirando con curiosidad al indio.
—Es la siguiente: me extraña que quieran obligarnos a que nos quedemos aquí. Sé que ustedes quieren irse llevándose todo el oro que puedan y dejando solos a los césares negros... Si esto es así, ¿por qué no lo dicen? ¿Por qué mienten? Yo soy el último de todos aquí; pero puedo decir que si se nos deja en paz no diré una palabra sobre la Ciudad de los Césares; pero que si se nos obliga a quedarnos me uniré a los césares negros y pelearé contra los blancos cuando quieran marcharse.
Estas palabras, dichas con gran vigor, provocaran diversas reacciones en los que las escucharon: sorpresa en sus compañeros, que nada sabían de aquel asunto, e ira y estupor en los césares blancos.
—¡Eh, extranjero! —gritó don Felipe García—. Considera que estás en nuestras manos y que podemos castigarte por tu imprudencia.
—No creo que ustedes sean capaces de tocarme —contestó el ona, desafiante.
—¡Insolente!
El césar, incorporándose, avanzó hacía Onaisín; pero Indio, que estaba, echado a los pies del fueguino, se levantó gruñendo y con los pelos erizados, en tanto que Queltehue, como si se tratara de una excursión de caza,

alzaba su carabina y encañonaba al césar con toda tranquilidad.
—No se ponga nervioso, caballero —dijo con hiriente cortesía—. Indio tiene los colmillos muy afilados y yo muy buena puntería.
—Atacadme y veréis cómo los césares negros os harán pedazos —exclamó el césar, deteniéndose ante el feroz perro.
—Aunque estuviera usted gritando siete años seguidos, ningún césar negro acudirá en su ayuda —contestó Onaisín, que había desenvainado su machete de monte—. Siéntate y sigamos conversando.
Pero la paz había sido rota por aquella especie de declaración de guerra de Onaisín, y los césares blancos, que se habían levantado creyendo en una riña y que a causa de las palabras del ona se sentían un poco avergonzados, optaron por retirarse.
—Hemos terminado —contestó Fernando de Villagrán—. Mañana proseguiremos esta conversación. Podéis retiraros.
Y hablando animadamente, los hombres de barba y túnica desaparecieron hacia el interior de la casa, mientras Smith y sus otros compañeros rodeaban a Onaisín.
— ¡ Pero cómo no nos habías dicho nada, indio taimado! —exclamó el capitán del "Sam Cocktail"—. ¿ Los blancos piensan. abandonar la ciudad?
—Sí, y se llevarán todo el oro que puedan.
—Entonces —dijo Hernández con sencillez— vámonos con ellos.

—Sí; eso está muy bien para dicho. Pero ¿y los césares negros?
—Que se vayan ellos también —contestó el español.
—¿A dónde irá un indio con los bolsillos llenos de oro?
—-¡Qué nos importan a nosotros los césares blancos, los negros ni los amarillos! —exclamó impaciente el viejo Smith—. Nosotros sacamos nuestra parte y nos largamos. Por lo demás, las razas indígenas están condenadas a desaparecer
-¡Bah, bah! —exclamó Hernández—. Me parece que Onaisín toma una actitud impropia.
—¿Por qué impropia? —preguntó Enrique.
- Según tengo entendido Onaisín no es más que un sirviente suyo como tal, debe seguir la opinión de su amo.
Estas imprudentes palabras produjeron sorpresa. Onaisín, desconcertado ante el insulto no supo que responde durante un segundo o dos su mano derecha, que empuñaba el machete, tembló. Queltehue, con la boca abierta, no respiraba y los demás parecían paralizados. Pero el indio levantó suavemente el brazo y envainó la ancha arma. Enrique habló:
—Se equivoca usted, Hernández, y se equivoca dos veces: primero, porque Onaisín no es un sirviente sino un amigo y compañero que no tiene por qué seguir mi opinión y al que, por otra parte, no permitiré que se le humille u ofenda, y segundo, porque yo no he dado hasta este momento opinión alguna.
—Gracias, Enrique —murmuró Onaisín.
—Perdonen ustedes —dijo Hernández.

Salieron. Uóltel, que había sido testigo de todo lo sucedido y hablado y que no cabía en sí de gozo, tocó en el brazo al fueguino y le dijo:

—Ven conmigo y convida a tu compañero Enrique. Quiero hablar con ustedes dos.

—Enrique —dijo Onaisín a su camarada—. Uóltel te ruega que lo escuches un momento.

—Bueno, vamos —respondió el hijo de Sam.

—Los extranjeros serán conducidos a su alojamiento —mandó Uóltel a la escolta—. Estos dos vendrán conmigo.

Separó a los dos amigos del grupo.

—Seguidme.

Echaron a andar. El perro fue tras ellos.

11
Los césares negros

—ENTRAD —dijo Uóltel, apartando la cortina—. Esta es la casa de los césares negros.
Penetraron en una habitación tapizada de esteras y tejidos de color. Colecciones de lanzas y flechas de oro brillaban en las paredes. Al fondo, sentados en el suelo sobre mantas de un rojo resplandeciente, estaban seis hombres casi desnudos.
—Buenas noches, césares negros —dijo Uóltel—. Traigo dos de los extranjeros llegados recientemente a la ciudad. Los he traído porque me parece que son los que están más cerca de nosotros. Habla tú, Sol de Plata, que eres el más sabio y el de más autoridad. Sentaos, extranjeros.
Sol de Plata se levantó. Era un hermoso hombre, alto, de largos y flexibles músculos; herida su piel por la luz de las antorchas, afirmado en su lanza, orgulloso el gesto, parecía un guerrero de epopeya, uno de aquellos que hicieron decir a Álvarez de Toledo: . fuertes, bravos y ligeros, de grandes cuerpos y únicos flecheros.

A su vista, una profunda emoción llenó el alma de Onaisín. Creyó ver en Sol de Plata a uno de los obscuros dioses de su raza, fundadores de su pueblo, de aquel pueblo que agonizaba ahora en las márgenes de los canales magallánicos. Sintió deseos de correr hacia él y de arrodillarse para escuchar su palabra. Próximo estallar en

sollozos, inclinó la cabeza. Con voz clara y calmada. Sol de Plata dijo:

—Los extranjeros saben ya lo que ocurre nosotros queremos saber la actitud que adoptarán. La nuestra es la siguiente: estamos dispuestos a impedir la salida de los césares blancos. aunque para ello tengamos que recurrir a la violencia o la muerte. Se trata aquí de nuestra vida y debemos dejar a un lado todo sentimiento de piedad. sobre todo cuando sabemos que ellos no sienten por nosotros sentimiento semejante alguno. No queremos correr la suerte de nuestros hermanos de más al sur y de la Tierra del Fuego. Sin embargo, quisiéramos evitar un choque. No podemos olvidar que a los blancos debemos muchas cosas que valen más que el oro que quieren llevarse. Pero la vida es la vida. Aunque Sasiulp ha demostrado últimamente intenciones de no abandonar la ciudad, los blancos persisten en marcharse.

—¿Quién es Sasiulp? —preguntó Enrique.

—Es el nombre que los césares negros damos a María García de Ónares.

—-Sasiulp —murmuró Onaisín. recordando a la estrella Sirio.

—Sí; Luz de los Ojos en nuestro idioma —dijo Uóltel.

—Ella no podrá impedir que los blancos salgan y será preciso que lo impidamos nosotros —exclamó bruscamente otro césar negro. irguiéndose----. Y lo impediremos. Río Negro y sus hombres no temen a los césares blancos y los heriremos sin piedad, aunque nuestros ojos lloren y nuestros corazones sangren.

Río Negro ni era tan hernioso como Sol de Plata ni tan arrogante, pero era sin duda más fuerte. Enrique admiró sus duros músculos, ejercitados en la lucha. que jugaban y se apelotonaban en sus brazos como hombres decididos. Era el jefe de los guerreros negros de la Ciudad de los Césares.

—¿Han hablado ustedes con Sasiulp? —preguntó Enrique.

—Últimamente no —respondió Sol de Plata—. Conocemos sus intenciones por Estrella, una joven de nuestro pueblo que vive en su casa. Pero no es a Sasiulp a quien hay que convencer. Es a los césares blancos. Nosotros hemos hecho ya lo posible y no hemos conseguido nada. Nuestra esperanza, en este momento, está en ustedes. Nosotros no sabemos qué es lo que hay detrás de las montañas y más allá de los bosques que ustedes han atravesado; pero suponemos que no será tan magnífico cuando ustedes, hombres blancos, necesitan venir hasta aquí en busca de riquezas. No quisiéramos herir su dignidad, extranjero, pero queremos hacerle un ofrecimiento que puede aceptar o rechazar en este momento:

a cambio de que convenzan a los césares blancos, les daremos las riquezas que quieran llevarse. Es una oferta que pone a ustedes en el mismo plano de los césares blancos, pero no hay que olvidar que ustedes han venido en busca de lo que les ofrecemos. Si no quisieran irse, tendrían aquí lo que en otra parte quizás no tengan:

comodidades, respeto, facilidad. Medítenlo y contesten. Perdida esta última esperanza, obraremos por nuestra cuenta, y entonces... nadie sabe lo que ocurrirá.

Sol de Plata se sentó. Sólo quedó en píe Río Negro. Hubo un silencio. Enrique reflexionaba, y Onaisín, dejando correr su mano por la inteligente cabeza de Indio, que estaba echado entre los dos camaradas, esperaba la palabra de su amigo.

—En realidad —dijo Enrique—, me ponen ustedes en un paso. difícil. No debo olvidar que nosotros somos cinco hombres y que cada uno tiene derecho a tener su opinión. Yo no puedo obrar, personalmente, sino en mi nombre y tal vez en el de Onaisín, que ha manifestado sus simpatías por ustedes. En mi nombre y en el de mi compañero, acepto desempeñar la misión que ustedes me dan, sin considerar por ahora la oferta hecha. Pero hay un obstáculo: mis demás compañeros. Si ellos quieren marcharse con los césares blancos, ¿qué hago? En principio yo no puedo abandonarlos o luchar contra ellos.

—Desde el momento en que usted o SUs compañeros manifiesten cl deseo de irse con los césares blancos, los consideraremos enemigos nuestros y procederemos contra ustedes como contra ellos:

violentamente —contestó Río Negro.

—Comprendo —repuso Enrique—. Lo que yo debo decir a los césares blancos es lo siguiente: los césares negros se oponen, bajo amenaza de guerra, a que abandonemos la ciudad. Quedémonos... ¿Eso es todo?

—Todo —respondió Sol de Plata.

—Pero —dijo Enrique— si consigo lo que me piden, ¿podré después abandonar esta ciudad con mis compañeros?

—Podrás —contestó Río Negro—. Ya lo ha dicho Sol de Plata.
—¿Y si no lo consigo y me hago a un lado?
—Te dejaremos en paz.
—Comprendido. Buenas noches. Vamos, Onaisín.
Se levantaron todos y Uóltel guió a los amigos a través de los corredores de la casa.
—Supongo que tendrán ustedes hambre —murmuró Uóltel al salir—. Iremos a comer y conversaremos.
—¿Quiénes son estos césares negros? —preguntó Enrique.
—Es el Consejo nuestro. Los blancos y los negros tienen cada uno el suyo. El nuestro está formado por los seis hombres que ustedes han visto ahora, y el de los blancos, por los diez que vieron antes. Todos son elegidos por el pueblo y cada uno representa una actividad especial.

12

La noche

CAÍA LA noche y con ella la inquietud y la zozobra sobre la pequeña Ciudad de los Césares. La gente, que durante el atardecer permaneció al aire libre comentando los acontecimientos, desapareció. Las noticias eran cada vez más alarmantes y cada uno pensó en su situación como individuo y como pueblo. Únicamente grupos armados de césares negros y blancos recorrían las callejuelas, deteniéndose aquí y allá, advirtiendo a unos, apresurando a otros, animando a éste, dando instrucciones a aquél. Había ya un ambiente de revuelta; sabían unos y otros que la cuestión no se decidiría sino violentamente, arma contra arma.

Apenas llegada la noche, Smith, Hernández y Queltehue, separados de sus compañeros, marchaban, escoltados, hacia la casa que les servía de cárcel.

Smith, que no era 'hombre a quien aquellos acontecimientos pudieran, así como así, inquietar, iba tranquilo. Para él la cuestión estaba clara y la solución se reducía a aprovechar el viaje, o la huida, de los césares blancos. Esa era la puerta de escape. Se irían con ellos, arreando lo que se pudiera arrear. Allí había oro para todos y aún sobraría.

Hernández, en cambio, iba sombrío. Lo sucedido empezaba a pesar sobre su alma y le dolía ahora haberse mostrado indiferente ante la suerte que correrían los césares negros y tan brutal con Onaisín.

—¿En qué piensa usted? —le preguntó Smith viéndolo tan silencioso.

—Hombre —contestó con brusquedad el español—, iba pensando en lo bruto que he sido.

—¿Cómo así?

—Me he conducido como una bestia con Onaisín y he desoído a mi conciencia cuando se habló de los césares negros. A pesar de mi condición de..., bueno, de mi condición de hombre culto, no he podido olvidar que soy español y que los césares blancos también lo son.

—No haga usted caso —le advirtió Smith—. No tiene importancia. Ya ve usted que -Onaisín se calló. En cuanto a los césares negros...

—Sí; Onaisín calló y seguramente también callarán íos césares negros. Pero esto no es consuelo para mí. Me he portado mal. Soy un animal.

Smith no quiso contradecirle. Cada uno tiene sus escrúpulos y su fibra. Allá él. Sin embargo, le llamaba la atención ese arrepentimiento, tan desusado entre hombres de aventuras, mucho más tratándose de un asunto tán sencillo. Hernández era, para él y sus compañeros, un hombre un tanto misterioso.

Queltehue oía la conversación de sus compañeros como quien oye llover. Para él no había problemas.

"Yo soy el cocinero de la expedición —reflexionaba— y no tengo pito que tocar en esto de los negros y de los

blancos. Si hay oro, me darán mi parte. Si no hay, no me darán nada. Pero esta tierra me gusta y si es cierto que con sólo quedarse aquí le dan a uno lo suficiente para vivir tranquilo, me quedaré. Si se van los blancos, me quedaré con los negros. Mientras menos boca, más nos toca. Y de ahí no me sacará nadie."

Llegaron a la casa. La mesa estaba servida y se sentaron. Dos muchachas indígenas, muy limpias, vestidas de blanco, ayudadas por el hombre de los diarios, atendieron a los amigos. Queltehue, que no había visto de cerca a ningún habitante femenino de aquella ciudad, no despegó los ojos de las muchachas.

—Que se le enfría a usted la comida —le observó Hernández.

—Déjela que se enfríe —respondió Queltehue—. A usted también parece que se le está enfriando.

El hombre aficionado a la lectura no le quitaba ojo a Hernández.

—Ya llegaron sus cosas, señor —le dijo, al alcanzarle un plato.

—Bueno, gracias —contestó, distraído, el español.

—Quisiera recordarle al señor el ofrecimiento de ayer.

—¡Ah, sí! La Biblia, ¿no?

—Sí, señor.

—Espere usted.

Se levantó y, guiado por el hombrecillo, fue a su habitación. Des-'hizo un bulto y sacando una Biblia encuadernada en cuero negro, con letras doradas, se la dio.

—Tome usted.

El hombre recibió el regalo como quien recibe un · objeto de cristal muy frágil: con las dos manos. Hernández regresó al comedor. Al llegar encontró allí a un desconocido, un hombre de indefinido color, pues no era ni blanco ni negro, sino más bien amarillo: un mestizo.
—Dice este hombre que los césares blancos quieren hablar con nosotros especialmente.
—¿Sí? Pues, vamos.
—-¿No vienes, Queltehue?
—No; como se me enfrió la comida, me la están calentando.
—¡ Valiente pícaro! — ¿ Este será un césar amarillo? — preguntó Queltehues a una de las muchachas, señalando al mestizo, que salió último.
La chica lanzó una carcajada. Queltehue se animó:
—¿Cómo te llamas tú?

—¿Para qué nos llamarán? —inquirió Hernández a Smith.
—Si es cierto lo que Onaisín afirmó, será para pedirnos ayuda. Allá veremos.
El viejo no se equivocaba. Los césares blancos, sabedores de lo ocurrido entre los amigos después de la primera entrevista celebrada con ellos, estimaron oportuno parlamentar con aquellos que se habían manifestado partidarios del abandono de la ciudad, es decir, con Smith y Hernández. Los acontecimientos parecían precipitarse.
—En realidad —murmuraba Smith mientras andaba—, hemos ‘tenido mala suerte. ¡ Mire que caer aquí; en medio de esta olla de grillos y cuando blancos y negros se disponen a darse de lanzazos! De llegar en época normal

hubiéramos podido llenar la bolsa con toda tranquilidad, y largarnos después con más tranquilidad todavía. ¡ Pero, sí, sí! Está visto que n'o podré hacerme rico y morirme sino después de andar a golpes con alguien o con algo... ¡ Qué estrella la mía!

El mestizo los llevó, después de tomar precauciones para no ser visto, a la propia casa de Felipe García. Allí, éste dijo a los amigos:

—Es cierto lo que aquel indio que acompaña a usted reveló aquí esta tarde. Los césares blancos, cansados de su vida solitaria y deseosos de incorporarse a la civilización, piensan abandonar la ciudad. Es cosa decidida y las amenazas de los césares negros no nos harán desistir de nuestro propósito. Nos iremos mañana. ¿ Qué piden ustedes por acompañarnos y ayudarnos? Hablen. No podemos perder tiempo.

—'-¿No tenían ustedes un extranjero que les acompañaría? preguntó Smith. —No sabemos si podamos contar con él; los césares negros lo tienen prisionero.

—¿Y en qué consistirá esa ayuda?

—Solicitamos su compañía y su consejo. Nosotros nos arreglaremos con lo demás. Nos acompañarán hasta la orilla del mar, allí cada uno decidirá lo que hace y ustedes quedarán libres de su compromiso.

—Por mi parte —dijo Smith—, pido una cantidad de oro igual a la que usted lleve.

—La tendrá. ¿Y usted? —preguntó a Hernández el césar.

—Yo no pido nada —respondió, taciturno, el español.

—¿Pero nos acompañará?

—Sólo si usted me lo pide como favor y a condición de no mezclarme en ningún acto violento. No soy hombre de armas, si. no de fe.
Smith lo miré con curiosidad. El español empezaba a clarearse.
—Una vez que ustedes lleguen a orillas del mar —agregó—, regresaré a esta ciudad. Creo que los césares negros necesitarán de mí.
Los césares blancos lo miraron, asombrados. Smith sonreía. Ya veía la hebra. -
—Ahora comprendo la situación de ellos —añadió—. Quedarán solos, y una vez que la noticia de esta ciudad y- de sus riquezas llegue a oídos de los hombres, serán aventados. En ese instante amargo, quiero estar con ellos.
Hablaba ahora con pasión, agitadamente.
—Pero les acompañaré a ustedes y cuidaré de las mujeres y de los niños. Después regresaré. -
—Entonces, no 'hay más que hablar —dijo Felipe García, a quien las palabras de Hernández habían sorprendido, pero no emocionado—. ¿ Estamos de acuerdo?
—De acuerdo —respondió Smith.
—Bien: Esperemos ahora los acontecimientos La situación es la siguiente: los blancos se preparan en este momento para abandonar la ciudad. Por su parte, los negros concentran 'hombres en la salida oriental. Pero tenemos nuestro plan y creo que con un poco de astucia y otro poco de valor podremos salir del paso. Es posible que Diego Rodríguez se una a nosotros dentro de poco.
Una vez de acuerdo se quedaron todos allí, a la espera. Entra. han y salían los césares blancos, llevando órdenes o

trayendo mensajes. La noche avanzaba. Smith fumaba su pipa, y Hernández, ensimismado, daba breves paseos.

—¿Es usted, acaso, un religioso? —le preguntó de pronto y suavemente Smith.

—Lo soy, mister Smith —respondió el español. Muy entrada la noche, Smith, que se sentía un poco intranquilo por la suerte de sus camaradas, abordó a Felipe García:

—¿Tiene usted noticias de mis demás compañeros?

—Han declarado que permanecerán neutrales —contestó el interpelado—. No tenga usted cuidado por ellos.

—¿Podré verlos?

—Ignoro dónde estarán y no le aconsejo que salga usted. Las calles están llenas de gente al acecho.

Smith se dio por satisfecho. Si sus camaradas se hacían a un lado, no les pasaría nada. Tanto mejor. Ya se verían después.

13

A Queltehue le gustan las indiecitas

—BUENAS noches, Enrique. ¡Hola, Onaisín! ¿Ya no conoces a los amigos, Indio? —exclamó Queltehue al ver a sus camaradas, que regresaban de la casa de los césares negros.

—¿Estás solo, Queltehue? ¿Y los demás?

—El patrón y el español salieron después de cenar. Los césares blancos querían 'hablar con ellos.

—¿Los césares blancos? —preguntó Uóltel.

—Así dijo el césar amarillo que vino a buscarlos.

—Malo, malo... Tratan de atraerlos Que sirvan la comida —ordenó Uóltel.

Las muchachas sirvieron.

—¿Qué te parece, Onaisín? ¿Te gustan las indiecitas? —preguntó, sonriendo, Queltehue—. Si a mí me dieran una mujercita así y una casa, me quedaba aquí para siempre. Fíjate en los adornos que llevan en el cuello y en las orejas. Son de oro macizo. ¿Qué más quiere un buscador de oro como yo sino encontrar una mina como ésta? ¡Oro y mujer juntos!

—Nada de eso te será difícil conseguir si te quedas con nosotros. Podrás elegir, siempre que te quieran, entre las

más bonitas y entre las que lleven más adornos —dijo Uóltel.
—No me diga eso, patrón, por mi madre, mire que soy capaz de firmarle contrato.
Onaisín y las muchachas rieron.
—¿Te ríes, Onaisín? A ti también te gustaría, ¿no es cierto? Claro que sí. A quién no le gusta lo bueno!
—¿Y por qué no te quedas? —preguntó el fueguino.
—Es lo que pienso hacer: quedarme. Estoy aburrido y me voy poniendo viejo. He pasado toda mi vida peleando con la mala suerte, muchas veces con frío y hasta con hambre, sufriendo voluntades ajenas y malos genios. ¿Para qué? Para juntar, cuando he podido, unos centavos que no me han servido de nada. Siempre he tenido la idea de poner casa y tener una mujer. Es bien poca cosa, ¿no es cierto? Y, sin embargo, cada día me parece más difícil.
—¿Por qué?
—Porque siempre gano nada más que lo indispensable. Por lo menos, es lo que me ha pasado hasta hoy. Por mi parte, aunque ustedes se vayan, estoy decidido a quedarme. Y si le hace falta, Uóltel, un hombre que aunque flaco y mal encachado tiene bastante ñeque y nunca le mezquina el cuerpo al trabajo, cuente conmigo. Tengo una buena carabina y regular puntería.
—Gracias —murmuró Uóltel, a quien el soliloquio de Queltehue había emocionado.
—No me dé las gracias. Entre hombres no vale la pena.
Al terminar la comida un joven indio se presentó en la puerta.
—¿Qué quieres, Cheucán? —interrogó Uóltel.

—Tengo orden de Sasiulp para conducir a los extranjeros a su presencia.
—¿Sasiulp desea conocer a los extranjeros?
—Así lo ha dicho.
—Pero en este momento no hay más que tres, Cheucán. —Irán los tres, Uóltel; después pueden ir los demás.
—Bueno, espérate un momento —contestó Uóltel, y en seguida, dirigiéndose a los amigos, agregó—: La suerte está de nuestro lado. Yendo ustedes solos, preparados a favor nuestro, pueden convencerla, sobre todo ahora, que, según dicen, está un poco arrepentida de marcharse.
—Bueno; haremos lo posible, aunque me hubiera gustado hablar con mis compañeros —dijo Enrique.
—A la vuelta hablarás con ellos.
Terminaron de comer y Uóltel llamó a Cheucán.
—Aquí están los extranjeros. Llévalos.
—Seguidme.
—Hasta luego.
—Hasta luego.
—¿No quieres venir, Queltehue?
—No; prefiero quedarme conversando con estas indiecitas. Además, yo ya no soy extranjero. Soy césar. Pero si me necesitan, estoy aquí.
Una vez en la calle, Enrique ordenó a Cheucán que marchase delante. Cuando el mozo se hubo adelantado, dijo a Onaisín:
—¿Qué piensas de lo que pasa?
—Todavía no ha pasado nada, Enrique.
—Sí, pero yo sospecho que nos vamos a ver envueltos en algo' grave. Esa llamada de los césares blancos a nuestros

compañeros me da que pensar; creo que tratan de ponerlos de su parte. Si esto sucediera, estaríamos divididos y eso no me gusta.
—Ya que ellos obran por su parte, ¿por qué no podemos hacer nosotros lo mismo? Además, el viejo Smith no tomará ninguna resolución sin consultarte.
—Sí, tengo confianza en él hasta cierto punto. Pero quién sabe lo que los césares blancos pueden ofrecerle! Tal vez le impidan volver a hablar con nosotros.
—No, eso no lo creo.
—Quién sabe, Onaisín; hay aquí mucho oro y Smith ya está viejo y es pobre.
Cheucán marchaba en silencio. Las calles estaban desiertas. Se—Irán los tres, Uóltel; después pueden ir los demás.
—Bueno, espérate un momento —contestó Uóltel, y en seguida, dirigiéndose a los amigos, agregó—: La suerte está de nuestro lado. Yendo ustedes solos, preparados a favor nuestro, pueden convencerla, sobre todo ahora, que, según dicen, está un poco arrepentida de marcharse.
—Bueno; haremos lo posible, aunque me hubiera gustado hablar con mis compañeros —dijo Enrique.
—A la vuelta hablarás con ellos.
Terminaron de comer y Uóltel llamó a Cheucán.
—Aquí están los extranjeros. Llévalos.
—Seguidme.
—Hasta luego.
—Hasta luego.
—¿No quieres venir, Queltehue?

—No; prefiero quedarme conversando con estas indiecitas. Además, yo ya no soy extranjero. Soy césar. Pero si me necesitan, estoy aquí.

Una vez en la calle, Enrique ordenó a Cheucán que marchase delante. Cuando el mozo se hubo adelantado, dijo a Onaisín:

—¿Qué piensas de lo que pasa?

—Todavía no ha pasado nada, Enrique.

—Sí, pero yo sospecho que nos vamos a ver envueltos en algo' grave. Esa llamada de los césares blancos a nuestros compañeros me da que pensar; creo que tratan de ponerlos de su parte. Si esto sucediera, estaríamos divididos y eso no me gusta.

—Ya que ellos obran por su parte, ¿por qué no podemos hacer nosotros lo mismo? Además, el viejo Smith no tomará ninguna resolución sin consultarte.

—Sí, tengo confianza en él hasta cierto punto. Pero quién sabe lo que los césares blancos pueden ofrecerle! Tal vez le impidan volver a hablar con nosotros.

—No, eso no lo creo.

—Quién sabe, Onaisín; hay aquí mucho oro y Smith ya está viejo y es pobre.

Cheucán marchaba en silencio. Las calles estaban desiertas. Se encontraron por fin en una especie de plaza, frente a la cual se alzaba una casa blanca, de dos pisos. Llegaron ante la puerta y Cheucán dio tres golpes con la lanza.

—Adelante —dijo una voz femenina.

Penetraron en un corredor obscuro. Al fondo, una luz velada daba un resplandor muy suave.

Cheucán avanzó seguido de los dos hombres. En la mitad del corredor se detuvo.

—Aquí es.

Llamó. La puerta se abrió lentamente, y entraron, encontrándose en una sala amplia, alta, adornada con relieves en oro, esteras, pie. les. Una mujer morena los esperaba.

—Adelante —dijo.

Indicó asiento a los dos hombres y desapareció tras una cortina.

—Sasiulp -—murmuró Enrique—. Tengo ya interés en conocerla. ¿Qué clase de mujer será?

—Dicen que es muy bonita.

Todo estaba en silencio en la casa. Ni pasos, ni voces, ni ruidos.

14
Sasiulp

SE ABRIÓ la cortina, y apareció la mujer que los había recibido. Un momento después, otra mujer se presentó. Los dos amigos, presintiendo que aquélla era la esperada Sasiulp, se levantaron. La mujer avanzó. Ellos también, deteniéndose a unos pasos de distancia. La mujer sonreía. Era joven, veintitrés a veinticuatro años, pequeña de cuerpo y de graciosas líneas. El color de su piel era de un blanco tostado; el rostro redondo, claro, lleno; la frente -baja, los ojos muy grandes y pardos, con un suave reflejo negro; la nariz un poco ancha, los labios gruesos.

No se veía en ella la belleza de que hablaban. Sin embargo, su persona irradiaba cierto encanto.

—Extranjeros —dijo con una voz un poquillo ronca—. Sed bien venidos a la casa de María García de Onares, o Sasiulp, corno se me llama.

—Señora —repuso Enrique, carraspeando un poco—, dispense nos que no recibamos su presencia como usted lo merece y dispénsenos también que no hayamos venido antes a saludarla. No ha sido culpa nuestra.

Onaisín miró extrañado a Enrique. No esperaba una introducción semejante.

—Muchas gracias. ¿Y sus demás compañeros?

—Han sido llamados por los césares blancos.

—Sí; malos días se anuncian para mi tierra. Ustedes ya deben. saberlo.
—Así es.
Hubo un silencio. El rostro de Sasiulp perdía la claridad del primer momento.
—Yo he tenido la culpa —dijo-———. Presté oído a las palabras de un extranjero que me habló de otras tierras y me ponderó el valor de la riqueza, halagando mi vanidad de mujer joven y haciéndome concebir la idea de una vida fastuosa. Todavía no sé qué es lo que hay de cierto en esas palabras. Mi conocimiento del mundo es reducido. Sin embargo, algo presiento. Espero que ustedes, hablando con franqueza y dejando a un lado la simpatía que tengan por los césares negros o blancos, y aún la que yo les pueda inspirar, me hagan ver la conveniencia o no de abandonar la tierra de mis padres. Soy una mujer y estoy abandonada de todos. Los césares blancos sólo piensan en sí y los negros hacen lo mismo, olvidándose de mí. Parece que mi calidad de mujer les impide tomarme en cuenta... Hablen.
—¿Qué podemos decir a usted? —contestó Enrique—. Siempre nos parece mejor lo que hay más allá de las fronteras de nuestro país. Pero el caso suyo es distinto. Usted aquí lo tiene todo, es joven y rica. ¿Qué iría a buscar a otra parte? De todos los seres que viven fuera de este país, la mayoría suspira por llevar una vida como la que ustedes llevan. Mírenos a nosotros, aventureros, buscadores de oro, cazadores de lobos, empujados por la vida de acá para allá. Nuestra ambición, y la de esa mayoría de que le hablo, es poseer algún día lo suficiente para terminar plácidamente los últimos días. Si tuviéramos

ya eso, ¿ cree usted que andaríamos rodando la tierra? Seguramente, no. Además, hay que tomar en cuenta a los césares negros. La ausencia de ustedes es la muerte para ellos.
—Si, yo lo entiendo muy bien —dijo Sasiulp—. Pero quedan los césares blancos. ¿Qué influencia tengo yo sobre ellos? Mi autoridad es ficticia. Cuando quieran irse prescindirán de mí y yo no podré oponerme. Para hacerlo tendría que ponerme al frente de los césares negros, y no me encuentro capaz de ello. ¿ Qué hacer? Hace mucho tiempo que pienso en esta situación y no se me ocurre nada. Los blancos no me oyen y los negros no tienen confianza en mí.
—Yo creo que la violencia es lo único que puede resolver esto —repuso Enrique—. No hay duda de que es desagradable llegar a ella, pero no veo otro modo. Ya las palabras parecen inútiles.
—¿Y tú, extranjero, no dices nada? —preguntó Sasiulp a Onaisín.

—Creo, como Enrique, que sólo los lanzazos resolverán este asunto —contestó lacónicamente el fueguino—. Y cuanto antes, mejor.
—Sí, eso es muy fácil decirlo. Pero ¿ y yo? ¿Ha pensado alguien en mi situación? Abandonada en medio de la pelea, quedaré expuesta a la violencia y a las amarguras de esta lucha. Dios mío! Y esto en un país de hombres que hasta hace poco se consideraban valientes y nobles...
La voz de Sasiulp temblaba en la garganta y el llanto parecía querer brotar de sus ojos. Enrique y Onaisín, sin

saber qué decir, miraban al suelo, avergonzados. Indudablemente, la situación de aquella mujer era penosa y causaba piedad. Por fin, Enrique se levantó y dijo:

—Ni los césares blancos ni los negros necesitan de nosotros. Además, nuestra calidad de extranjeros nos impide mezclarnos de una manera directa en el asunto. Ellos se arreglarán como puedan; son hombres y saben a lo que se exponen. Usted es la que realmente necesita de nuestro amparo. Aquí estamos. Disponga usted.

Sasiulp se levantó, sorprendida por la repentina decisión de Enrique. —¿Usted me ofrece su amparo? —preguntó, casi llorando.

—Sí, señora.

—¿Y tú, extranjero, qué dices? —preguntó a Onaisín.

—Responda usted si acepta.

—Acepto.

—Muy bien; no hay más que hablar. Es necesario ahora decidir un plan.

—Digan ustedes.

—Llame usted a Cheucán.

Sasiulp agitó tres veces una campanilla y el joven césar negro se presentó inmediatamente.

—¿Llamabas, Sasiulp?

—Sí; ponte a las órdenes de este extranjero.

—Escucha —dijo Onaisín—. Anda a ver a UólteI y le dices de mi parte que hemos resuelto defender a Sasiulp y no intervenir para nada en el asunto con los césares blancos. Que me mande las carabinas que tiene en su poder. Dile que las usaremos únicamente contra aquellos que intenten ofender a Sasiulp. Apúrate.

Cheucán salió corriendo.
—Ahora —dijo Enrique— que ya 'hemos decidido esto, es necesario que tú te quedes aquí mientras yo voy a hablar con Smith. Te dejaré a Indio, que vale tanto como un hombre. Esperemos.

15
La tempestad en la noche

MEDIA HORA después regresó Cheucán con tres carabinas y sus cartucheras.
—Aquí está lo pedido. Uóltel espera fuera. Quiere hablar con ustedes.
—Dile que pase —ordenó Sasiulp—. Y vuelve tú también

—Buenas noches, Sasiulp —saludó Uóltel al entrar—. Traigo malas noticias para todos.
—Habla.
—Los blancos han convencido a los otros extranjeros para que les acompañen en su viaje. En este momento están con ellos. Por Otra parte, Diego Rodríguez ha huido de donde lo teníamos encerrado. No sería raro que al amanecer la Ciudad de los Césares perdiera su tranquilidad de siglos. Los césares negros estamos listos;
—Me extraña —dijo Enrique—. Smith y Hernández parecen haberse olvidado de nosotros. —Los césares blancos les han ofrecido grandes riquezas y les han dicho que ustedes no tomarán parte a favor de ninguno de los do, bandos.
—Esto es cierto; pero, de todos modos, deberían haber hablado con nosotros... Es indispensable que yo los vea.
—Es mejor que no salga —le advirtió UóItel—. Los césares Mancos conocen ya sus simpatías por los negros.
—No se atreverán.
—Quiero ir, a pesar de todo —repuso Enrique—. Smith no puede separarme de mí de esta manera... Dame mi carabina, Onaisín, y quédate aquí hasta que yo vuelva. Si me pasa algo, procura hablar con el viejo; si no puedes hacerlo, haz lo que creas conveniente. Adiós.
Iba a salir, pero Sasiulp lo detuvo.
—No olvides que has prometido ampararme —le dijo—. Si sales y te sucede algo, no podré contar contigo.
—Es necesario que vea a mis camaradas —dijo Enrique—. Por lo menos a Smith, que es como mi padre; puede que logre evitar la lucha. No sé si me sucederá algo. Es

posible; pero este hombre y este perro velarán por ti hasta morir. Vamos, Uóltel.
—Anda tú también, Cheucán —ordenó Sasiulp—, y no lo abandones.
La voz de la mujer temblaba. Salieron los tres hombres. La noche era obscura. Onaisín se quedó con Sasiulp y el perro.
—¿Cómo se llama el perro? —interrogó ella, disimulando su emoción.
—Indio. Llámelo. Es muy manso.
—Indio —exclamó María—. Ven aquí.
Indio, que dormitaba, despertó; pero como la voz no le era familiar, me detuvo, mirando a Onaisín.
—Anda, Indio —le dijo el ona.
Avanzó el perro hacia ella y me quedó mirándola; María extendió la mano con ademán cariñoso y el animal posó la cabeza sobre la falda de la mujer.
—Seremos amigos, Indio, ¿verdad?
El animal levantó la cabeza, parpadeando, y su lengua acarició la suave mano de Sasiulp. En este momento se oyeron pasos en el corredor. Un instante después entró Cheucán.
—¿Qué pasa, Cheucán?
—Los césares blancos han detenido al extranjero —anuncio.
Onaisín tomó su carabina y el perro se separó de Sasiulp.
—¿Y no le has defendido?
—Eran muchos y se echaron sobre nosotros repentinamente. El extranjero mató a uno.
—¿Y Uóltel?

—Se había separado ya de nosotros.
Onaisín sintió que una llama le subía hasta las mejillas. Había llegado el momento.
—Bien —dijo—. ¿Conque ésas tenemos? ¡Que se guarden los césares blancos!... Cheucán, vamos en busca de los césares negros.
—¡Pero cómo! ¿Tú también me abandonas? —preguntó Sasiulp.
—No tengas cuidado, Sasiulp. Volveré con una guardia de cesares negros que defenderán tu casa y te dejaré el perro en el corredor. Nadie entrará si tú no quieres que entre. Con sólo decirle: ¡Cuidado, Indio!, arremeterá contra cualquiera. Ven, Cheucán; mira, toma una de las carabinas. Es muy sencillo. ¿Ves?...
Y enseñó rápidamente al joven césar el manejó del arma.
—Vamos, vamos..., aprisa. Indio, ven acá.
Este, que al oír los gritos de Onaisín comprendió que algo grave pasaba, salió ladrando tras su amo.
—Este corredor debe quedar obscuro. ¡Quédate, Indio, y cuida. do con dejar entrar a nadie! Guíame a la casa de los césares negros cheucan corriendo... . .

Salieron. Las calles estaban obscuras y aparentemente desiertas. Cheucán iba adelante y Onaisín lo seguía como un perro de presa. A poco de andar, Cheucán, que era hombre habituado a la obscuridad de su ciudad, se detuvo.

—Extranjero —dijo——, ahí están los césares blancos. —Bien. Déjame ir adelante ahora. Sígueme, y cuando yo te diga, dispara tu arma hacia la izquierda.

Tomó Onaisín la delantera. Cuando estuvo a unos veinte pasos del grupo de hombres que parecían querer cerrarle el paso, gritó:

¡ Ahora, Cheucán!

Disparó su arma hacia la derecha, al tiempo que Cheucán hacía lo mismo hacia la izquierda. Asustado por aquellos disparos, el montón de hombres se desperdigó, y Onaisín, colgándose al hombro la carabina, gritó:

—¡Adelante, corriendo!

Y desenvainando su machete y gritando como un condenado, cargó contra los hombres. Tres o cuatro intentaron detenerlos, y los que no cayeron heridos por el arma, fueron derribados por el tremendo ariete que formaban Onaisín y Cheucán corriendo a toda velocidad.

—No te detengas, sígueme, Cheucán!

Y alzando la voz gritó a pulmón lleno:

—¡Guerra a los césares blancos! ¡Vamos, arriba, césares negros!

Y mientras disparaba su carabina, repetía este grito a través de las calles. Se abrieron algunas puertas y pronto se oyeron gritos semejantes. En tropel confuso aparecían los hombres en las calles, y aturdidos por los gritos y las desusadas detonaciones miraban pasar a aquellos dos seres que parecían poseídos.

—A la derecha, extranjero. Ya hemos llegado —gritó Cheucán. El joven césar estaba entusiasmado. Seguido de Onaisín atravesó el grupo de hombres que guardaba la

puerta del Consejo y se detuvo ante la sala. Pero el fueguino, sin aminorar su carrera, en una mano el machete y en la otra la carabina, con el rostro bañado en sudor, cayó como una bomba en medio de la reunión.

—¿Qué pasa, extranjero? —interrogó Uóltel, alarmado.

El indio no estaba para dar explicaciones. Saltando al centro de la sala e irguiéndose cuan alto era, gritó:

—¡Guerra contra los césares blancos!

—Cálmate, Onaisín —intervino Río Negro.

—No puedo, no puedo —gritó el indio—. ¡Quiero pelear, hermanos quiero pelear. Parecía transformado. Preguntaron a Cheucán lo sucedido y éste explicó lo que pasaba. Entretanto, Uóltel cogió de un brazo a Onaisín e intentó calmarlo.

—Di qué quieres.

—Dame veinte hombres, nada más que veinte hombres, fuertes

y bien armados, y lo encontraré aunque tenga que echar abajo la Ciudad de los Césares. Manda también una guardia a casa de Sasiulp; ya no se irá. Ayúdame a buscar a mi camarada y pelearé a tu lado aun en contra de mis amigos. Sol de Plata intervino:

—Cálmate, Onaisín. Uóltel te acompañará y buscará a tu camarada. Eres de los nuestros y debemos ayudarte. Ve.

Onaisín estrechó con fuerza su mano.

—Sol de Plata —le dijo—, cuando haya encontrado a mi camarada, volveré, y sabrás lo que vale el agradecimiento de Onaisín.

—Sígueme —le dijo Uóltel.

Reunió veinte hombres y mandó otros diez a casa de Sasiulp Cheucán fue con ellos. Era necesario informar a su ama de la situación. Acompañado de Uóltel y de sus hombres, Onaisín empezó la busca de Enrique. Varias casas fueron registradas, aunque inútilmente. No encontraron huella ni rastro alguno del desaparecido. Ya muy avanzada la noche, el fueguino, casi desesperanzado, alcanzó hasta la casa que habitaban. No había allí sino el hombre de bs diarios, que leía la Biblia, y Queltehue, que dormía plácidamente. Despertado e interrogado por Onaisín, el cocinero dijo no tener noticias de Enrique.

—Levántate para que me ayudes a buscarlo.

Entre rezongos empezó a vestirse.

—¿De manera que hay bolina? ¡ Qué lástima! Yo que pensaba pasarlo tan bien aquí... ¿ Por qué diablos pelean? ¡Qué tontos! Tienen de todo y se quieren ir. ¿Qué queda entonces para los que no tienen nada?... Bueno, y nosotros, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a buscar a Enrique, ¿no entiendes? Y una vez que lo encontremos, pelearemos contra los césares blancos.

—¿Contra los césares blancos? ¡ Pero si no tienen más que lanzas y sables! Tú y yo, con nuestras carabinas, somos capaces contra ellos.

—Bueno, apúrate, y no hables tanto.

—Ya voy, hombre, ya voy... ¿Dónde demonios habré dejado mi sombrero?

—Lo tienes puesto.

—¡Bah, de veras! Estoy medio dormido. Vamos.

Atravesaron la ciudad. En casa de Sasiulp los diez hombres de Uóltel montaban la guardia. Nada había ocurrido allí. Sasiulp dormía.
—¡Está durmiendo! ¡ Qué bueno! —comentó Queltehue— . Mientras tres o cuatro mil hombres se preparan para darse con lo más duro que encuentren a mano, ella duerme... Oye, ¿qué es eso?
Queltehue había oído el ladrido de Indio.
—¿Está Indio aquí?
—Si, ha hecho guardia toda la noche.
—Sácalo, tengo ganas de verlo... ¡ Onaisín, se me ocurre una cosa! ¿Y si hiciéramos buscar a Enrique por el perro?
—Queltehue, has tenido una gran idea. Vamos a ver si Indio tiene más suerte que nosotros.
El perro salió saltando y ladrando.
—Pero —agregó Onaisín— a mí se me ha ocurrido también otra cosa.
—Veamos.
—Me dijo Enrique al marcharse que si le pasaba algo, me pusiera al habla con Smith. Es lo que voy a hacer.
—¿Y dónde lo vas a encontrar?
—Uóltel debe saber dónde estarán ya los césares blancos... Tú, quédate con el perro y con Cheucán, que conoce todo el pueblo.
—Me parece bien.
—Bueno... ¡ Anda, Indio, anda, busca a tu amo, busca a Enrique, busca a Enrique! —gritó Onaisín al perro.
El animal comprendió inmediatamente. Corrió un trecho con la nariz pegada al suelo, olfateando, y se detuvo.

Volvió luego hacia el punto de partida. No encontraba el rastro y volvió a partir gimiendo.

16
En busca de Enrique

—¡INDIO! —gritó Queltehue, al ver que el perro se alejaba demasiado—. Ven acá.

Obedeció el animal, y el cocinero, sacando de entre sus ropas un cáñamo que le servía de cinturón, se lo puso como cadena.

—Así vamos más seguros. Si lo dejamos suelto, en cuanto encuentre el rastro echará a correr y no lo alcanzaremos aunque nos pongamos ñatos corriendo.

—Pero esa amarra la cortará al primer tirón —observó Cheucán

—No crea. Aunque sólo fuera amarrado con un pelo, no se arrancaría. ¡ Es mucho perro este perro, señor Yo creo que si hablara no sería más inteligente.

Al principio Indio no encontró rastro alguno. La calle por donde marchaban era la más transitada del pueblo y no era fácil que las huellas de un hombre permanecieran mucho tiempo en estado de encontrarlas al primer esfuerzo. Resoplaba el animal, husmeando, y cruzaba la calle de una acera a otra. Se paraba, y dando vuela la hermosa cabeza, miraba a Queltehue; pero el cocinero, encogiéndose de hombros, le decía:

—¿ Qué me miras? Yo no lo tengo. Tú eres el que debe encontrarlo Busca, no seas flojo.

Y el perro, como si comprendiera, reanudaba sus afanes.

—No encontraremos nada por aquí —objetó Cheucán.

—Déjelo que busque, no más. Así se va animando.

—Seguramente dará con el rastro- cuando lleguemos al sitio don de fuimos sorprendidos por los blancos.

Las voces de Queltehue y de Cheucán, junto con los ladridos y gemidos del animal, hicieron que se abrieran varias puertas, por donde asomaron temerosas algunas mujeres; y la presencia de Cheucán las tranquilizó. Algunos niños indígenas salieron a la calle y siguieron a los buscadores.

—Ya tenemos ayudantes —observó Queltehue—. Pero aquí no se ve un hombre ni para pegarle.

—Los césares blancos han salido del pueblo con sus mujeres y niños; los negros marchan ya hacia la salida del valle.

—El estrellón va a ser grande.

—Ya hemos llegado.

—Aquí hay un hombre en el suelo —advirtió el cocinero.

Al verlo, sintió que el corazón le daba un vuelco: el hombre vestía ropas de extranjero. ¿Sería alguno de sus camaradas? Se inclinó. Un hombre blanco yacía allí, muerto.

—¿Quién es éste? —preguntó a Cheucán.

El joven césar se irguió asustado.

—¡El extranjero!

—¿Qué extranjero?

—Diego Rodríguez.

—¿El?

—Sí.

Queltehue lo examinó. El hombre tenía un balazo en el pecho.

—Pues ya encontró lo que buscaba —murmuró, irguiéndose—. Vamos, Indio, busca.

La tierra aparecía removida y se vejan aquí y allá manchas de sangre, así como innumerables huellas de pies desnudos y calzados

Entre todas se destacaba nítidamente el talón claveteado de las botas de Enrique. El perro gimió de placer.

—Las pisadas se dirigen hacia aquel lado. ¡ Indio, acá!

Movió el animal la cola y ladró repetidas veces. Poco a poco avanzó hacia el lado sur del pueblo. Parecía marchar sobre seguro. y aunque en un gran trecho, debido a las piedras y a la tierra demasiado dura, los rastros se perdieron, el perro no se detuvo. Lo guiaba ahora el olfato. Reaparecieron en la tierra suelta las huellas de las botas claveteadas de Enrique.

—¿Dónde lo tendrán? —se preguntó Queltehue.

—Es raro —repuso Cheucán—. Hacia aquel lado no viven los blancos ni hay casa segura para guardar a un hombre como el extranjero.
Indio empezó a ladrar muy fuerte y pretendió correr. Queltehue sujetó.
—Despacio, Indio. Si está por aquí, lo encontraremos. No te arrebates.
Avanzaba el animal rápidamente y Queltehue, llevado por el tirón, daba grandes zancadas tras él. De pronto el rastro se perdió en un pavimento de piedra. El perro se detuvo.
—¡ Busca a Enrique, busca a Enrique! —lo animó Queltehue. Pero el perro se sentó y levantando la cabeza empezó a ladrar y a gemir. Parecía sentir la proximidad del que buscaba.
—Ladra hacia la iglesia —observó Cheucán.
——¿Qué iglesia? —preguntó, sorprendido, el cocinero, que no veía ningún edificio que tuviera trazas de templo.
—Esa —le indicó el césar.
—¿Eso es una iglesia?
—Claro. ¿No ve usted la campana?
—De veras.
A la luz del amanecer vio Queltehue un edificio rústico, de anchas puertas, blanco. Sobre su tejado, colgada de fuertes maderos, brillaba una campana. Queltehue supuso que ésa sería la campana de oro de que había hablado el viejo Smith, y su espíritu de coleccionista, casi apagado ya por el espíritu doméstico que lo había dominado durante y después de la comida, revivió. Pero no era ése el momento de pensar en robarse una campana. Tiempo tendría.
—¿Estará allí el extranjero? —preguntó Cheucán.

—Me corto un brazo si no está. ¿Dónde se puede guardar a un hombre con más seguridad que en una iglesia? Vamos allá.

Atravesaron la plazoleta que separaba la iglesia de la última calle del pueblo y se detuvieron ante la puerta central. Indio no buscó ya mas. Se agazapó junto a la puerta y husmeó ruidosamente hacia adentro.

—Aquí está —dijo Queltehues.—. Vamos a disparar un tiro para anunciarnos.

Disparó su carabina.

—Dios me perdone la bulla que estoy metiendo en su casa —agregó, dando un fuerte culatazo en la puerta—. ¡Enrique! —gritó después de un momento de espera.

Nadie respondió.

—Estoy haciendo tonterías. Esta puerta está cerrada por dentro. ¿ No habrá otra entrada?

—Sí, a la vuelta.

—Vamos allá. Camina, Indio.

Pero el perro no quería moverse de allí y Queltehue tuvo que recurrir a todas sus palabras de cariño para hacerlo andar. Al otro lado de la iglesia encontraron la puerta abierta y entraron.

El templo estaba elevado sobre una base de piedras canteadas, con paredes sin enlucir ni pintar. Nada de vitrales ni de arcos; su único ornamento era su desnudez. Todo estaba en silencio.

Estuvieron varío. segundos mirando a su alrededor. En el Centro, al fondo de la sala, había un altar y sobre él se elevaba una cruz con una imagen.

—Bueno, busquemos a Enrique —murmuró Queltehue—. ¿Dónde estará? No me atrevo a gritar.
—No hay necesidad. Venga usted. Hay aquí una sola pieza; allí se guardan las reliquias de los dos religiosos que venían con los fundadores. Aquí es.
Era una puerta pequeña. Golpearon. Un golpe sordo les contestó.
—Sí, aquí está.
El perro ladró fuertemente
Cállate, perro —murmuró el cocinero.
Sacaron un palo que sujetado por dos trozos de madera servia de tranca, y abrieron. En un rincón, atado de pies y manos y con una mordaza, yacía Enrique Stewart. Lo desataron y se incorporó rápidamente.
—¿Y Onaisín?
—Fue a entrevistarse con Smith.
—¿Y Sasiulp?
—En su casa, durmiendo.
—Vamos pronto, temo que le suceda algo. He oído a los blancos que querían llevarse las riquezas que ella tiene en su poder Dicen que son de ellos.
—¿No está herido?
—Golpes, no mas.
Un rato después llegaron a casa de Sasiulp, donde
Queltehue
fue puesto de guardia a la puerta.

17
Frente a frente

HACIA LA medianoche la ciudad manifestó desusada vida. Los césares blancos, que querían alcanzar el día cerca del límite oriental del pueblo, empezaron a moverse en masas. Se vaciaron las casas y una primera columna de gente se deslizó por las calles. Iban los hombres y las mujeres a caballo. Numerosas carretas se intercalaban en la columna, llenas algunas de niños dormidos y de ancianos que no pudiendo dormir conversaban .en voz baja, y otras que portaban víveres y ropas. Varias llevaban las riquezas que los impulsaban a abandonar la ciudad.

Esta era la vanguardia; detrás partieron los hombres jóvenes, armados. Sólo quedaron en el pueblo algunos escuadrones volantes que vigilaban los movimientos de los césares negros, y la mayoría de los jefes. Después partieron éstos también. Se vio entre ellos a Smith y a Hernández muy silencioso el segundo, preocupado el primero. La muerte de diego Rodríguez había hecho crecer la importancia de Smith, que fue mirado en seguida como el jefe o guía de la expedición.

Los jefes blancos, que en un principio miraron la aventura con ánimo deportivo, empezaban ahora a darse cuenta de

la responsabilidad que se echaban encima. No conocían el camino y no sabían tampoco qué harían cuando llegaran a orillas del mar. Por eso sus cabezas se volvían hacia el viejo cazador de lobos, el cual, por su parte, indiferente a la aventura de los blancos, sólo miraba en aquello su negocio. El sacaría su parte; los de atrás arrearían, si es que podían arrear. Pero era tarde para retroceder y aunque muchos blancos abandonaron la empresa y se quedaron en la ciudad, la mayoría, azuzados unos por la codicia, otros por el temor y estotros por el espíritu de raza, obedecieron la orden y partieron. Se arrepentían ahora los blancos de haber dejado siempre en manos de los negros el. cuidado de vigilar las fronteras de la ciudad y de recorrer los territorios cercanos a ella. Los césares negros habían llegado muchas veces, por el lado oriental, basta el mar. No había peligro en ello, pues quien los viera los tomaría por lo que eran, por indios, cosa que no llamaría mucho la atención; no habría sucedido lo mismo con los blancos. Gracias a esto se encontraban como se encontraban, sin saber con certeza hacia dónde iban y por dónde irían. Aunque Smith no conocía el camino, la empresa
él era más sencilla: le bastaría salir de la cordillera para saber hacia dónde debían ir.

Poco después, y por otro camino, partieron los negros. Montados y armados de lanzas, mazas y boleadoras, con Río Negro a la cabeza, los guerreros de la Ciudad de los Césares, sin más abrigo que sus chaquetas de cuero de guanaco y sus entrepiernas de ágiles, iban a la pelea con confianza y con ardor.

Cuando Uóltel. y Onaisín quedaron. solos frente a la casa Sasiulp, el primero dijo:
—Ahora déjame tomar el mando. Los diez hombres marcharán con nosotros; aquí no hay necesidad de guardia. Tomaremos balos y nos iremos a la entrada del valle. Y pronto; no lleguemos tarde.
—Pero Sasiulp quedarme sola.

—No importa. Los blancos han abandonado la ciudad y los negros también. Los negros que quedan no atacarán la casa de Sasiulp. Para ellos es casi sagrada. Además, si Queltehue y Cheucán vuelven con el perro, se quedarán aquí, según lo ordenaste.
Trajeron caballos y los doce hombres montaron, alejándose rápidamente.
—Tomaremos el camino de la montaña; así no nos encontraremos con los blancos.
Salieron del pueblo y se dirigieron hacia la montaña por un camino que ascendía. La marcha fue lenta en la noche. El amanecer los encontró aún lejos del sitio en que blancos y negros se enfrentarían. Por fin, al dar vuelta un recodo, Uóltel dijo:
—Mira: allá van los césares blancos.
En efecto, abajo, en el centro del valle, avanzaban los blancos.
—Son como dos mil, entre hombres, mujeres y niños; unos a caballo, otros a pie, otros en carretas. Mira ahora más adelanté, hacia arriba, y verás a los césares negros.

Donde el valle adelgazaba su cintura para poder pasar entre dos altos cerros, los césares negros, montados, esperaban. Brillaban al sol de la mañana las hojas de las lanzas, y los cuerpos desnudos,' bronceados, tenían apariencias de estatuas vivas.

—Vamos, pronto; dentro de una hora estarán los césares blancos frente a frente de los negros.

Volvieron a galopar; a medida que avanzaban distinguían más claramente a los blancos. Marchaban formando un cuadro dentro del cual iban las mujeres y las carretas con niños; los hombres, montados, formaban en las orillas, y adelante, a la vanguardia, se veía una cuádruple hilera de hombres.

Onaisín procuró localizar a Smith y a Hernández, pero a pesar de su vista de indio no pudo, entre aquel montón humano, distinguir a sus compañeros.

"¿Llevarán a Enrique?", se preguntó.

Pero no lo creía. No podía suponer que Enrique fuera prisionero de unos hombres que llevaban a Smith como guía. El viejo podía ser ambicioso, pero no era desleal. Posiblemente Enrique había quedado secuestrado en la ciudad sin que Smith lo supiera. Esa era la esperanza de Onaisín; estaba convencido de que el viejo aventurero, al saber lo ocurrido al hijo de su camarada Sam Cocktail pediría explicaciones a los césares blancos y tal vez se volviera contra ellos si Enrique había sufrido algún daño. De esta manera quizás se lograría evitar la batalla... Pero lo importante era encontrarse en el momento que se produjera el contacto entre las dos fuerzas.

Dejaron atrás a los césares blancos y poco a poco se fueron acercando a los negros. El camino empezó a descender en dirección a la entrada del valle y media hora después los doce hombres des filaban al galope frente a los césares negros. En el centro estaban los jefes y en medio de ellos el imponente Sol de Plata.

—¡Hola, extranjero! ¿Has encontrado a tu camarada?

—No, Sol de Plata, pero no pierdo la esperanza. ¿Qué piensan. hacer ustedes?

—Cuando los blancos estén a un tiro de flecha, iremos a paría. mentar con ellos, rogándoles que desistan de su viaje. Si no aceptan, nos echaremos encima inmediatamente.

—Déjame ir contigo. Quiero hablar con mis amigos.

—Puedes venir.

Pronto empezó a distinguirse el grupo compacto que formaban los césares blancos. Una nube de polvo los precedía. Avanzaban al paso de los caballos, sin prisa, como quien sabe que el camino es largo y fatigoso.

Cuando estuvieron a la distancia deseada, Sol de Plata dio la orden de avanzar, y treinta robustos mocetones, armados de lanzas y mazas, con Río Negro a la cabeza, salieron de las filas y se pusieron a su lado. Onaisín formó entre ellos. El pelotón se puso en marcha al trote y en pocos minutos se encontró a pocos pasos de los blancos.

18
Habla Sol de Plata

SOL DE PLATA se adelantó solo y levantando un brazo exclamó:

—¡Césares blancos, oídme!

Los césares blancos se detuvieron. Onaisín los miró con curiosidad. Al frente marchaban los hombres jóvenes y los mozos, todos altos, fuertes, casi tan bronceados como los césares negros, hermosos ejemplares de hombres.

Un hombre se adelantó. Era el que habló a loa extranjeros, el segundo día de la llegada de éstos.

—¿Qué quieres, Sol de Plata? Habla pronto; tenemos prisa.
—Por mucha prisa que tengas, Felipe García, no irás muy lejos. Quiero hablarte en nombre de los míos y también de los tuyos, porque aunque tú olvides a las mujeres y a los niños, exponiéndolos a la violencia de una lucha, nosotros no. Por última vez los césares negros ruegan a los blancos desistan de su propósito de abandonar esta tierra. Piensen en nuestros padres, en los fundadores de esta ciudad, que con tanto amor procuraron enriquecer; en los sacrificios que ha costado levantarla y defenderla contra las invasiones de los indios bravos; en el trabajo de tantos hombres a través de tantos años. Piensen en todo esto y en las consecuencias que puede traer una última. negativa. No ignoran que el abandono de la ciudad por parte de ustedes significa no sólo la muerte de la ciudad, sino, también, la nuestra, la muerte de los césares negros, que no quieren morir. Medítenlo bien.
—Ya lo hemos meditado, Sol de Plata —contestó don Felipe García—, y nuestra resolución está tomada. Nos iremos. Los cesares blancos nunca han prometido ni jurado. no abandonar la ciudad; por lo tanto, somos libres. Queremos irnos porque así nos place, y basta.
—¿Es ésta la última palabra de los césares blancos? —preguntó Sol de Plata.
—Lo es —respondió el jefe blanco.
—No contestes tú en nombre de todos —gritó violentamente Río Negro—. Detrás de ti hay mujeres y niños; vuélvete y pregúntales si tienes derecho a exponerlos a la muerte; hay hombres jóvenes y ancianos

que aman esta tierra y que desearían quedarse en ella. ¿Tienes tú derecho a hablar en nombre de ellos? ¿Desde cuándo? No ignoramos nosotros que tu riqueza es una de las más grandes de la Ciudad de los Césares y que el deseo de ir a gozarla a otra parte es lo que te mueve en esta aventura. Pero no pasarás de aquí, ambicioso.

—¡Por Dios! —gritó exasperado el blanco-—. ¡Cállate, Río Negro, o no respondo de mi paciencia!

—¡Grita, Felipe García, y grita fuerte para que tu voz apague la mía; pero no olvides que tú serás el responsable de lo que ocurra! Y si en verdad amas a los seres de tu raza, ordena a las mujeres y a los niños que se aparten, pues en cuanto Sol de Plata levante su lanza nos echaremos como leones contra ustedes.

—Las mujeres y los niños no se moverán de su sitio. Si quieren atacarnos, lo tendrán que hacer contra ellos también.

—¡Ah, blanco astuto! ¿Crees haber encontrado un medio para detener a los césares negros? Te equivocas. Cargaremos contra todos.

En ese momento Onaisín gritó:

—¡Patrón Smith!

Había visto al lobero, tendido sobre su caballo, detrás de las primeras filas, apuntando con su carabina al bravo Sol de Plata. El aventurero, sorprendido de ser interpelado en forma tan familiar, levantó la cabeza y vio a Onaisín.

.—¡ Onaisín! —gritó, al mismo tiempo que rompiendo las filas avanzaba hacia el ona—. ¿Qué haces aquí?

Onaisín sintió que había llegado su hora.

—Quería hablar contigo —contestó— para preguntarte qué se ha hecho de tu antigua lealtad y desde cuándo peleas en las filas de los que son enemigos de tus amigos.
—¡Qué estás diciendo, indio del diablo, y cómo te atreves a hablarme en esa forma!
—¿Qué se hizo y dónde está el viejo Smith, famoso en la Tierra del Fuego, aquel viejo Smith tan querido de los buscadores de oro y de los loberos, que no abandonaba nunca a sus amigos y que estaba tres y cuatro días sin dormir y amarrado al timón, capeando lo. temporales del Cabo de Hornos, soportando la lluvia, la nieve y el hambre, sólo por salvar a los camaradas que habían quedado cazando en los roqueríos?
—¡Onaisín! Aquí estoy, mírame: soy el mismo de antes —gritó, frenético, Smith.
—Si eres el mismo de antes, dime dónde está Enrique Stewart, el cachorro de Sam Cocktail, a quien decías querer como a un hijo.
La mandíbula inferior del viejo se aflojó de pronto.
—¿Qué quieres decir, Onaisín? —preguntó trémulo ahora—. ¿te ha pasado algo a Enrique?
—Pregúntaselo a tus amigos, los césares blancos, que lo asaltaron en la calle y que después de herirlo lo han secuestrado, sin que nosotros hayamos podido encontrarlo.
La mandíbula se cerró como tirada por un resorte de acero, y el viejo Smith, a quien la noticia cogía desprevenido, ya que hasta ese momento había creído que Enrique estaba tranquilamente al lado de Sasiulp, según le habían dicho, lanzando un sollozo animal se lanzó contra don Felipe.

—¿Ustedes han herido y secuestrado a mi camarada Enrique?
Don Felipe lo miró sin responderle.
—¡Contéstame! —rugió Smith—. ¿Dónde está mi camarada?
—Encerrado en la iglesia.
—¿Y por qué lo encerraron?
—Porque su simpatía por los césares negros lo hacía peligroso para nosotros.
—Y me mentiste diciéndome que estaba sano y salvo... Voy a buscarlo y si no lo encuentro o lo encuentro muerto o malherido, volveré aquí mismo y te arrancaré la barba pelo por pelo. ¡ Vamos, Onaisín!
Y el bravo lobero, después de echar tres o cuatro terribles juramentos y de amenazar de muerte a todos los césares blancos, salió al galope, seguido del fueguino, camino de la ciudad. Don Felipe, viéndolo marcharse e incapaz de detenerlo, hizo un gesto de desesperación. La causa de los césares blancos se echaba a perder.
Cuando hubo corrido un buen trecho, Smith detuvo el caballo y miró hacia atrás.
—¿Qué harán ésos, indio, se matarán? -
—Los césares negros cargan contra los blancos —respondió Onaisín, de pie sobre la montura—. Veo a los jinetes negros avanzar al galope y a los blancos replegarse. El encontrón va a ser tremendo.
—Dejemos que se arreglen. Nosotros nos iremos tranquilamente por el otro lado de la ciudad.
—¿Y Hernández?

—Hernández va en el centro, cuidando a las mujeres y a los niños ¿A que no adivinas quién es ese diablo?
—No se me ocurre, pero algo raro debe ser.
—Es un fraile. Después te contaré. Apresurémonos.

19

¡Aquí está el viejo Smith!

CUANDO YA iban cerca de la ciudad, empezaron a oír detonaciones.
—Parece que disparan dentro de una casa —dijo Smith.
—¿ Estará peleando Enrique o será Queltehue?
—Ya vamos llegando.
—Vamos primero a casa de Sasiulp; en ella encontraremos noticias. Por aquí, patrón. ¿Oye? Siguen las detonaciones.
Cuando llegaron frente a la casa de Sasiulp, un espectáculo impresionante los sobrecogió. Sentado en el umbral de la puerta, la cabeza afirmada en las manos, con aire d cansancio y de abatimiento, se veía al cocinero de la expedición. Cerca de él, tendidos en el suelo, varios césares blancos parecían dormir.
—¡ Queltehue! —gritó Smith.

El llamado levantó la cabeza y un grito de sorpresa y de horror salió de los labios de sus camaradas. La cara de Queltehue era mancha roja, sangrienta, informe y su pecho y sus manos
estaban cubiertos de sangre. De entre aquel manchón de púrpura salió una voz que dijo:
—¿Quién llama? No veo; la sangre me ha dejado ciego.
—Somos nosotros, Smith y Onaisín.
— ¡Ustedes! ¡ Corran! Adentro está Enrique, con el perro y Cheucán defendiendo a Sasiulp de los césares blancos.
Dentro de la casa resonó una detonación y el ladrido de Indio, agudo y vibrante, llegó a los oídos de los amigos.
—Vamos, indio. ¿Tienes tu carabina?
—Y mi machete, patrón Smith.
Entraron a la casa, y ya en el corredor, encendido en bríos, Smith gritó:
—¡Animo, Enrique, aquí está el viejo Smith! Nadie respondió.
—Lástima perder un grito tan lindo —murmuró irónicamente el lobero.
Sin duda con el estruendo y el entusiasmo de la lucha, los hombres no habían percibido su llamada. Avanzaron, abrieron violentamente las puertas que encontraron a su paso y gritaron. Nadie. Todo estaba en orden. -
—¿Dónde diablos están?
—Escuche, patrón, escuche.
Escucharon. Una voz que parecía salir de debajo de la tierra gritó:
—¡Abre, maldito extranjero, abre!

Nadie contestó a tan gentil invitación; pero un momento después una detonación retumbó y de nuevo el ladrido de Indio la acompañó con su grito agudo.
—Habrá sótano aquí? Vamos a buscar.
—Allá, al fondo del corredor, patrón, una escalera.
—Es cierto;.. Despacio, Onaisím, a ver si los pillamos de sorpresa.
Se acercaron en silencio y oyeron más claramente los gritos los golpes. Percibieron también las respiraciones jadeantes de vanos hombres. Un instante, parados en el primer peldaño de la escalera que descendía hacia un sótano, estuvieron escuchando. No se oía la voz de Enrique ni la de Sasiulp. Resonaron de nuevo las exclamaciones y las amenazas:
—¡ Abre, maldito, abre!
—¿Qué sacas con prolongar tu resistencia?.
—Te morirás de hambre, encerrado ahí con esa mujer y con ese perro. Los césares negros han sido destruidos y tus compañeros han abandonado la ciudad.
—¡Abre!
Nadie contestó.
—¡Enrique! —gritó de pronto Smith, aprovechando el silencio producido después de la intimidación de los blancos.
—¿Quién llama? —preguntó una voz lejana.
—Soy yo, Smith, acompañado de Onaisín.
Una exclamación de sorpresa y de ira salió de la obscuridad el sótano. Se sintieron precipitados pasos y un césar blanco apareció al .pie de la escalera.

—¡Hola, jovencito! —dijo irónicamente el valiente Smith—. Parece que te disgusta mi presencia. Lo siento mucho; pero no pienso moverme de aquí.
—¿Qué quieres tú, extranjero, aventurero del infierno?
—Vengo a buscar a mi camarada y decidido a sacarlo de donde sea. De modo que hagan el favor de desatracar de ahí
—Baja, si te atreves —rugió él hombre.
—¿Pera qué? Estoy muy bien aquí. Por lo demás, no hay necesidad, y te lo voy a demostrar —contestó Smith, volviendo a gritar con su poderosa voz—: ¡ Enrique!
—¿Qué quieres? —preguntó el llamado.
— ¿ Estas encerrado?
—Sí.
—Oye bien lo que voy a decir: abre la puerta al perro y anímalo contra esos hombres, disparando al mismo tiempo contra ellos. Yo los recibiré aquí y los pelaré a balazos.

Ante esas palabras un tropel de hombres sudorosos y jadeantes se precipité contra la escalera; pero la vista de las armas de Smith y de Onaisín los detuvo.
—Ya conocen esto, amiguitos; de modo que si quieren salir empiecen por soltar las lanzas y los sables y suban de uno a uno y de espaldas. Al primero que se dé vuelta lo seco de un tiro... Pocas bromas!
Entre juramentos y maldiciones los hombres, unos seis en total, arrojaron sus armas y de uno en uno y de espaldas fueron subiendo. Una vez arriba, Onaisín los encerró en una pieza y los dos camaradas bajaron en busca de

Enrique. El sótano era obscuro y no se veía puerta alguna. Gritaron:

—¡Enrique! ¿Dónde estás?

Nadie contestó. Volvieron a llamar y entonces la voz de Sasiulp preguntó:

—¿Eres tú, Onaisín?

—Sí, Sasiulp, yo soy.

Sintieron abrirse una puerta y una suave claridad se esparció en el sótano. En el vano de la puerta apareció Sasiulp, muy pálida y con manchas de sangre en las manos y en el rostro.

Entraron los dos amigos. La habitación era amplia y tenía aspecto de bóveda. En el suelo, junto a la puerta, tendido de bruces, estaba Enrique, y a su lado, acezando, con las fauces abiertas y la roja lengua fuera, Indio miraba tiernamente a los que entraban. Más allá, encogido y afirmado en la pared, se veía a Cheucán.

—¿Qué ha pasado aquí? —-preguntó Onaisín al dar vuelta el cuerpo de su amigo.

Pero en ese mismo instante el cuerpo de Sasiulp se abatió como rama cortada y cayó en los brazos de Smith.

——¡Bueno! Media hora más y encontramos a todos tendidos. Subamos a esta gente, Onaisín. Aquí no hay aire ni luz.

Entre los do, subieron a Enrique, a Sasiulp, a Cheucán y al perro. Sasiulp estaba nada más que desmayada y recobró en seguida el conocimiento. En cuanto a Enrique, tenía un lanzazo en el pecho y un golpe de sable en la cabeza; Cheucán había recibido varias heridas en los brazos, y el

perro tenía una pata quebrada y una herida de lanza en el lomo.

—Esto no es nada —pronosticó el viejo Smith—. Un mes de cama, y listos. Ninguna. herida profunda. Arañazos no más. Acomodemos a esta gente, y vamos a buscar al flaco Queltehue. que me parece el más grave.

Queltehue, debilitado por la pérdida de sangre que vertía de un profundo sablazo que tenía en el cráneo, había caído sin sentido frente a la puerta. Lo levantaron y lo entraron en la casa. Y un momento después Smith y Onaisín, convertidos en enfermeros, prestaban los primeros cuidados a los amigos, lavándoles las heridas y vendándolos, ayudados por la solícita Sasiulp y una joven india que no había abandonado la casa.

Sasiulp contó entonces lo sucedido. Momentos después de llegar Enrique, varios césares blancos, que venían con el propósito de apoderarse de los tesoros guardados en casa de Sasiulp, penetraron violentamente y atacaron de sorpresa a los tres hombres. Enrique y Cheucán, heridos, llevando con ellos a Sasiulp y acompañados del perro, se guarecieron, en la bóveda de los tesoros, mientras Queltehue, que no alcanzó a unirse a ellos, caía herido de un sablazo después de herir a varios de los atacantes.

20
Y aquí PAZ y después gloria

DOS MESES después la Ciudad de los Césares había recuperado su antigua calma. Muerto Felipe García a mano de Río Negro y apresados los mas recalcitrantes jefes de los blancos, los demás, que habían ido a la aventura más por intimidación que por convencimiento, depusieron las armas y regresaron. Hernández, que dio a conocer su carácter de religioso y que se hizo cargo del servicio divino y humano de la ciudad,' inició, secundado eficazmente por Smith, una campaña de acercamiento y armonía entre negros y blanco., campaña que dio como resultado la celebración de un congreso al que Smith asistió como uno de los principales delegados de los negros y que tenía por objeto establecer las bases que regirían la vida de la ciudad. A consecuencia de esto

Sasiulp fue privada de su ficticio rango y un consejo de técnicos, que representaban las actividades de toda índole de la ciudad, entró a gobernarla Durante esos dos meses - los heridos recuperaran su salud y los cansados descansaron. Enrique, que manifestó no tener elocuencia de ninguna especie y que declinó el ofrecimiento de delegado de los blancos que se le hizo, dedicaba todo su tiempo a Sasiulp, en espera de los resultados de aquello. Los días pasados juntos, la solicitud con que Sasiulp lo había cuidado, el agradecimiento de ella y. la juventud solitaria de él, provocaron lo inevitable: se enamoraron.

Hernández corría de un lado para otro. Su ardor religioso, largo tiempo sin manifestarse exteriormente, lo abrasaba, e iba de un lado a otro predicando el amor y la amistad. Cuando Queltehue lo encontraba por las calles, le pedía medallitas, a lo que Hernández, riendo, contestaba con coscorrones.

Smith. entregaba sus horas al congreso. Le preocupaba la distribución de la riqueza, a él que siempre había sido pobre. Onaisín lo acompañaba. En cuanto a Queltehue, había desaparecido. Se le veía rara vez y siempre en compañía de césares negros. Trabajó duramente en la cosecha, y en las tardes, de regreso del campo, encaramado en lo alto de las carretas, cantaba a grito pelado canciones que sus nuevos amigas aprendían y cantaban con él. Era un hombre dichoso. Según él, en la Ciudad de los Césares había encontrado padre y madre. En vano los blancos intentaron atraerlo. Era también un blanco, más bien dicho, un rubio, y lo natural habría sido

que se acercara a ellos; pero no fue así. Rechazó las invitaciones y las insinuaciones.
—Pero no seas tonto —le dijo Smith—. Entre las mujeres blancas hay algunas muy lindas. Y si tú tienes intenciones de...
—Así será, patrón; ¡pero dónde habrá algo mejor que una indiecita de éstas!...
Lo dejaron ir por su camino.
A la salida de la última sesión del congreso, Smith dijo a Onaisín:
—Esto va bien, indio; si toda está gente está, como parece, animada de buenas intenciones, harán de esta ciudad un lugar muy agradable. Muy pronto ya no tendremos nada que hacer aquí. Será preciso irnos. —Eso me parece difícil. Veo a Enrique muy poco dispuesto a marcharse y me parece que algunos terminaremos aquí nuestra vida de buscadores de oro.
—Después de estar aquí resulta ridículo ir a buscar oro;
—Queltehue no se va, Hernández tampoco. Yo...
—Tú, ¿qué?
—Depende de lo que haga Enrique.
—Me iré solo entonces. Ya sabes que no soy una lombriz solitaria, corno ustedes. Tengo mujer e 'hijos.
—Los césares no le dejarán irse.
—Me dejarán. Nadie puede dudar de una palabra dada por el viejo Smith. Además, ¿quién sabe si vuelva?... Sí, creo que volveré con mi gente. La presencia de ustedes aquí y el recuerdo de esta ciudad misteriosa no me dejarían vivir tranquilo. ¡Qué curioso! Haber navegado tanto por el

mundo, y venir a embicar aquí, en este rincón perdido de la cordillera.

Días después de esta charla celebraron los cinco amigos y el perro una reunión. Allí quedó fijada la actitud de cada uno. Enrique y Hernández se quedarían en la ciudad. Lo mismo harían Onaisín y Queltehue; El viejo Smith propuso a éste:

—Mira, flaco: podemos hacer una cosa. Ven conmigo a Punta Arenas,, recojo a mi mujer y a mis chicos, y nos volvemos todos juntos.

—¡No le aguanto, patrón! ¿ Irme ahora, cuando le estoy tallando a una hermana de Sol de Plata? ¡ Ni loco que estuviera!

—Pero yo no puedo irme solo...

—Mire, patrón Smith, llévese a Onaisín.

—¿Vendrías conmigo, indio?

—Si Enrique no tiene inconveniente y usted me promete volver, voy con usted.

El día antes de partir Smith y Onaisín, Sasiulp llevó a los amigos a la bóveda en que aquellos habían encontrado sitiado a Enrique y les mostró las riquezas que su familia había reunido a través de los siglos.

Abrió una puerta e hizo entrar a sus acompañantes. Colocadas en estantes se veían las obras de los trabajadores del oro. Había allí empuñaduras de espadas, vasos sagrados, medallones, planchar representando escenas de la vida de la ciudad, figuras de animales, paisajes fantásticos, toda una orfebrería delicada y fina.

—Esto pertenece a la riqueza común de la Ciudad de los Césares

—dijo Sasiulp—. Sin embargo, viejo Smith, elige y llévate lo que sea de tu agrado.
Smith, a quien los ojos se le hacían pequeños para mirar tanta maravilla, recibió la invitación sin alegrarse.
—No —murmuró, emocionado—. No tengo derecho a llevarme nada de esto. Pertenece a los habitantes del país, es su riqueza, su tradición, su arte. ¡ Qué curioso, Sasiulp! Tantos años recorriendo Tierra del Fuego, en cuatro pies, buscando hasta la más pequeña partícula de oro, sufriendo privaciones y peligros indecibles, y venir a encontrar aquí, donde nadie lo sueña, tanta abundancia. Hay aquí más oro que todo el que han encontrado los aventureros en Tierra del Fuego.. . Vamos. Yo no me llevo nada, nada.
—Llévese algo, aunque sea para mostrarlo en Punta Arenas.
—Sí, y me matarán para que les diga de dónde lo saqué.
Conseguido el permiso de los césares para abandonar la ciudad, -una mañana, muy temprano, los cinco amigos y Sasiulp, seguidos del inseparable Indio, montaron a caballo y se dirigieron hacia la salida de la ciudad. Varios césares, negros y blancos, les acompañaban.
Conversando, llegaron al sitio donde el río empezaba a bullir entre las rocas, buscando el paso subterráneo hacia el lago. Dieron desde allí una mirada a la ciudad. Delgadas columnas de humo salían de los hogares campesinos y se deshilachaban perezosamente en el fresco aire de la mañana. En las chacras los campesinos arreaban sus animales. Se destacaban con vigor sobre el verde claro de los terrenos cultivados, los bosquecillos de árboles frutales.

—¡Qué bonito! —exclama, en un rapto raro en él Queltehue—. ¿Quién te había de decir, flaco Queltehue, que terminarías tu vida entre campesinos y trabajadores del oro?

Se metieron por el túnel que el agua había. abierto en las rocas y dentro del cual el río mugía suavemente. Los césares habían construido un sendero que lo orillaba y por el cual pasaron todos. llevando de las bridas las cabalgaduras. Salieron al lago y lo atravesaron en grandes balsas. Más allá se encontraron ya en el punto en que el llano empezaba a descender rápidamente hacia el mar.

—Déjennos aquí —dijo Smith—. Uóltel ha mandado que cinco hombres nos acompañen hasta el río Sin Nombre; desde allí nos iremos en bote basta el "Sam Cocktail". Adiós, amigos.

—Adiós. Smith, vuelva pronto.

—Adiós, adiós...

—Y no se olvide: con el oro que lleva compre útiles de trabajo y todo lo que crea conveniente; pero no armas.

—Sólo traeré mi carabina.

Se abrazaron estrechamente.

—¡ En marcha! —gritó Smith—. Enrique, no te cases hasta que yo vuelva.

No nos casaremos, patrón —respondió Queltehue—. Usted será nuestro padrino.

Indio corrió adelante ladrando con, alegría.

Los demás retornaron despacio a la ciudad, la pequeña y misteriosa Ciudad de los Césares, que un día asombrará al mundo con su riqueza y su sencilla vida y que mientras

Llega ese día trabaja en silencio, perdida en un rincón imaginario de la cordillera del sur.